



Antonio Antón Morón
**Perspectivas del
cambio progresista**

© [ediciones]
dyskolo

Perspectivas del cambio progresista

Antonio Antón Morón

© ediciones dyskolo

Perspectivas del cambio progresista

Antonio Antón Morón



Edición digital: 1.0. Octubre 2021

Este libro se encuentra bajo una licencia [Creative Commons BY-NC-ND 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

Ediciones Dyskolo (www.dyskolo.cc) es un proyecto sin ánimo de lucro que busca establecer una nueva relación entre quienes escriben y cuantas personas disfrutan de la lectura. Dyskolo busca fomentar la difusión de la cultura de una forma abierta, libre y participativa, publicando sus obras únicamente en formato digital, bajo licencia Creative Commons y sin restricciones tecnológicas (DRM).

índice

Presentación

1. Carácter e influencia del movimiento 15-M

- 1.1 Introducción: el movimiento 15-M visto desde hoy
- 1.2 Movimiento 15-M: Expresión colectiva de una ciudadanía indignada
- 1.3 Un movimiento social democratizador, pacífico y sociopolítico
- 1.4 Cristalización y expresión pública del movimiento
- 1.5 Representación y democracia
- 1.6 Consolidación del movimiento y futuro abierto
- 1.7 La ciudadanía indignada es el comienzo de la solución
- 1.8 Cambios sociopolíticos y de mentalidades juveniles
- 1.9 Conclusiones, interrogantes y perspectivas

2. Pugna interpretativa sobre la nueva cuestión social

- 2.1 Introducción
- 2.2 Fallos del mercado y cómo afrontar la ofensiva neoliberal
- 2.3 Insuficiencias del liberalismo, necesidad de una teoría social crítica
- 2.4 Importancia del enfoque y actividad crítica en el terreno de las ideas

3. Enseñanzas de las elecciones madrileñas del 4M

- 3.1 La opción por la derrota de Ayuso
- 3.2 La difícil unidad progresista
- 3.3 La apuesta de progreso
- 3.4 Lecciones madrileñas
- 3.5 El 4M según el CIS: Percepción, realidad y expectativas
- 3.6 Nuevos liderazgos

4. Nueva ola feminista: Tendencias e identificaciones

- 4.1 Procesos de identificaciones feministas
- 4.2 Carácter y tendencias de los feminismos
- 4.3 El significado de la identidad feminista
- 4.4 Identidades y sujetos feministas
- 4.5 Conclusiones. Identidades y formación de sujetos

5. Debates sobre las izquierdas

- 5.1 Izquierdas y guerras culturales
- 5.2 Hacia un espacio feminista, ecologista y de izquierdas
- 5.3 Ambivalencia de las identidades
- 5.4 El individuo y lo común

6. Perspectivas para las izquierdas

- 6.1 Nueva etapa
- 6.2 Expectativas electorales contradictorias
- 6.3 Identificaciones ideológicas de los electorados

Notas

Autor

Presentación

Este texto tiene un hilo conductor, el análisis de las dinámicas sociopolíticas transformadoras que permiten evaluar las perspectivas progresistas del cambio social y político en España. Está compuesto por seis capítulos intercalados que conforman tres áreas temáticas interconectadas: procesos amplios de activación social y cívica, experiencias de acción política y electoral, reflexiones teóricas desde un enfoque social, realista y crítico.

Una primera valora los dos grandes procesos de movilización sociopolítica en esta década: el movimiento 15M, como referencia del proceso de protesta social de todo un lustro (2010/2014), *Carácter e influencia del movimiento 15-M* (cap. 1), y la cuarta ola feminista (desde 2018), con un doble componente analítico y teórico, *Nueva ola feminista: Tendencias e identificaciones* (cap. 4).

La segunda área temática se centra en dos acontecimientos recientes significativos: la pugna político-electoral en la Comunidad de Madrid el pasado 4 de mayo, que tiene también un impacto estatal, *Enseñanzas de las elecciones madrileñas del 4M* (cap. 3), y un estudio sociológico sobre las características de la nueva etapa política iniciada en este verano de 2021, la polarización izquierdas / derechas y las tendencias e identificaciones ideológicas de los electorados, particularmente los progresistas, *Perspectivas para las izquierdas* (cap. 6).

La tercera área temática tiene un carácter más teórico: por un lado, explica los fallos del mercado, las insuficiencias del liberalismo y la necesidad de impulsar una teoría social crítica, *La pugna interpretativa de la nueva cuestión social* (cap. 2); por otro lado, valora cuatro aspectos relevantes para las izquierdas y, especialmente, para las fuerzas del cambio sobre el papel de las guerras culturales, las características del espacio violeta, verde y rojo, la ambivalencia de las identidades y la relación del individuo y lo común, *Debates sobre las izquierdas* (cap. 5).

Junto con dos recientes investigaciones académicas, con la correspondiente bibliografía, la mayoría son una reelaboración de artículos y ensayos publicados en los últimos meses en varios medios (*Público, Rebelión, Nueva Tribuna y Mientras Tanto*).

Madrid, septiembre de 2021

1. Carácter e influencia del movimiento 15-M

1.1 Introducción: el movimiento 15-M visto desde hoy

El movimiento 15-M, como símbolo de todo el proceso de protestas sociales y cívicas del periodo 2010/2014, ha tenido importantes consecuencias sociopolíticas. En el campo cultural e ideológico, se generaron nuevas ideas fuerza en sectores progresistas y de izquierda social, particularmente, entre gente joven. La cultura democrática y de justicia social de la ciudadanía progresista o los valores igualitarios y solidarios de los sectores juveniles más inquietos, se confrontaron con las nuevas realidades socioeconómicas y políticas dando lugar a dinámicas de indignación, protesta colectiva y exigencia de cambios sociales y democráticos.

Ante la gestión institucional y económica antisocial e impuesta, iniciada por el último gobierno socialista de Rodríguez Zapatero (2010/2011) y, sobre todo, por el Gobierno conservador de Rajoy (a partir de 2012), se desarrolla una nueva conciencia social sobre

componentes sistémicos: desconfianza en el poder económico e institucional, responsables de la crisis y su gestión regresiva; pertenencia al segmento de los de 'abajo', los perjudicados y desfavorecidos; reafirmación de la indignación ciudadana desde la cultura igualitaria de la justicia social, y legitimación de la acción colectiva y democrática frente a la involución social y política, promovida entonces por los gobiernos de PSOE y PP que se convierten, junto con los poderosos, en blancos de la indignación popular progresista. Es una experiencia masiva, sobre todo, juvenil, legitimada por la mayoría de la sociedad.

Con la crisis del empleo y los recortes sociales, las dinámicas anteriores de mejora progresiva del estatus socioeconómico, cultural y político de la gente joven, particularmente popular, se bloquean y, mayoritariamente, perciben las dificultades y retrocesos para sus trayectorias. La injusticia social (el paro, los recortes sociolaborales, la gestión institucional regresiva...) les afecta directamente y de forma profunda y duradera. Por tanto, junto con la crisis socioeconómica y la gestión política antisocial, cambian su experiencia, sus ideas, sus intereses inmediatos y su horizonte vital y cultural-ideológico. El motivo de su protesta es directo, sobre todo, evitar para ellos mismos y su entorno inmediato, un retroceso de su posición social y garantizar su futuro material y de derechos.

En ese sentido, su conciencia y su comportamiento tienen que ver más con la demanda de igualdad social y más democracia, que son los dos elementos sistémicos cuestionados por el poder económico y político en ese momento. La solidaridad se fortalece a través de la pertenencia común al bloque de los perdedores o con desventaja, a la reciprocidad de los propios sujetos afectados y la comprensión y el apoyo colectivo entre ellos. La conciencia social sobre los obstáculos o los adversarios se va reconfigurando y se debilita la visión normalizada de la capacidad de gestión positiva (u ordinaria) de las grandes instituciones y los líderes gobernantes. Y esa deslegitimación política del poder o las élites gerenciales e institucionales se contrapone con una

participación y un apoyo masivos a la protesta social, con la legitimidad de agentes sociales significativos.

Por tanto, las ideas sobre estos elementos sistémicos de los jóvenes avanzados socialmente, al igual que la misma generación de la década anterior, se siguen basando en la cultura democrática, igualitaria y solidaria, pero se confrontan con otra realidad, se renuevan y reafirman. Ello da lugar a otras ideas fuerza, a la transformación del sentido e implicación práctica de esos valores. Y los jóvenes indignados, representados por el 15-M, expresan nuevas demandas y actitudes sociopolíticas y otras formas masivas de comunicación y protesta. En esa coyuntura, los jóvenes inconformistas y sectores amplios de la ciudadanía activa van conformando algunas ideas fuerza (no ideologías) y su contenido y su orientación, en general, son realistas e igualitarios.

Los tres factores que se encadenan en ese lustro 2010/2014, cristalizando la protesta social, son: gravedad de los problemas y recortes socioeconómicos para la mayoría de la sociedad; gestión política e institucional regresiva, y cultura democrática y de justicia social con la activación de distintos agentes y movilizaciones sociales. Supone la combinación de tres dinámicas: 1) descontento por el empobrecimiento, la desigualdad, la subordinación y la injusticia; 2) percepción de los responsables de esa situación y descrédito del poder establecido, y 3) movilización colectiva, deseo de cambio y expectativas y oportunidades transformadoras o de influencia.

El amplio proceso de protesta social y cívica estuvo simbolizado por el movimiento 15-M, pero fue más variado. Como tal proceso de activación progresista masiva se agotó en el año 2014, aunque esa experiencia colectiva tuvo una influencia decisiva en la conformación de un campo sociopolítico diferenciado de la socialdemocracia. En el siguiente lustro, desde 2014/2015 hasta la actualidad, se produce una transformación cualitativa de los dos campos, el social y el político-electoral-institucional.

Por una parte, se debilita la activación cívica masiva y se agota ese proceso de movilización social, incluida la sindical (se produjeron tres

huelgas generales en 2010 y 2012) y la de las mareas sectoriales (enseñanza, sanidad...). Aparte de algunas movilizaciones concretas como las de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) o la de los pensionistas, solo tiene una relativa continuidad en otro gran proceso singular de movilización progresista a partir de 2018: la cuarta ola feminista, contra la violencia machista, por la igualdad social y por la libertad para decir el propio proyecto vital, fortaleciendo los [procesos de identificación feministas](#).

Por otra parte, se configuró el llamado espacio del cambio de progreso, en torno a Podemos y sus aliados, convergencias y candidaturas municipalistas, muchos de cuyos componentes, sobre todo jóvenes, se socializan en ese proceso participativo anterior. Así, junto con valores y mentalidades más democráticas, igualitarias y solidarias, se trasladan al campo electoral e institucional elementos de fondo que han pervivido durante toda esta década: democratización institucional y justicia social, con una recomposición del sistema representativo, el fin del bipartidismo y la constitución de las fuerzas del cambio, con cierta renovación de otras formaciones partidarias, en particular, el Partido Socialista.

Lo que se mantiene, a pesar de todos los esfuerzos de sectores poderosos para su desgaste, en particular su expresión política, es una base social amplia que llamo ‘[nuevo progresismo de izquierdas](#)’, con fuerte componente social, democrático, feminista y ecologista, compuesto sobre todo por gente joven, mayoría precaria, con identificación sociopolítica de izquierdas.

Aquel amplio proceso de movilización social progresiva del primer lustro de la década cuestionó las políticas regresivas de los poderosos, reafirmó la acción colectiva por mayor democracia y justicia social y configuró una gran corriente social crítica más igualitaria y solidaria. Y permitió, en su segundo lustro, la formación del llamado espacio sociopolítico y electoral del cambio de progreso, con una influencia institucional relevante, en el marco del acuerdo del Gobierno de coalición progresista, con el comienzo, lleno de límites y altibajos, de

un proceso de reformas sociolaborales y democráticas significativas pese a las grandes dificultades estructurales y la oposición de las derechas y grupos de poder.

En definitiva, la experiencia de esta década permite clarificar la interacción de los procesos sociales de activación cívica con la conformación de las bases sociales de progreso y los fundamentos del cambio electoral e institucional. Es conveniente aprender de ella para abordar de forma realista pero ambiciosa los nuevos retos de esta nueva década.

1.2 Movimiento 15-M: Expresión colectiva de una ciudadanía indignada

El movimiento 15-M simboliza el conjunto de protestas sociales y cívicas de todo el lustro de 2010 a 2014, que es mucho más variado. Después de una década conviene este recordatorio para valorar con perspectiva histórica este amplio proceso de indignación popular y acción colectiva progresista y su impacto sociopolítico. Se trata de evaluar esta experiencia de la ciudadanía crítica y sacar enseñanzas para los retos presentes y futuros de los movimientos sociales y el espacio del cambio de progreso.^[1]

El hecho relevante cristalizado en mayo de 2011, llamado movimiento 15-M, es la expresión pública y colectiva de una ciudadanía

activa, de una izquierda social o sector progresista de la sociedad que se opone al reparto desigual de las consecuencias de la crisis y a su gestión liberal-conservadora, y exige responsabilidades a sus causantes y un cambio de políticas socioeconómicas. Habrá que ver la consolidación o no de esta corriente social indignada, su influencia en el sistema político y la gestión de la crisis, y sobre todo, la configuración de las diversas fuerzas sociales y sus formas asociativas y expresivas. Es una tendencia clara de intervención ciudadana en los asuntos públicos, es decir, en la política en sentido amplio, que condiciona la agenda, las políticas públicas y las dinámicas sociales.

Se pueden encontrar antecedentes de esta amplia movilización popular contra los grandes poderes establecidos. El más próximo es el del movimiento contra la guerra de Irak en el año 2003, que había seguido a la huelga general del año 2002 contra las reformas laborales del PP; aunque ambas campañas con una diferencia significativa respecto a las movilizaciones actuales: entonces el Partido Socialista estaba en la oposición y colaboraba con ese rechazo ciudadano (y se benefició electoralmente), y ahora ha gestionado la política de recortes sociales (junto con algunas comunidades autónomas del PP), aparece con los poderosos y es uno de los blancos de la indignación popular (y ha disminuido su apoyo electoral).

No obstante, esta dinámica social está enraizada en dos elementos clave, distintivos del actual contexto, que le dan unas características específicas. Uno es la crisis socioeconómica y sus consecuencias de desigualdad social, evidentes desde el año 2008, y que sobre todo afectan a la gran precariedad laboral y el paro masivo, particularmente juvenil, al estancamiento o descenso de las trayectorias laborales y sociales y a nuevas brechas sociales. Estos aspectos existían anteriormente, pero ahora cobran una nueva dimensión y relevancia. Dos, es la gestión liberal dominante en la Unión Europea, dirigida por el bloque hegemónico conservador, y ejecutada en España por el Gobierno socialista, particularmente desde el giro de su política de carácter regresivo y antisocial en mayo de 2010, que rompe con sus

compromisos sociales y su contrato con una amplia base social de izquierdas y genera una desafección ciudadana relevante hacia el PSOE; aunque, previsiblemente, la continúe e intente profundizar el PP tras las elecciones generales del 20-N.

Por tanto, existe una extendida conciencia social del carácter injusto de esa situación, rechazo popular y resistencias ciudadanas a esas políticas y exigencias de responsabilidades y garantías al poder económico y político. Todo ello expresa, en el escenario público, la importancia de la cuestión social y la relevancia de la acción por la igualdad socioeconómica y la profundización democrática, frente a las actitudes hacia el fatalismo, la idea de la inevitabilidad de esa política de ajuste duro o la ausencia de alternativas, propugnadas desde el poder institucional y mediático. Serán elementos constitutivos de este proceso, impulsado y representado por dos tipos distintos y sucesivos de agentes sociales. En un primer momento, sobre todo, por el sindicalismo —a lo largo del año 2010— y en un segundo momento —tras el cese de la movilización sindical, y desde la primavera del 2011— por el movimiento 15-M, con un papel menor o más secundario de la izquierda política, los grandes sindicatos —que firman el acuerdo social y económico de febrero— y otros movimientos sociales.

Esta nueva realidad social, la deslegitimación y la oposición popular a las medidas de recortes sociales y sus gestores, es amplia y persistente. Así, es observada en diversas encuestas de opinión que reflejan un rechazo de hasta más de dos tercios de la población a las medidas más impopulares (desde los Barómetros del CIS de julio y octubre de 2010, tras el plan de ajuste de mayo y la reforma laboral y la huelga general, respectivamente, hasta las investigaciones recientes sobre la simpatía mayoritaria hacia el movimiento 15-M). Además de la gran legitimidad social de sus aspiraciones, esa corriente social se ha expresado de forma activa, pacífica y democrática con una amplia participación popular: desde las grandes manifestaciones sindicales de principios del año 2010 y la participación huelguística de unos cinco millones de asalariados en

el 29-S, hasta los varios centenares de miles de las movilizaciones del movimiento 15-M.

Esa corriente social indignada y esa ciudadanía activa existen, y es un nuevo elemento positivo y clave en el escenario sociopolítico. No es una tendencia ‘pasional’ (o irracional o populista). Se asienta en una conciencia colectiva, reflexiva y realista, del carácter injusto del reparto de los costes de la crisis y su gestión institucional. Las evidentes dificultades transformadoras inmediatas no han llevado al fatalismo (ni a ser ‘ilusos’) sino que la lucidez sobre la gravedad de la situación y la dimensión de los poderosos ha generado una mayor maduración y persistencia de esa indignación popular y esa aspiración de cambio. Por tanto, refleja valores progresistas de justicia social e igualdad y una cultura democrática y solidaria, aspectos que caracterizan a los sectores socialmente más avanzados de la sociedad.

Esta corriente popular crítica se manifiesta en el debate público, aunque esté por ver su dimensión, cómo se articulan la continuidad de sus procesos de expresión y movilización, su consistencia y sus consecuencias políticas (en el plano electoral y la renovación de las izquierdas). Y, particularmente, cómo se conforma su representación social, qué alcance y qué combinación van a tener los dos principales movimientos sociopolíticos que, de diferentes formas y distintos momentos, han canalizado el malestar ciudadano y la indignación popular: el sindicalismo y el movimiento 15-M.

1.3 Un movimiento social democratizador, pacífico y sociopolítico

El movimiento 15-M representa una significativa respuesta colectiva a dos de los problemas más importantes que tiene actualmente la sociedad: las consecuencias sociales de la crisis económica con la precariedad laboral y el paro masivo, particularmente juvenil, y el distanciamiento del sistema político e institucional de la voluntad de sectores significativos de la ciudadanía. La persistencia, profundidad e interrelación de esos dos elementos ha generado una profunda indignación popular que se ha transformado en acción colectiva. Su crítica se dirige contra los responsables de la crisis económica y de empleo y los gestores de una política liberal-conservadora que no ofrecen una salida justa a esta situación, ponen el acento en el recorte de los derechos sociales y laborales y se subordinan al dictado de los grandes poderes económicos y financieros.

Esta acción colectiva está incrustada en la indignación ciudadana ante la grave situación actual y la exigencia de responsabilidades a los poderosos, rechaza los discursos legitimadores dominantes y se rebela contra el fatalismo y la impotencia. Refleja la amplitud y la profundidad de una conciencia popular crítica contra esa dinámica y refuerza la esperanza de cambio. Sus objetivos apuntan a cambios profundos en esos dos ámbitos entrelazados: una gestión social y progresista de la crisis socioeconómica, y mayor democracia. La primera fase de movilizaciones que comienza el mismo 15 de mayo de 2011 ya ha tenido unos resultados positivos y ha alcanzado unos objetivos básicos. De su consolidación y desarrollo dependerá la dimensión de sus efectos de fondo y a largo plazo. Aquí se analizarán sus características, sus límites y las dificultades para su continuidad. Veamos algunas de sus características partiendo el análisis de su experiencia y textos de sus protagonistas.

Primero, el movimiento 15-M (y sus derivaciones posteriores como el 25-S o la Marea ciudadana) es una movilización de carácter social y progresista que defiende los intereses de capas desfavorecidas, con

mayores incertidumbres laborales y de acceso a la vivienda (desahucios), la gente precaria y parada, y plantea unas propuestas sociales y económicas basadas en el refuerzo del acceso a un empleo decente, los derechos sociales y laborales y una mejor distribución de la riqueza. La masividad y la persistencia del paro y la precariedad laboral, particularmente juvenil, la presión y el autoritarismo empresariales y la falta de credibilidad de las políticas públicas para superarlos configuran un punto central de su indignación y del apoyo social recibido. Esa realidad de paro y precariedad laboral ya existía antes de la crisis afectando a las identidades juveniles, pero ahora cobra una nueva dimensión.

Segundo, es un movimiento democratizador, en un doble sentido. Por un lado, denuncia ese déficit democrático de la gestión dominante de la política socioeconómica que, salvo matices, comparten las grandes instituciones políticas españolas y europeas. Así, exige al sistema político una mayor vinculación a los deseos y opiniones de la sociedad, la no subordinación de la política a los mercados financieros y el fortalecimiento de la democracia. Por otro lado, señala las insuficiencias democráticas del sistema de representación electoral y los privilegios y corruptelas de parte de la clase política, reclama una regeneración democrática con mayor adecuación representativa, honestidad de los políticos y transparencia de las instituciones y promueve la participación activa de la ciudadanía.

En tercer lugar, es un movimiento pacífico, profundamente democrático y solidario y de composición fundamentalmente juvenil. La mayoría de jóvenes, incluido los ilustrados y con mayor nivel educativo, sufren un bloqueo cuando no un retroceso en sus expectativas laborales y profesionales y, por tanto, en sus proyectos de vida. Se ha producido una acumulación de tres dinámicas: frustración social; representación de opiniones y aspiraciones de amplios sectores populares alternativas a las del poder establecido, y voluntad de cambio con mecanismos adecuados para facilitar su expresión democrática. Sus adversarios —los poderosos— son muy fuertes institucionalmente y la forma de enfrentamiento

debía evitar —o disminuir— la tergiversación mediática y el aislamiento popular y reflejar la fortaleza propia: la difusión de sus mensajes para conseguir unos apoyos masivos, una gran legitimidad democrática. Para ese movimiento era esencial evitar la violencia o su represión, reafirmar sus mecanismos pacíficos y democráticos y consolidar la simpatía de la mayoría social, frente a la ilegitimidad de muchas medidas adoptadas por el sistema político —Gobierno, Parlamento y UE— que es su principal debilidad. Su instrumento, tras la gran manifestación del 15-M del año 2011, han sido las acampadas en las plazas públicas como demostración de firmeza y compromiso de miles de activistas, foco de participación, debate, decisión y comunicación de la ciudadanía más activa (varias decenas de miles) y, además, canal de simpatía y solidaridad de gran parte de la sociedad. Así, más del 60% de la población están de acuerdo con algunas de sus medidas y aprueban sus actividades, porcentaje que aumenta entre la gente joven y los votantes de izquierda (ver Índice de Opinión Pública —IOP— de Simple Lógica, de junio-2011 y encuestas de *Metroscopia*).

En cuarto lugar, este movimiento tiene un carácter transversal y sociopolítico, sin ser partidario. Se ha constituido y puede ampliar su función como plataforma ciudadana sociopolítica. Su inserción en ciudades, pueblos y barrios favorece esa articulación desde abajo y descentralizada y su conexión con el resto del tejido asociativo. Supone un cuestionamiento de la clase política dominante y sus principales políticas regresivas, y expresa la exigencia de un importante cambio social: la orientación liberal de las políticas económico-sociales y las deficiencias de legitimidad del sistema político. Por tanto, tiene una dimensión política, estimula y encauza la participación ciudadana en asuntos públicos fundamentales; pero no tiene una definición partidaria ni electoral concreta, ni está subordinada a ello. No es una movilización sectorial o una suma de demandas particulares. Expresa una aspiración de reforma profunda de la dinámica socioeconómica y laboral y de fortalecimiento democrático con mayor papel de la ciudadanía en la configuración del sistema político, sus instituciones y sus políticas. En

ese sentido, se puede asociar a las posiciones más progresistas de la izquierda social y otros grupos sociales frente a las políticas de ajuste y austeridad, por un aparato productivo y económico más avanzado, sostenible y justo, así como la defensa de un modelo social y un Estado de bienestar más democrático e igualitario.

1.4 Cristalización y expresión pública del movimiento

Este proceso ha culminado dos fases, y ha iniciado una tercera: primera, la conformación de la indignación popular hasta la cristalización del movimiento con la gran manifestación del 15-M del año 2011; segunda, una expresión pública colectiva en numerosas ciudades como foco de denuncia, capacidad de propuestas alternativas y polo simbólico y convergente de voluntad de cambio; se ha producido, fundamentalmente, con una presencia física masiva en el espacio público —acampadas, asambleas y concentraciones—, acompañada por la utilización generalizada de nuevas redes sociales y de comunicación. Esa segunda etapa ha sido más densa durante el primer mes de concentraciones permanentes y hasta la gran manifestación del 19 de junio contra el Pacto por el euro. Tras ella, se ha abierto una tercera fase que permita la continuidad de la acción colectiva tras esos objetivos generales. Así, tras el paréntesis parcial del verano ha vuelto a demostrar el 15 de octubre de 2011 su gran capacidad de movilización y expresión colectiva por el cambio global. Veamos brevemente las

características de este proceso y los logros conseguidos para definir mejor lo que falta por hacer y las perspectivas.

La dinámica de maduración y expresión de este movimiento está incardinada en dos elementos fundamentales antedichos: la persistencia del estancamiento económico y del empleo con graves consecuencias sociales, y la desconfianza popular en unas políticas y unas instituciones que no ofrecen una respuesta social sino que se doblegan ante los mercados financieros. Esa conciencia ciudadana se va consolidando a lo largo del año 2010. Por un lado, se produce mayor indignación por el paro masivo, el bloqueo de las trayectorias laborales y sociales, la aparición de nuevas brechas sociales y las tendencias de retroceso del bienestar y la seguridad socioeconómica. Por otro lado, se genera una profunda decepción con la gestión del gobierno socialista — particularmente tras su giro antisocial de mayo de ese año, amparado en las medidas conservadoras europeas— que rompe sus compromisos sociales y se vuelca en una gestión impopular de la política socioeconómica que, según encuestas de opinión (CIS, de julio y octubre de 2010), rechaza la mayoría de la ciudadanía. Incluso tras la huelga general del 29 de septiembre —con cerca de cinco millones de huelguistas y dos tercios de la ciudadanía que rechazaban la reforma laboral y las medidas gubernamentales— el Gobierno no rectifica y reafirma su política de ajustes. El siguiente recorte relevante de derechos sociales es el de las pensiones públicas, en febrero de 2011, que también es rechazado por la mayoría de la sociedad, según las encuestas del CIS (marzo 2011); esto a pesar del aval de los dirigentes sindicales mayoritarios que con su firma disminuyen su prestigio y liderazgo ciudadano, y abren una brecha de desconfianza con parte de la izquierda social y sus propias bases, generándose un cierto vacío representativo.

Por otro lado, esa mayoría social crítica con las políticas de austeridad había contado con una importante representación y encauzamiento de su malestar a través de la acción de los sindicatos, particularmente con la huelga general del 29-S que suscitó apoyos de la

mayoría popular a sus objetivos. No obstante, el giro de los dirigentes sindicales al renunciar a exigir de forma firme y prolongada una rectificación profunda de esa política regresiva y avalar en febrero del año 2011 los recortes de los derechos de las pensiones futuras, además de constituir un error estratégico, es visto como un mayor desamparo por gran parte de la ciudadanía descontenta e indignada. Esa actuación de los aparatos sindicales mayoritarios tiene dificultades de legitimación social y el vacío representativo producido, lejos de afianzar el pesimismo y la fragmentación del descontento social, da pie a la oportunidad de que el fuerte malestar existente se exprese por otra vía autónoma.

La persistencia de la crisis, la falta de credibilidad institucional sobre su salida inmediata, el rechazo a su gestión antisocial, la desafección hacia la clase política, junto con la ausencia de otros grandes movimientos o grupos sociales que encaucen esa profunda indignación, confluyen en mayo de 2011 con ocasión de la campaña electoral municipal y autonómica. Una iniciativa adecuada y en el momento oportuno de varios grupos de jóvenes, con poca estructura organizada pero muchos vínculos en las redes sociales, se conecta con la conformación de esa profunda indignación popular, y cristaliza el movimiento. Así, se introducen en el debate público los auténticos problemas de fondo de la ciudadanía, y se genera un polo representativo del descontento y las aspiraciones populares de cambio que condiciona la agenda mediática y política.

Se produce una convergencia de tres niveles de implicación: una amplia ciudadanía indignada —mayoritaria en la sociedad respecto de esos dos ejes de descontento y exigencia de cambio—; una ciudadanía más activa —varios centenares de miles que participan en la acción colectiva—, y un sector de activistas —unos pocos miles más comprometidos, sobre todo jóvenes y promotores de las ideas fuerza y las iniciativas—. El movimiento social del 15-M, en sentido más estricto, es la expresión pública de estas dos últimas dinámicas: ciudadanía activa, y activistas. No se puede reducir a este último grupo,

que es la parte más permanente y organizada. Tampoco se puede comprender sin la existencia y simpatía de esa corriente mayoritaria de ciudadanía indignada.

Ese largo proceso de maduración se transforma en acción colectiva continuada durante un mes de grandes concentraciones diarias; se desarrolla su componente expresivo, se divulgan sus objetivos generales, se fortalece una conciencia popular crítica y se amplía la simpatía ciudadana hacia ellos. Se completa el movimiento con una mayor descentralización e implicación en barrios y ciudades y un desarrollo programático y de propuestas sectoriales. La clase política dominante, dentro de su perplejidad, intenta contenerlo, desprestigiarlo o ningunearlo. No puede atacarlo frontalmente sin riesgo de perder, todavía más, parte de su credibilidad social.

El paso de la frustración (pérdida de esperanza) al descontento (desagrado) y hasta la indignación supone una valoración ética del carácter injusto de esa dinámica regresiva y su gestión política. Refleja un avance en la conciencia social y democrática como antesala a la exigencia de cambio. El paso a la acción colectiva democrática y solidaria se produce al considerar una parte de la ciudadanía que los motivos de la indignación son graves, profundos y duraderos, y los mecanismos institucionales son insuficientes o están bloqueados. La prolongación de esa doble dinámica económica y de gestión política, el agravamiento de sus consecuencias sociales y el agotamiento de las expectativas de una salida institucional justa son un motivo de fondo para dar continuidad a la indignación, la protesta colectiva y la exigencia de cambio social.

Por tanto, el paso a la acción colectiva progresista se produce cuando se consolida esa indignación, aumenta la desconfianza en las respuestas del sistema político y se legitima la necesidad de la movilización social para exigir cambios. En esa situación se acumula una coyuntura de especial relevancia política —las elecciones municipales y autonómicas—, junto con la conformación de unos grupos de activistas decididos, con una orientación acertada de los dos

grandes cambios o reformas: democratización del sistema político — democracia real, ya—, como adecuación de las decisiones institucionales a la voluntad de la mayoría de la sociedad, imponiéndose a los ‘mercados’; y otra política y gestión más justa ante la crisis económica. Además, aciertan con un sistema de expresión popular (manifestación del 15-M, acampadas con concentraciones masivas y simpatía ciudadana, manifestaciones de junio y julio) y la comunicación generalizada y en red.

Este distanciamiento crítico tanto de los partidos de derecha como del Partido Socialista constituye una brecha de desconfianza de parte de la ciudadanía hacia el sistema político que marca profundamente la identidad de este movimiento. Supone intentar la superación de la orfandad popular respecto de la representación institucional. Así, el déficit democrático del sistema político sólo se podría resolver mediante la rectificación de esas medidas y el respeto de la clase política a esas demandas populares mayoritarias —según las encuestas de opinión, si hubieran sido objeto de consulta mediante referéndum no habrían contado con la aprobación popular—. Sólo así se incrementaría la legitimidad de las instituciones políticas y se fortalecería la democracia. Pero lejos de escuchar y tomar nota, las derechas y particularmente el partido socialista, con un evidente retroceso de apoyo electoral, siguió reafirmando en la continuidad de su política de recortes sociales (reforma constitucional) con el riesgo de mayor desafección ciudadana, aunque esperando el debilitamiento de la presión democrática por el cambio.

1.5 Representación y democracia

Existe una relativa crisis de la representatividad de las élites políticas actuales. La clase política aparece en los últimos Barómetros del CIS no como la solución, sino como el tercer gran problema de la sociedad (tras el paro y las incertidumbres económicas), y goza de una limitada confianza popular.

Por otro lado, existen distintos sistemas de representación y élites diversas. La respuesta a la complejidad y la diversidad de esa población descontenta y sus distintos niveles de implicación y posiciones ideológicas, requiere una acción y una dinámica organizativa profundamente democráticas, resolviendo bien las formas de la necesaria delegación, coordinación y representación, así como el respeto al pluralismo y la actitud integradora y unitaria.

Existe una opinión extendida en parte de la ciudadanía más activa, particularmente algunos activistas del movimiento 15-M, que se expresa con la idea ‘no nos representan’, y dirigida fundamentalmente a los grandes partidos de poder (PP, PSOE, CIU). No obstante, también llega a afectar, en tono diferente, al resto de la izquierda política (IU-ICV, ERC, BNG...) o a las propias estructuras sindicales. Esa idea no es cierta por lo que se refiere a millones de personas que simpatizan, en mayor o menor medida, con ese movimiento y cuya posición es más ambivalente: apoyan sus ideas básicas (contra las consecuencias de la crisis y la política de recortes sociales, y mayor democracia), aunque también pueden seguir afiliados a los grandes sindicatos y confiar en su función defensiva, o votar al partido socialista (o a otros grupos más a la derecha). Entre sectores progresistas o de izquierda social se produce una combinación de actitudes entre esa expresión de indignación representada por el movimiento 15-M y la vinculación hacia la actividad defensiva de los sindicatos o con el apoyo electoral hacia opciones políticas aun con desacuerdos significativos respecto de la gestión de sus líderes.

Ese movimiento que ha recogido un sentir mayoritario de la ciudadanía en la expresión de su indignación no puede totalizar la representación del conjunto de sus deseos y aspiraciones, particularmente de los otros dos planos cuya intervención está mediada por otros mecanismos, necesidades y estructuras: el sindical, y el político-electoral. Así, hace bien en considerarse un movimiento ‘social’, de carácter sociopolítico y vocación transformadora, pero ser autónomo frente a la acción electoral y las organizaciones partidistas y/o sindicales, exigiendo mayor democracia y representatividad del sistema político, y siendo prudentes en su intervención directa en esos campos.

No obstante, esa idea impugnadora de la representatividad de la clase política sí es expresiva de una parte más activista de ese movimiento que se fundamenta en algunos elementos críticos, incluyendo algunas actuaciones de los dirigentes de la izquierda política y los grandes sindicatos.

Por otro lado, nuevas élites emergentes, vinculadas al movimiento 15-M, pugnan por confirmarse y legitimarse socialmente, prevenir su marginación y evitar su neutralización o su absorción institucional. Utilizan una crítica anti-jerárquica y anti-elitista frente a esas estructuras políticas y sindicales instaladas, y aportan un saludable ejercicio participativo y anti-burocrático. En ese sentido, es todavía más importante el talante democrático y unitario, evitando esquematismos y reacciones sectarias.

Además, como todo movimiento emergente con una base amplia, deben establecer los mecanismos de relación y comunicación para rellenar también la distancia entre la parte activa (con alta participación asamblearia, deliberativa y comunicativa en las redes sociales) y los centenares de miles, incluso de millones que, en un mayor o menor grado, simpatizan con propuestas decididas por los primeros pero cuyo apoyo tampoco es incondicional, ni total o permanente. Los vínculos entre las dos partes son indirectos y condicionados por los medios de comunicación, el acontecer sociopolítico y las formas y oportunidades de las actuaciones colectivas más o menos masivas. Todo ello supone

abordar también las formas de la delegación a sus representantes o portavoces y la coordinación organizativa, junto con afinar las críticas y establecer los puntos de colaboración adecuados con el resto de tejido asociativo progresista.

1.6 Consolidación del movimiento y futuro abierto

La masiva participación ciudadana en las manifestaciones del 15 de octubre del año 2011 por el cambio global, promovidas por el movimiento 15-M, con amplia extensión en otros países, demostró la continuidad, persistencia y masividad de esa corriente social indignada y su compromiso por una transformación socioeconómica y política, profunda y progresista. Se ha expresado colectivamente de forma autónoma, sigue enfrentándose al poder establecido, económico y político, y exige una profundización de la democracia.

La clase política dominante, aun con algunas diferencias, ha seguido adoptando decisiones (reforma constitucional, precarización del empleo, recortes sociales) a espaldas de la población. Su orientación liberal-conservadora impulsada desde la UE, continúa siendo la subordinación a los intereses de los mercados financieros y la reafirmación de las políticas de ajuste y austeridad (para las capas populares). Mientras tanto, aumenta la gravedad de las consecuencias sociales de la crisis, con paro masivo, menor cobertura del desempleo, disminución del poder adquisitivo de los salarios..., junto con los esfuerzos

suplementarios para pagar las hipotecas o frente a embargos y desahucios.

Es una cruda realidad a la que la ciudadanía activa da respuesta desde su participación directa en el espacio público. Esas grandes manifestaciones en España constituyen una fuerte expresión colectiva de rechazo a esos dos elementos clave: políticas de recortes sociales ante las consecuencias injustas de la crisis, y gestión impopular de las instituciones públicas. Sus dos alternativas centrales —cambio de la política socioeconómica, y mayor y mejor democracia— siguen vigentes y reforzadas por el objetivo de conjunto de exigencia de ‘cambio global’.

Este movimiento social está enraizado en la realidad social y material, conecta con los problemas socioeconómicos y políticos fundamentales de la ciudadanía, goza de la simpatía de la mayoría de la sociedad, y es capaz de articular una implicación activa de centenares de miles de personas —gran parte jóvenes—. Además de resistir y oponerse a esas políticas neoliberales, plantea un horizonte de cambio global, exigiendo otro modelo económico —más justo y basado en las necesidades de la sociedad no de los mercados— y una estructura política más democrática, con mayor consideración a la opinión y la participación ciudadanas.

Esta expresión colectiva tiene diversas limitaciones derivadas de su reciente emergencia como movimiento social. En particular, es pronto para aventurar su proyección futura. No obstante, tiene unas características y ha obtenido ya unos resultados meritorios. La principal tiene un carácter expresivo y sociopolítico, y ha conseguido consolidar una amplia conciencia social de indignación y transformarla en una acción colectiva progresista, igualitaria y solidaria contra los poderes establecidos.

Pero no hay que infravalorar o tergiversar ese carácter expresivo. Esa dinámica social contribuye al fortalecimiento de la actitud crítica de gran parte de la sociedad ante los planes de los poderosos y, por tanto, constituye el paso imprescindible para cambiarlos. Si es temido ese

movimiento es, sobre todo, por esas expectativas de cambio de las políticas dominantes y las estructuras de poder. Primero, la superación del sometimiento y la resignación de la población, situación buscada por los poderes políticos y económicos, por sus discursos y la mayoría de los medios de comunicación a su servicio: incrementar la deslegitimación social a sus políticas antisociales y fortalecer la indignación ciudadana y la exigencia de justicia social. Segundo, la visibilidad pública de una ciudadanía activa comprometida con un cambio social profundo, condicionando la agenda política y las decisiones económicas e institucionales. Ambas cosas ya se han alcanzado en gran medida, aunque no hay garantías de su permanencia a medio plazo. En ese sentido, están abiertas las opciones y desde el campo progresista hay que definir una actitud.

Por supuesto, este proceso no ha obtenido todavía resultados significativos en la transformación de esas políticas y la democratización de las instituciones políticas. Pero se ha iniciado el mejor camino posible para ello: fortalecer la conciencia social indignada y la presión social y colectiva de una ciudadanía activa. Frente a los designios de la sumisión y la impotencia ante una gestión de la crisis liberal-conservadora y una salida regresiva e injusta, se ha generado un freno ‘social’ a esa involución socioeconómica y política y se ha levantado la esperanza ciudadana del cambio global. Nada más y nada menos.

Estamos en medio de una prolongada pugna democrática para consolidar o no esa política conservadora ante la crisis y sus élites gestoras y promover su cambio. La existencia de unos dos tercios de la población que desde hace ya varios años consideran el paro (y no el déficit o la deuda públicos) la preocupación principal para reorientar las políticas económicas y de empleo (decente) y que están en desacuerdo con los recortes sociales, es un gran valor colectivo, una fuerza social a consolidar y fortalecer. Todo el poder institucional y mediático no han podido diluir esa conciencia social, base de la indignación ciudadana. Esa batalla democrática y pacífica, el desafío de la parte más solidaria

de la sociedad a esa situación y esas políticas, con su falta de legitimidad social, es una cuestión crucial. Para fortalecerla también es imprescindible la activación de los sectores más comprometidos y su conexión con esa amplia corriente social. Además, dado el poder institucional de los adversarios, la implicación y el compromiso de esa parte de la ciudadanía activa, con su expresión pública en la calle, las redes sociales y las relaciones sociales, refuerza esa conciencia social ciudadana y condiciona las decisiones institucionales.

Participar en esa actividad solidaria, compartir esa experiencia colectiva, es emotivo y emocionante, crea lazos interpersonales, transforma las propias personas comprometidas, mejora su calidad democrática y, también, posibilita sus vínculos con la realidad social. Como en casi todos los movimientos populares progresistas, las bases de su acción son las actitudes morales, su sentido de la justicia social. Pero, combinado con una relativa espontaneidad e inmediatez en la expresión del malestar, también supone una capacidad crítica y reflexiva. No se puede desvalorizar ese movimiento calificándolo, simplemente, como ‘pasional’ o ‘emocional’. Y menos contraponerlo a un supuesto sujeto social ideal (inexistente en la historia) que tuviese ‘alternativas’ reales y un pensamiento (complejo) y fuera sólo ‘racional’.

Este movimiento ha demostrado tener unas ideas-fuerza sencillas — frente a los mercados financieros y la gestión antisocial de la clase política y por una democracia real—, pero enraizadas en lo más profundo de la sociedad y la conciencia ciudadana. No son ideas etéreas, irreales, ambiguas o difusas. Son ideas (pensamiento) más justas, rigurosas y científicas que muchos discursos y teorías de cierta élite académica, política y mediática. Son más acertadas y realistas que las proporcionadas por parte de la ciencia económica y el pensamiento político convencional. Además, tienen un valor ético más profundo, expresan una subjetividad progresista y presentan un horizonte de cambio y transformación más igualitario y democrático que la mayoría de la actual clase política liberal o social-liberal.

En ese sentido, no son acertadas las valoraciones de algunos ensayistas como Bauman al afirmar el carácter ‘emocional’ y sin pensamiento de este movimiento, y aventurar su ‘evaporación’. Con su terminología, existen muchos fenómenos ‘líquidos’. La cuestión presente es que el sufrimiento y la incertidumbre de muchos millones de personas es un hecho social muy ‘sólido’, incluso trágico, que esa tendencia social de indignación es persistente y con gran arraigo en la sociedad y que la acción colectiva y resistente de una ciudadanía activa ante tanta precariedad e injusticia tiene sólidos motivos y objetivos justos para continuar hasta que cambien esas circunstancias.

La dinámica conformada por esa ciudadanía indignada, en una situación especialmente dura y complicada, se incardina en los mejores valores democráticos e igualitarios de los movimientos sociales progresistas o la izquierda social europea de las últimas. Es difícil pronosticar el alcance de su maduración y ampliación o su debilitamiento. Los agoreros que pronosticaban que se iba a diluir tras el verano del año 2011 (o el invierno posterior) han errado, y como han demostrado las multitudinarias manifestaciones recientes (23 de febrero y 12 de mayo de 2013), sus iniciativas siguen teniendo un gran apoyo popular activo. La cuestión es su legitimidad y su oportunidad, y la actitud a definir es el trabajo por su consolidación y la aspiración por su mejora.

Existen tendencias sociales ambivalentes, pero su futuro se ventila en el campo de la acción social o sociopolítica, en la continuidad y la ampliación de un potente movimiento social y su articulación con el tejido asociativo popular, en la disputa democrática y la pugna por la legitimidad social entre la ciudadanía indignada y los poderes establecidos.

Para ello es importante la combinación de dos planos de la actividad (aparte de la comunicación a través de las redes sociales y los procesos deliberativos de las iniciativas) tal como lo vienen haciendo. Por un lado, una actividad local, descentralizada o sectorial (como la acción contra los desahucios), junto con el resto de tejido asociativo, que le da

mayor enraizamiento en la sociedad y resultados reivindicativos más inmediatos. Por otro lado, unas movilizaciones generales que concentren y expresen en el espacio público su legitimidad social, la capacidad expresiva, la credibilidad de sus objetivos por el apoyo masivo conseguido.

Es pertinente la investigación, el estudio y la discusión teórica, a veces en conflicto con la difusión de mensajes simples. Ello supone un esfuerzo de clarificación y debate abierto y plural, particularmente de sectores más activos y con mayor responsabilidad en la orientación del movimiento. No obstante, lo principal para un movimiento social es el enganche con la problemática y las aspiraciones de la mayoría de la sociedad y el acierto en trasladarlo en lemas e iniciativas. Para reforzar eso es para lo que se necesita un pensamiento crítico y una renovada teoría social.

Este movimiento 15-M (o similar) se ha expresado colectivamente de forma autónoma al sindicalismo mayoritario y se sigue enfrentando al poder establecido, económico y político. Su devenir, la continuidad de la implicación participativa de una amplia ciudadanía activa, es fundamental para configurar el clima social y la pugna frente a la crisis socioeconómica y la estrategia de austeridad. Ello va a condicionar también la gestión sindical, cuyos interlocutores tienen menos margen de maniobra para acordar retrocesos sociales con Gobierno y/o patronal, sin caer en el riesgo de una profunda deslegitimación entre la ciudadanía activa y/o parte de sus propias bases sociales.

Por tanto, es conveniente un sindicalismo más firme, activo y renovado y una mejor comunicación con el movimiento 15-M y la orientación y la dinámica que expresa. Ambos movimientos, lejos de la desconsideración o el sectarismo mutuo manifestados por algunos de sus respectivos portavoces, tienen más que ganar con una colaboración democrática por el cambio social, potenciando una ciudadanía activa en parte compartida entre ellos y junto con otros grupos de izquierda y progresistas.

En definitiva, el 15-O del año 2011 demostró la continuidad y madurez de un movimiento potente, con buena orientación, gran arraigo social y un fuerte compromiso con el cambio global. Existen componentes frágiles derivado de la fuerte desigualdad respecto del gran poder institucional y mediático de los ‘poderosos’. También es un movimiento joven y emergente, con fragmentación de grupos de activistas, pero esa dificultad está corregida parcialmente por sus grandes esfuerzos comunicativos y su actividad colectiva de deliberación y decisión. Cabe la disociación entre los tres niveles o el declive de uno o varios de ellos: ciudadanía indignada, ciudadanía activa y grupos de activistas. Sus bazas para persistir y consolidarse son su gran legitimidad social y el acierto en sus exigencias clave y las formas expresivas para encauzar la indignación de la ciudadanía. Y tras la victoria electoral del PP, el nuevo reto es la respuesta ciudadana a sus nuevos planes de austeridad.

En conclusión, ese movimiento ha cubierto con éxito algunos objetivos básicos: fortalecer una conciencia popular sobre esas dos exigencias de fondo —giro a la política socioeconómica y democratización del sistema político—; introducir propuestas de cambio en la agenda mediática y política; organizar un movimiento social potente, democrático y pacífico, y generar un proceso de articulación del tejido asociativo y de participación ciudadana. Tres retos aparecen para garantizar su continuidad y consolidación, teniendo en cuenta sus fortalezas y debilidades.

Primero, la reafirmación de sus objetivos centrales o señas de identidad, complementados con propuestas más concretas y particulares. A corto plazo son difíciles de conseguir, incluido algunas reivindicaciones parciales —como la reforma de la Ley Electoral—, por la determinación contraria de la mayoría de la clase política. Sin embargo, apuntan a cuestiones fundamentales para la sociedad y cuentan con gran aceptación popular.

Segundo, la prolongación, con otras formas y ritmos, de la masividad y la persistencia de las actividades expresivas, de

movilización y comunicación. Ello supone, por una parte, innovar dinámicas de acción colectiva, integrar actividades descentralizadas y focos de polarización ciudadana, y, por otra parte, reflexionar sobre los sistemas organizativos internos de debate y toma de decisiones, la conformación de liderazgos, representantes o coordinadores, abordando un proceso organizativo más amplio, complejo, plural y diverso, que exige revisar la experiencia y mejorar los mecanismos que tienen más limitaciones.

Tercero, apostar por la ampliación y el fortalecimiento del movimiento, la vinculación con más redes sociales y la convergencia con diferentes grupos sociales y sociopolíticos que puedan compartir objetivos sustantivos o parciales.

Las posibilidades de avanzar en los objetivos dependen del grado de apoyo popular. La influencia y el condicionamiento a los poderosos y al sistema político deben estar asentados en una gran legitimidad popular; se trata de una prolongada pugna democrática y pacífica contra los poderes establecidos para promover un cambio sustancial. En el horizonte se dibuja la aspiración por una salida social y progresista a la crisis socioeconómica, una política europea más justa, cooperativa y solidaria y una democracia más avanzada. En resumen, una apuesta por la sociedad —la ciudadanía y las personas— y no por el poder establecido y los mercados.

1.7 La ciudadanía indignada es el comienzo de la solución

La participación popular en las manifestaciones convocadas por el movimiento 15-M el pasado 12 de mayo del año 2012, junto con las movilizaciones y procesos deliberativos anteriores y posteriores, han demostrado la persistencia de una amplia ciudadanía activa. Han participado varias decenas de miles en Madrid y en Barcelona, así como en el conjunto de más de cincuenta ciudades de todo el Estado. Una presencia menor y simbólica ha sido la de otras capitales europeas. Los motivos del año anterior para expresar indignación siguen vigentes y se han reforzado: oposición a las consecuencias injustas de la crisis económica y los recortes sociales; crítica a los mercados financieros y los gestores institucionales dominantes como responsables de una política regresiva; exigencias de cambios socioeconómicos y mayor y mejor democracia, con estímulo de la participación cívica y democrática.

Esa amplia indignación ciudadana se ha expresado en el ámbito público y se ha convertido en una masiva participación cívica y pacífica frente a una gestión política antisocial. Una idea de fondo que subyace en esa movilización progresista es que primero es la sociedad, las personas, y sometidos a esa voluntad ciudadana después deberían estar las instituciones políticas y económicas, particularmente, los mercados financieros. Es una posición nítidamente democrática, de reafirmación de la soberanía popular para desde ella definir las políticas y los proyectos de la sociedad, frente al imperio del beneficio privado que dictan las leyes económicas liberales y las élites poderosas.

Una forma de expresar el alcance de ese protagonismo de la ciudadanía es el lema (traducido) de la manifestación de Barcelona: *El pueblo somos la solución*. Su contenido, recogido en el título de esta sección, sirve para comentar el doble significado de estas resistencias ciudadanas. Por un lado, en el plano social, como conformación de una amplia conciencia social crítica, una participación masiva, democrática y cívica; es la palanca para generar una dinámica de cambio

sociopolítico y relaciones sociales, frente a la resignación y el fatalismo. Su orientación es frenar la involución social y condicionar una gestión más equitativa de la crisis económica. Así, por otro lado, en el plano programático, esa movilización popular se guía y complementa con propuestas concretas y alternativas más generales de transformación progresista, económica, política y social. Estas respuestas ciudadanas constituyen un paso clave para la conformación de una alternativa distinta en la actual encrucijada.

El movimiento 15-M sigue contando con una gran legitimidad social

Veamos, en primer lugar, el alcance de estas movilizaciones y su legitimidad. El movimiento 15-M ha sido cauce de expresión de la indignación ciudadana. Ha combinado grandes manifestaciones de protesta y exigencia de cambios (15-M, 19-J, 15-O, del año 2011; 12-M y 25-S del año 2012, y 23-F y 12-M del año 2013), con actividades locales y reivindicativas descentralizadas y procesos deliberativos asamblearios y en las redes sociales. Como se decía antes, se pueden distinguir tres niveles de intensidad en esa vinculación: un primer nivel de unos pocos miles de *activistas* más comprometidos y persistentes; un segundo nivel de una *ciudadanía activa*, personas participantes, sobre todo, en las masivas formas colectivas de expresión popular, que se puede cifrar en varios centenares de miles; un tercer nivel, ciudadanía indignada o descontenta, en torno a dos tercios de la población que simpatiza de alguna manera con objetivos y acciones de ese movimiento.

El movimiento 15-M, en sentido estricto o de articulación permanente, lo conforman los grupos de activistas. Desde algunos de sus sectores más activos a veces se identifica sólo con ese nivel, o se asimila al resto con el mismo. En sentido contrario, en algunos ámbitos mediáticos suelen referirse sólo a esta parte más organizada para intentar estigmatizarlo como minoritario o radical. Pero, el movimiento

15-M, en un sentido amplio, también lo conforma esa ciudadanía activa que ha participado en sus grandes manifestaciones y apoya expresamente sus iniciativas y objetivos generales. Durante esos meses, desde octubre del año 2011 hasta mitad de mayo de 2012, los grupos de activistas han realizado un arduo y prolongado trabajo de inserción, vinculación y revitalización del tejido asociativo en barrios y pueblos y promovido numerosas actividades locales. Ante la ausencia, en ese periodo, de una gran movilización general y expresiva y los límites en la capacidad reivindicativa, apareció la incógnita de la posible desaparición de este movimiento social, o bien, su reducción a la parte más activista, aventurando la desactivación de esa ciudadanía activa y su aislamiento de la comprensión y la simpatía de esa amplia base popular indignada. El resultado de esas movilizaciones de mayo de 2012, continuadas en septiembre de 2012 (“Rodea el Congreso”) y, especialmente, con las manifestaciones masivas del 23 de febrero de 2013, ha sido positivo, y ha demostrado, a pesar de las dificultades, la continuidad del movimiento y la vinculación de los tres niveles de la ciudadanía.

La participación masiva y la simpatía explícita de la mayoría de la sociedad han confirmado la legitimidad de este movimiento social, así como su importancia para expresar unas aspiraciones populares y juveniles de cambio socioeconómico y político y condicionar la dinámica sociopolítica, desde el fortalecimiento de la participación democrática y pacífica de una ciudadanía activa. Ante la persistencia de los problemas que lo originaron, siguen vigentes sus objetivos generales y su tipo de expresión colectiva. Y así lo percibe la mayoría de la sociedad.

Efectivamente, según la encuesta de opinión de *Metroscopia (El País, 13-5-2012)*, realizada unos días antes de esa movilización, más de dos tercios de la población (68%) *asegura que tienen razón en las cosas que dicen y por las que protestan, y más de la mitad considera que es un movimiento que lo que pretende es regenerar la actual democracia (55%) y dice tener simpatía por el movimiento (51%)*. Estos porcentajes

han descendido ligeramente desde el año anterior (entre el 13% y el 16%), probablemente entre las personas identificadas como de centro-derecha. Así, son mucho más amplios sus apoyos entre los electorados de las izquierdas y menores entre los de las derechas —incluso a un tercio (33%) le *inspira rechazo*—. Además, este movimiento es valorado como *pacífico* por la mayoría (55%) y como *radical* y *antisistema* por una minoría (29%).

ras las movilizaciones del 12-M-2012, aumenta el apoyo ciudadano a este movimiento. Así, en la segunda encuesta de *Metroscopia (El País, 19-5-2012)*, el porcentaje de simpatía asciende al 68% (el 75% entre los jóvenes), superior también al del año anterior, y el de rechazo desciende al 22%. Tras esa experiencia, la gran mayoría de la sociedad cree que el movimiento 15-M, básicamente tiene razón (78%, frente al 68% la semana anterior a las manifestaciones, y sólo el 14% considera que no tienen razón) y quiere que continúe.

No obstante, a pesar de las dificultades para articular las resistencias ciudadanas y los intentos institucionales y mediáticos de deslegitimación y minusvaloración de esa acción colectiva, junto con distintos procesos sociopolíticos y electorales, lo relevante es que todavía la mayoría de la sociedad comparte objetivos y apoya la existencia y la actividad de este movimiento social. Dicho de otra manera, persiste y se reafirma una ciudadanía indignada que simpatiza con la función de la protesta colectiva de esa ciudadanía activa: frenar la dinámica de injusticia y recortes sociales y superar el déficit democrático de las élites e instituciones políticas.

Esa amplia legitimidad popular del movimiento 15-M, contrasta con la poca confianza ciudadana en los máximos líderes políticos y las políticas gubernamentales regresivas, junto con la exigencia de responsabilidades a los mercados financieros. En la primera encuesta citada, el 61% de la población *desaprueba* la gestión de Rajoy como presidente del Gobierno (32% *la aprueba*), y en el caso de la gestión de Rubalcaba como líder de la oposición, el 64% la *desaprueba* (28% *la aprueba*). Pero todavía aumentan más los índices de desconfianza hacia

ambos líderes: a tres cuartas partes de la sociedad les inspiran *poca o ninguna confianza* (73%, Rajoy; 79%, Rubalcaba), y en torno a una cuarta parte, *mucha o bastante* (26% Rajoy; 20% Rubalcaba); lo cual indica también las dificultades de renovación y legitimación del partido socialista y su labor de oposición. A la pregunta si *el Gobierno está sabiendo hacer frente de forma adecuada a la situación económica*, la respuesta *NO* es del 60% (*SÍ*, el 33%), el mismo porcentaje que critica los recortes. Y como dato complementario, para la población los dos máximos *responsables de la actual crisis económica española son los Bancos y Cajas* (9,2 puntos en una escala de 0 a 10) y el *Gobierno* (8,2 puntos) —*por no haber reaccionado a tiempo y no haber sabido adoptar las medidas necesarias*—.

No cabe duda de que los Parlamentos y Gobiernos (central y autonómicos) tienen una gran representatividad y legitimidad derivada de sus amplios apoyos electorales, y que el PP aún no contando con el apoyo mayoritario en las urnas tiene mayoría absoluta en el Congreso de los Diputados y un amplio margen de maniobra político y legal. Pero esa delegación representativa no es absoluta ni incondicional, y sigue erosionándose su legitimidad social. Así, es evidente que la mayoría de la sociedad, y especialmente la izquierda social, por un lado, sigue estando en desacuerdo con los recortes sociales, con poca credibilidad para la élite política y financiera, y por otro lado, simpatiza con una movilización popular que los cuestiona activamente y reclama otro tipo de gestión más progresista y democrática.

Persisten motivos y condiciones para la continuidad de una ciudadanía activa

En España han cambiado algunos aspectos del contexto, principalmente, tres. 1) La principal gestión política e institucional es ahora de la derecha del PP (y CIU), que aun con una renovada legitimidad electoral, ha imprimido un plan de fuertes recortes antisociales (educación, sanidad...) y reformas regresivas (laboral...).

2) Se agravan las consecuencias sociales de la crisis económica (paro masivo, pobreza y brechas sociales, desahucios...), sin perspectivas de creación de empleo. 3) El panorama sociopolítico ha cambiado esa primavera del año 2012 respecto de la del año anterior: por un lado, ya han pasado las dos campañas electorales del año 2011, y por otro lado, al mismo tiempo, se ha producido una gran movilización social promovida por el movimiento sindical (huelga general del 29 de marzo, precedida por las grandes manifestaciones del 19-F).

En definitiva, persistían los motivos de fondo para manifestar la indignación ciudadana (las consecuencias de la crisis, y la gestión regresiva gubernamental), pero cambiaba el papel de algunos agentes relevantes: la responsabilidad principal de las medidas de austeridad ya no es del PSOE, y los grandes sindicatos también se han enfrentado a los recortes sociales.

Junto con esos tres factores hay que añadir un cuarto: la prueba de la propia capacidad de los grupos de activistas. Mayoritariamente jóvenes, existe una gran heterogeneidad de sus experiencias anteriores, vínculos asociativos, inclinaciones sociopolíticas y talentos integradores. La función unitaria y de liderazgo, para encauzar un movimiento social amplio, es difícil. Existen debilidades y limitaciones para encarar la complejidad y la dimensión de estos problemas y oportunidades. Los riesgos de su fragmentación o su desorientación eran evidentes. Tenían un gran reto: seguir conectando con las ideas fuerza presentes en esa ciudadanía activa, mantener la simpatía de la mayoría de la sociedad, y acertar con una propuesta de expresión masiva que diese nuevamente visibilidad e influencia pública a ese movimiento. Han debido sostener una actividad prolongada y poco visible, de arraigo social, deliberación de propuestas e iniciativas y articulación organizativa, que permitiesen dar sentido a ese esfuerzo continuado. Y, al mismo tiempo, debían encauzar un tipo de expresión ciudadana masiva y pacífica que formaba parte de su identidad de origen y prestigio social, en este nuevo contexto social y temporal.

No obstante, articular una estructura organizativa y en red exige esfuerzos y características organizativas adicionales de los grupos de activistas: mayor complejidad de los procesos deliberativos y de decisión, la combinación entre participación abierta y operatividad, entre liderazgos y horizontalidad o igualdad participativa. Es decir, entre, por un lado, el sano talante antiburocrático y antijerárquico y el impulso participativo en condiciones de igualdad y, por otro lado, la especialización de tareas y la especificidad de las funciones de coordinación y representación. Igualmente, en el plano de los discursos y dentro de la amplia pluralidad interna permanece el desafío de la maduración del significado de las ideas clave que conforman el núcleo de su orientación: la democratización del sistema político y la más amplia participación ciudadana en los asuntos públicos y el rechazo a la política de austeridad, el reparto injusto de las consecuencias de la crisis y la exigencia de un cambio de la política socioeconómica en el sentido de mayor justicia social.

Toda esta actividad del movimiento 15-M, en sentido amplio, ha estado condicionando la conciencia social de la ciudadanía y, particularmente, su actitud de simpatía hacia este movimiento y la gran movilización del 12 de mayo de 2012. El movimiento ha salido airoso de ésta, aunque el proceso y su continuidad siguen siendo complejos y difíciles. La siguiente movilización general el 25 de septiembre — *Rodea el Congreso*— ha sido significativa, aunque algunas actividades posteriores han tenido una participación menor. Sin embargo, como se ha comentado, las recientes manifestaciones del 23 de febrero y el 12 de mayo de 2013, han vuelto a expresar una participación masiva y la articulación del tejido asociativo progresista.

Por tanto, la respuesta popular masiva de esos meses no era sólo *emocional* o superficial, destinada a su *evaporación* inmediata. Ha estado y está enraizada en una profunda y persistente conciencia ciudadana indignada y de denuncia de la injusticia social. Es, sobre todo, una respuesta colectiva, con gran fundamentación ética igualitaria y solidaria, e incrustada en la realidad de las graves condiciones de vida

y las aspiraciones de mejora de millones de personas. Además, aumenta la gravedad de la situación socioeconómica y los motivos de descontento persisten. Y todos los intentos de las instituciones políticas y económicas para relegitimar la misma política de austeridad, con distintos discursos y retóricas, pero desconsiderando una gestión más equitativa y democrática, no han conseguido la confianza ciudadana. Las élites poderosas tienen un importante problema de credibilidad social, que no es pasajero ni pueden infravalorar.

De forma soterrada y, a veces, expresa, permanecen la exigencia popular de rectificación de esa política y la pugna democrática por la legitimidad de los distintos gestores y representantes públicos. Por un lado, se encuentran agentes institucionales y económicos que representan una orientación regresiva (Gobierno, mercados financieros...). Por otro lado, existen varios agentes sociopolíticos (el movimiento 15-M con sus masivas protestas, o el movimiento sindical con las huelgas generales y las movilizaciones contra los recortes...) que, junto con otros grupos sociales y políticos, representan una amplia opinión popular de rechazo a esas medidas y expresan una dinámica de cambio progresista.

El poder político, aun amparado en el sistema representativo electoral, tiene un doble componente: democrático, influido por la voluntad popular; oligárquico o elitista, condicionado por los grupos poderosos que defienden sus privilegios. Así, importantes sectores de la sociedad siguen viendo conveniente la existencia de esta acción colectiva progresista como factor positivo en este contexto de relaciones de poder desventajosas. Particularmente, en el plano social y democrático, en cuanto es un factor fundamental cuyo desarrollo puede consolidar las resistencias ciudadanas, propugnar un auténtico cambio de las políticas de ajuste y austeridad y abrir un horizonte de una salida económica e institucional más equilibrada, justa y democrática.

La alternativa principal está en el refuerzo de las resistencias ciudadanas

Esta ciudadanía activa o estos movimientos populares no sólo *denuncian* las injusticias sociales y los déficits democráticos, tal como dicen algunos pensadores como el francés Morin (2012); también *enuncian*. Tienen propuestas concretas y objetivos generales que cuestionan la dinámica liberal-conservadora dominante y apuntan a un modelo más democrático y más justo. En el primer caso, por ejemplo, han reunido y deliberado sobre varios miles de demandas y reivindicaciones, agrupadas en varios bloques: económico-social (frente a los recortes laborales, educativos y de sanidad, en defensa del empleo decente, la protección social o los derechos sociolaborales, o bien sobre la vivienda, la dación de pago en las hipotecas, así como la regulación del sistema financiero y sus gestores...); político (reforma de la ley electoral, democratización del sistema político...), y de participación ciudadana (refuerzo del tejido asociativo, procesos deliberativos y decisorios amplios y democráticos, talante anti-burocrático, autonomía de los poderes institucionales...). Entre los objetivos generales siguen vigentes las dos ideas-fuerza originarias: mejor democracia, y una gestión socioeconómica más justa. Respecto de objetivos concretos ha cobrado especial relevancia la movilización social y la iniciativa legislativa popular contra los desahucios, apareciendo ante la ciudadanía como más efectiva su defensa que la acción gubernamental del PP o la labor opositora del PSOE, que sufren una gran pérdida de credibilidad.

Según una reciente encuesta de *Metroscopia* (diario *El País*, 17 de marzo de 2013) a la pregunta *¿En quién confiaría para la defensa eficaz de sus intereses si se encontrara en riesgo de desahucio por no poder seguir pagando la hipoteca de su casa?*, la respuesta *SÍ* se da a la *Plataforma de Afectados por la Hipoteca* (81%) y *las ONG de defensa de los desfavorecidos* (76%). Mientras tanto, *el actual Gobierno* solo alcanza el 11% de confianza y *el Principal partido de la oposición*, el 10%. En estos casos la gran mayoría de la sociedad no confía en ellos (87% en el Gobierno y 86% en el PSOE); además hay que destacar que gran parte de sus respectivas bases sociales tampoco ven eficaz la

defensa del Gobierno del PP (75% de su electorado) y del PSOE (78% de sus votantes). La gente confía más en su *abogado* (75%), *los jueces y fiscales* (47%) y, con menos intensidad, en *otros partidos con representación en el Congreso* (24%).

Los grandes poderes económicos y políticos sólo conciben una opción: la política liberal-conservadora de ajuste y austeridad. Para ellos no hay alternativas, la solución es el sometimiento popular. Es verdad que en el ámbito institucional europeo y español, la orientación dominante es antisocial, con estancamiento económico, paro masivo y reestructuración regresiva del Estado de bienestar. Ello perjudica, especialmente, a la mayoría social de los países débiles del sur de Europa, entre ellos España. La alternativa programática es otra política social y económica, basada en la creación de empleo y las garantías de los derechos sociolaborales y democráticos. La dificultad principal no es de *programa* (aunque sea compleja una elaboración completa y difícil establecer sus prioridades), sino de suficientes energías ciudadanas para impulsarlo. Se necesitan afinar propuestas y elaborar nuevas teorías sociales, cuestiones cruciales, pero el factor fundamental es la amplitud y la activación del apoyo social a una orientación de cambio progresista. Es el camino iniciado en el año 2010 por el movimiento sindical con diversos altibajos, que ha recorrido también el movimiento 15-M, y que en primavera y otoño de 2012, ha vuelto a impulsar el sindicalismo y la Cumbre Social con los procesos de dos huelgas generales.

Con la demanda de una amplia izquierda social y política en Francia y la positiva victoria del socialista Hollande, se ha puesto encima de la mesa de las instituciones europeas otra política, la de *crecimiento económico*. No obstante, las derechas hegemónicas y la socialdemocracia europea, particularmente la alemana, no cuestionan los ejes principales de la política aprobada por el Consejo Europeo de austeridad fiscal y ajuste económico, y sólo apuestan por *complementarla*, con otras medidas estimuladoras de la demanda y la inversión. Pero, sin una impugnación global de esa política regresiva y su reorientación hacia la prioridad del crecimiento de empleo decente y

la modernización productiva del Sur, con una solidaridad europea y una reafirmación de su modelo social, las consecuencias son la prolongación de la crisis, las fuertes desigualdades sociales y el sufrimiento para amplios sectores populares. Los efectos más perniciosos no sólo llegan a Grecia (o Portugal) sino también a España, Italia e incluso Francia. La solución se encuentra en cada país y en el ámbito europeo, pero sobre todo atañe al campo social, a la consistencia de fuerzas sociales y democráticas suficientes para forzar otra estrategia de gestión y salida de la crisis, que condicione y refuerce a las izquierdas y apueste por una opción progresista.

En definitiva, la solución principal se encuentra en la respuesta del pueblo, en la soberanía popular y la regulación pública frente a los mercados financieros, en la actitud ciudadana de participación cívica frente a la injusticia social y por una democracia social más avanzada.

1.8 Cambios sociopolíticos y de mentalidades juveniles

En otoño de 2010, tal como se ha detallado, ya se dan en España los rasgos principales de un nuevo ciclo de la protesta colectiva: 1) amplia conciencia social de una situación injusta y una gestión económica y política regresiva y antisocial, es decir, la configuración de una amplia corriente social descontenta e indignada; 2) percepción social de un bloque de poder, con los responsables o causantes contra los que se dirigen el descontento y las exigencias (Gobierno o clase política

gobernante, poder económico y financiero, instituciones de U.E. — Bruselas, Berlín y Frankfurt— y la ‘troika’ —FMI, BCE, CE—, élites ricas o poderosas...); 3) amplia movilización colectiva de una ciudadanía activa, con unos agentes sociales definidos (primero el sindicalismo, luego el movimiento 15-M y después ambos) y un ‘empoderamiento’ de la ciudadanía crítica, como sujeto activo (*sí podemos*), frente al fatalismo y la resignación (*no hay alternativas ni margen de maniobra*), y con capacidad de influencia; 4) motivos socioeconómicos (contra la austeridad y los recortes sociolaborales...) y políticos (otra gestión política, respeto gubernamental a los compromisos sociales, democratización...), donde se combinan objetivos más concretos (*Reforma de la ley electoral, No a la reforma laboral, No a los recortes y los desahucios, empleo decente...*) y más generales (rectificación de la política de austeridad, cambio global, derechos sociales, más democracia...).

Cultura democrática y de justicia social

El encadenamiento de los cuatro tipos de factores, distintivos del periodo actual, marca la orientación, el carácter y la identificación social, democrática y progresista de estas protestas sociales. Se producen desde la esfera social hacia (o frente) las medidas y estrategias liberal-conservadoras y el déficit democrático de las grandes instituciones políticas; generan una brecha social con la clase política gobernante, conformándose un nuevo y más amplio campo sociopolítico progresista distanciado del gobierno socialista, gestor inicial de una política regresiva, y después, de forma más contundente, respecto del gobierno de la derecha.

En el campo cultural e ideológico, se generan nuevas ideas fuerza en la izquierda social y, particularmente, entre gente joven. La cultura democrática y de justicia social de la ciudadanía progresista o los valores igualitarios y solidarios de los sectores juveniles más inquietos, se confrontan con las nuevas realidades socioeconómicas y políticas.

Ante la gestión institucional y económica antisocial e impuesta, se desarrolla una nueva conciencia social sobre componentes sistémicos: desconfianza en el poder económico e institucional (responsables de la crisis y la gestión regresiva), pertenencia al segmento de los de ‘abajo’, los perjudicados y desfavorecidos, reafirmación de la indignación ciudadana desde la cultura igualitaria de la justicia social y legitimación de la acción colectiva y democrática frente a la involución social y política.

Esas percepciones se van consolidando y conforman una nueva visión sobre la estructura social, el poder económico e institucional y los mecanismos y agentes de influencia sociopolítica y democrática, a diferencia de la mentalidad dominante en el periodo anterior. Es decir, se produce un choque entre las políticas dominantes de la clase política gobernante y los mercados financieros, que acentúan el deterioro de las realidades económicas e institucionales de la sociedad, y los intereses y la conciencia democrática y de justicia social de la mayoría de la ciudadanía.

Así, se generan elementos culturales emergentes que afectan a la percepción de la nueva cuestión social y la necesaria regeneración democrática. Y, dado el bloqueo institucional junto con la responsabilidad del PSOE por su giro antisocial, se abre paso la iniciativa popular y la protesta colectiva con una reafirmación de esa cultura democrática e igualitaria. La existencia de unas estructuras de movilización ciudadana y la construcción de otras nuevas, permitirán articular esas protestas colectivas. Están enmarcadas, por una parte, por las agresiones de los poderosos, con sus recursos institucionales y el intento de subordinación de la ciudadanía, y por otra parte, por el descontento social derivado del sufrimiento, empobrecimiento e incertidumbre de la mayoría de la sociedad. El acierto en la elección del momento, los lemas y los cauces expresivos, será un complemento fundamental para lograr la masividad, la persistencia y la orientación social y democrática de este amplio y heterogéneo movimiento de protesta.

Los sentimientos humanitarios y solidarios, típicos de los jóvenes inconformistas de los años noventa y primeros dos mil, se enfrentan a una nueva realidad, se modifican y profundizan y se amplían a nuevos sectores sociales. No se trata solo, o principalmente, de respuestas a problemas ‘externos’ a su realidad inmediata sobre los que se movilizan y ‘solidarizan’ para paliarlos o mejorarlos. En España, la anterior experiencia solidaria se situaba en un contexto determinado: crecimiento económico y de empleo, desarrollo social, cultural y de derechos y expectativas laborales, individuales y colectivas, de ascenso social y profesional (aunque permaneciesen amplias zonas de precariedad laboral y de exclusión social).

Con la crisis del empleo y los recortes sociales, esas trayectorias de mejora progresiva del estatus socioeconómico, cultural y político de los jóvenes se bloquean y, mayoritariamente, perciben las dificultades y retrocesos para ellos mismos. La injusticia social (el paro, los recortes sociolaborales, la gestión institucional regresiva...) les afecta directamente y de forma profunda y duradera. Por tanto, junto con la crisis socioeconómica y la gestión política antisocial, cambian su experiencia, sus ideas, sus intereses inmediatos y su horizonte vital e ideológico. El motivo de su protesta es directo, sobre todo, evitar para ellos mismos y su entorno inmediato, un retroceso de su posición social y garantizar su futuro material y de derechos. En ese sentido, su conciencia y su comportamiento tienen que ver más con la demanda de igualdad social y más democracia, que son los dos elementos sistémicos cuestionados por el poder económico y político. La solidaridad se fortalece a través de la pertenencia común al bloque de los perdedores o con desventaja, a la reciprocidad de los propios sujetos afectados y la comprensión y el apoyo colectivo entre ellos. La conciencia social sobre los obstáculos o los adversarios se va reconfigurando y se debilita la visión normalizada de la capacidad de gestión positiva (u ordinaria) de las grandes instituciones y los líderes gobernantes. Y esa deslegitimación política del poder o las élites gerenciales e

institucionales se contraponen con una participación y un apoyo masivos a la protesta social, con la legitimidad de agentes sociales significativos.

Por tanto, las ideas sobre estos elementos sistémicos de los jóvenes avanzados socialmente, al igual que la misma generación de la década anterior, se siguen basando en la cultura democrática, igualitaria y solidaria, pero se confrontan con otra realidad, se renuevan y reafirman. Ello da lugar a otras ideas fuerza, a la transformación del sentido e implicación práctica de esos valores. Y los jóvenes indignados de ahora expresan nuevas demandas y actitudes sociopolíticas y otras formas masivas de comunicación y protesta.

En consecuencia, hay que reconocer las nuevas evidencias, la nueva ‘cuestión social’ y de falta de legitimidad de las grandes instituciones políticas y el poder financiero y político, elaborar nuevos conceptos e interpretarlas con un nuevo esfuerzo teórico y un pensamiento crítico. Los actuales jóvenes inconformistas y sectores amplios de la ciudadanía activa van conformando algunas ideas fuerza (no ideologías) y su contenido y su orientación, en general, son realistas e igualitarios. Los tres factores se encadenan y cristaliza la protesta social: gravedad de los problemas y recortes socioeconómicos para la mayoría de la sociedad; gestión política e institucional regresiva, y cultura democrática y de justicia social con la activación de distintos agentes y movilizaciones sociales. Supone la combinación de tres dinámicas: 1) descontento por el empobrecimiento, la subordinación y la injusticia; 2) percepción de los responsables de esa situación y descrédito del poder, y 3) movilización colectiva, deseo de cambio y expectativas y oportunidades transformadoras o de influencia.

Nuevos sujetos sociales por la igualdad y la democracia

La actual realidad social afecta a tres cuestiones clásicas de la teoría social, aunque de forma nueva: conciencia y pertenencia social (los de abajo, el pueblo...), conformación de sujetos colectivos y aspiraciones transformadoras. La realidad de la crisis, la austeridad y el sistema

político poco democrático, han chocado con una cultura democrática y de justicia social, asentada en una experiencia ciudadana de derechos sociales y democráticos adquiridos y una cierta ética o valores igualitarios.

La dinámica ordinaria de la participación electoral para que una representación política articule la gestión de los asuntos públicos se ha mostrado insuficiente. El esquema liberal representativo (desarrollo económico y Estado de derecho), ha mostrado sus límites y el actual orden capitalista neoliberal ha desembocado en una crisis sistémica: las élites económicas y políticas han perdido credibilidad en su responsabilidad para gestionar la economía y los asuntos públicos. El sujeto soberano del pueblo o la ciudadanía, que expresa su opinión a través de su representación parlamentaria, ha sido desplazado por sectores minoritarios oligárquicos que controlan la economía y el poder institucional y dictan el devenir regresivo de la sociedad. Ante esa subordinación se produce una dinámica contraria de empoderamiento de la propia sociedad, de reafirmación del auténtico sujeto soberano para definir los proyectos sociales, económicos y políticos. Es una vuelta a los fundamentos de la democracia, de la participación popular como fuente de legitimidad y decisión, a la necesidad de un nuevo proceso constituyente.

Los anteriores movimientos sociales —viejos, como el sindicalista, y nuevos, como los ecologistas, feministas, pacifistas o de solidaridad internacional— pugnaban por la redistribución y el reconocimiento. Se han forjado en la experiencia de distintos procesos contra la discriminación, la inseguridad y la desigualdad. Han promovido amplias resistencias colectivas frente a nuevas agresiones, retrocesos y recortes en distintos ámbitos y planos (desde la oposición a la entrada en la OTAN y a la guerra de Irak, pasando por el rechazo contra los riesgos medioambientales y la discriminación de las mujeres, hasta la protesta contra el paro, las reformas laborales o los desahucios o el apoyo a la integración de los inmigrantes). En los momentos más conflictivos y movilizadores, junto al avance respecto de los objetivos inmediatos, se

llegaba a cuestionar elementos fundamentales de la estructura económica o de poder y generar un amplio cambio de mentalidades. En su conjunto, incluido el movimiento sindical, en los años anteriores habían pasado un periodo de cierta debilidad de su capacidad movilizadora y articuladora. Esos movimientos sociales y el tejido asociativo progresista siguen teniendo vigencia y se deben reforzar. Ahora se añaden más motivos concretos para la protesta social y nuevos procesos de activación ciudadana.

Pero, además, en este ciclo sociopolítico, la ciudadanía activa, como suma y convergencia de la participación democrática y progresista en la protesta social, adquiere una nueva dimensión, más global o sistémica, y un carácter todavía más social y democrático, al cuestionar las dinámicas socioeconómicas desiguales y el déficit democrático de las grandes instituciones políticas. Es una faceta que está cambiando las mentalidades de amplios sectores de la sociedad y que incorporan también las organizaciones y grupos sociales progresistas existentes. Además, esa cultura cívica, democrática, igualitaria y de participación en los asuntos públicos, genera una motivación adicional y constituye un elemento identificador de los sectores activos y los que apoyan o legitiman esta nueva protesta social masiva.

En definitiva, la conciencia social de amplios segmentos populares está cambiando, al ser más evidente la subordinación y el bloqueo vital de la mayoría de la sociedad. Se traduce en una percepción más realista respecto del carácter y distribución injustos del poder. La ciudadanía ha tenido que reafirmar y reelaborar sus fundamentos culturales y éticos. Finalmente, significativos segmentos populares han transformado sus preferencias u opciones sociopolíticas, afianzando la necesidad de promover el cambio social, arbitrando mecanismos expresivos y organizativos y legitimando la acción democrática de las nuevas movilizaciones ciudadanas y sus distintos agentes colectivos.

En conclusión, el factor sociopolítico de cambio se conforma con la suma e interacción de tres componentes: 1) la situación y la experiencia de empobrecimiento, sufrimiento, desigualdad y subordinación; 2) la

conciencia de una polarización, con una relación de injusticia, entre responsables con poder económico e institucional y mayoría ciudadana (aun con amplios sectores intermedios o neutros); 3) la conveniencia y posibilidad práctica de la acción colectiva progresista, articulada a través de los distintos agentes sociopolíticos. Y se desarrolla masivamente frente a agresiones inmediatas, en los momentos en que confluyen con mayor intensidad esos elementos y a través de los cauces con mayor credibilidad social para su capacidad expresiva e influencia transformadora. Son dinámicas emergentes, todavía falta por saber cómo van a evolucionar y si se consolidan o no. Pero son suficientemente consistentes como para hablar de un nuevo ciclo sociopolítico, una nueva fase de la protesta colectiva progresista, con novedades relevantes respecto del periodo anterior. Constituyen un nuevo estímulo para un pensamiento crítico y una acción transformadora.

1.9 Conclusiones, interrogantes y perspectivas

En resumen, y tal como se ha avanzado, aparecen cuatro factores que definen el contexto actual y su persistencia: 1) agravamiento de las consecuencias sociales de la crisis socioeconómica (desigualdad, empobrecimiento, paro), acentuadas por la política dominante liberal-conservadora; 2) gestión antisocial de las grandes instituciones y élites políticas gestoras europeas y estatales, con reparto injusto de sus costes a las capas populares, retroceso de los derechos sociolaborales y

proceso de desmantelamiento del Estado de bienestar; 3) reafirmación del bloque de poder financiero (representado por Merkel), con nuevos discursos justificativos, debilitamiento de la calidad democrática de las instituciones e intento de relegitimación de los poderosos (financieros y clase política), con subordinación de las mayorías sociales y el sur periférico; 4) por otro lado, se genera una nueva conciencia social, basada en una cultura ciudadana de la justicia social, con la defensa de los intereses de las capas populares y la exigencia de democratización del sistema político.

Aparecen dinámicas de cierta polarización social, por una parte, los causantes, culpables y corresponsables de las graves consecuencias de la crisis, que constituyen un foco de malestar e indignación ciudadana y, por otra parte, los perdedores, las víctimas ‘inocentes’. Se establece una pugna sociopolítica y de caracterización simbólica de la sociedad. Ya no hay indiferenciación de categorías sociales o visión de existencia de solo clase media (con unos pocos ricos y otros pocos excluidos), sino que se percibe una estructura piramidal: arriba una cúpula agresiva, antisocial y con tendencias autoritarias, y abajo una amplia capa de desfavorecidos, aunque fragmentados; en medio, sectores más o menos acomodados y con incertidumbres sobre su trayectoria presente y futura. Se esclarece la consistencia y la realidad del poder financiero e institucional ilegítimo, con poca confianza de la ciudadanía y precisamente causante del sufrimiento y la subordinación de la mayoría de la sociedad.

Gran parte de la ciudadanía se distancia de sus líderes políticos y económicos y percibe cierta orfandad; sectores progresistas y de izquierda sufren un doble desengaño por la colaboración de los gobiernos socialistas en la política liberal-conservadora de austeridad. Pero otras alternativas político-electorales tienen una difícil y lenta maduración. Ante el abandono o la subordinación a los poderosos (acreedores financieros, con la devolución de la deuda y la reducción del déficit —sin subir impuestos— como prioridad) en amplios sectores de la población se genera un grave problema de desconfianza y

credibilidad social respecto de la clase política gestora de esas políticas. Se conforman nuevas imágenes sobre la estructura social, más realistas y adecuadas, aunque no exentas de esquematismos. En la esfera pública y mediática se ven no solo los perdedores sino también los ganadores, los de abajo y los de arriba, las mayorías sociales y las minorías elitistas y los poderosos, la ciudadanía y los mercados financieros (apoyados por las grandes instituciones internacionales y estatales).

Con la crisis económica, derivada de la desregulación de los mercados financieros y la explosión de la burbuja inmobiliaria, se produce una ruptura de la dinámica de ‘desarrollo’ económico anterior, se impone la contención del gasto público y la reestructuración regresiva y gradual del modelo social (avanzado) europeo. Se definen los adversarios pudientes, así como la conciencia colectiva de cierta pertenencia a un campo de los sectores perjudicados e indignados. De ahí se establecen los objetivos a conseguir. Los de arriba llevan ventaja y la iniciativa; los de abajo están a la defensiva. Los primeros tienen más poder, pero son menos; los de abajo son más y tienen mayor legitimidad social aunque poseen menor fuerza institucional y económica. El distinto posicionamiento de los sectores intermedios, particularmente en su comportamiento sociopolítico, le da mayor apoyo a los sectores activos vinculados con los de abajo o bien mayor cobertura a los de arriba.

En conclusión, la acción cívica tiene una doble dimensión: 1) social o expresiva; 2) reivindicativa y de gestión de mejoras. La acción transformadora puede ser inmediata y práctica, pero hay que definir su sentido. Qué se llama influencia ‘efectiva’ o qué son ‘resultados prácticos’ y cómo medirlos. Qué mecanismos se establecen de reforma social, cuáles son los sujetos sociales y cómo se conforman los campos sociales y político-electorales. Y qué tipo de obstáculos, capacidades transformadoras, dinámicas y ritmos de los cambios sociales existe. Qué legitimidad alcanzan los distintos actores sociales y políticos y cómo se configuran las nuevas estructuras sociales y el grado de cohesión social.

Hay dificultades para una gestión progresiva parcial, de carácter asistencial o reivindicativo, en el marco de tendencias regresivas generales. Igualmente, son difíciles los avances de conjunto o los frenos significativos a los retrocesos impuestos, sin erosionar al poder, sus principales políticas y la legitimidad de sus gestores. Por tanto, hay que integrar y combinar la doble dinámica. Por un lado, la influencia y la transformación, el avance en los resultados inmediatos en el campo sociopolítico y cultural (de legitimidad), así como en el sustantivo de las mejoras materiales y de derechos; o, bien, en el freno a la imposición de medidas o ajustes estructurales regresivos. Por otro lado, el fortalecimiento de la capacidad ‘expresiva’, la conciencia cívica, la mentalidad solidaria y la articulación de fuerzas sociales y presiones sociopolíticas. Hay que valorar la cristalización de la dimensión social de un movimiento sociopolítico en impactos sobre medidas o situaciones concretas de mejoría material para la gente, particularmente, la desfavorecida. Al mismo tiempo que mirar cómo se conforman las transformaciones o las condiciones para los cambios económicos y políticos del conjunto y a medio plazo. Es decir, la combinación de la concreción estructural político-jurídica y las relaciones interpersonales dentro de las estructuras sociales.

La dificultad es la combinación dentro de la acción ‘transformadora’ de la dimensión social o expresiva y la reivindicativa (o negociadora-mediadora). Y específicamente, diseñar los plazos, ritmos, condiciones, gestores y responsabilidades. En definitiva qué estrategia, qué disponibilidad y constitución de fuerzas sociales son necesarias, qué deficiencias u obstáculos existen para su avance.

Podemos definir algunos rasgos de esas condiciones sociopolíticas. Primero, ampliar y fortalecer un campo social progresista y de izquierdas, articulado con un fuerte tejido asociativo y participativo y una renovada representación social, autónoma, abierta, plural y democrática. Se ha expresado una corriente social crítica e indignada y una ciudadanía activa, a través de dos movimientos fundamentales: sindicalismo y movimiento 15-M (y sus derivados). Ambos tienen sus

límites y dificultades y sigue abierta la cuestión de la consolidación y renovación de unas nuevas élites asociativas o grupos activos. Segundo, la interrelación entre campo social y campo político-electoral: la renovación y la conformación de las élites políticas progresistas y la consolidación de campos electorales tienen su especificidad y autonomía respecto del proceso de configuración de un campo o bloque social amplio.

Aquí aparece la posibilidad o la apuesta por profundizar en el nuevo ciclo sociopolítico y electoral, con el previsible desgaste electoral de las derechas y la recuperación del espacio de izquierdas. Uno de sus elementos es el reequilibrio en su interior. Por un lado, hasta dónde puede llegar la crisis, la adaptación y la refundación del PSOE (y la socialdemocracia europea), y si su reorientación se inclina o no hacia la confrontación con los poderes financieros y la derrota de la estrategia liberal-conservadora de las derechas y la activación de las izquierdas, y ello le facilita apoyos mayoritarios. Por otro lado, la difícil construcción y unidad de las izquierdas plurales, con la superación de su fragmentación, su prioridad, a veces, exclusiva, en el frente institucional o electoral y algunas inercias poco respetuosas con el pluralismo. Son problemas que abordar para reforzar su arraigo social, particularmente entre la gente joven, y una actitud integradora, con un apoyo social amplio. Además existen dificultades específicas para elaborar un discurso crítico y una teoría social, realistas y rigurosos, superadores de esquemas rígidos del pasado, enraizados en la realidad actual y favorecedores de un proceso de profunda transformación social y política.

La pugna por una salida más justa de la crisis puede presentar ritmos y características desiguales según los distintos ámbitos: local o sectorial, estatal, europeo, mundial. Es importante la evolución del dilema europeo ante la ampliación de las brechas sociales entre países: retroceso global del modelo social (avanzado) europeo, con al menos dos niveles, centro y periferia. El riesgo es la ruptura de la Unión Europea. Existen interrogantes: qué agentes pueden frenar y hasta dónde

el desmantelamiento del Estado de bienestar, los derechos sociolaborales y las condiciones salariales, la desigualdad social y la distribución regresiva de la riqueza; cuál puede ser el alcance de la erosión de la política de austeridad, la deslegitimación del poder financiero e institucional o el fenómeno de la desconfianza en la clase política y la afirmación de la expresión pública y democrática en los asuntos colectivos. Como decíamos, existe una desafección justa y merecida hacia los líderes de los partidos mayoritarios, gestores de la austeridad, aunque ese fenómeno sea insuficiente y con algunos rasgos con una evolución imprevisible.

Por otro lado, existe la ambivalencia ciudadana respecto de la representación institucional: apoyo electoral (vía posibilista), y crítica y desconfianza en los líderes con exigencia de cambio del sistema de representación y de representantes. La crítica principal es a ‘esta’ política, ‘estos’ políticos, ‘este’ sistema con déficit democrático. En algunos sectores activos existen excesos verbales y cierta ingenuidad, frente a la necesidad de una representación mediadora y unos gestores públicos especializados, aunque, globalmente, son expresiones de exigencia justa de responsabilidades a los gestores políticos.

Desde la derecha y el poder económico se desacredita o ningunea la esfera de la política democrática y representativa. Pero la crítica ciudadana a los políticos no es por ser ‘representantes’, ‘mediadores’ o ‘gestores’ públicos —en general, o en otros contextos—. Específicamente, se hace por ser corresponsables de la política de ajustes y austeridad, la connivencia con los poderes económicos causantes de la crisis, intentar engañar a la ciudadanía con discursos justificativos, incumplir garantías democráticas (su contrato social con sus electorados, todavía mayor en el caso del partido socialista) y priorizar sus intereses corporativos, incluso amparar a personas corruptas.

En definitiva, esas críticas son expresiones políticas (o pre-políticas) positivas, de cambio progresista y democrático, contra las principales lacras de la gestión económica y la desvalorización de la política y la

democracia por parte de los gestores institucionales y suponen una reafirmación democrática de la ciudadanía. La superación de la disociación o la desafección no se debe realizar por la vuelta de esa amplia conciencia ciudadana de indignación respecto de esta gestión regresiva y el déficit democrático de las grandes instituciones hacia la relegitimación de las élites actuales, la minusvaloración de sus responsabilidades o la disculpa de los errores de su gestión. Se trata de abrir una nueva transición política, un nuevo proceso constituyente, para asegurar una democracia social avanzada. En ese sentido, todavía es necesario profundizar ese proceso crítico, consolidar el campo social progresista, sus agentes sociopolíticos, el asociacionismo y la participación ciudadana. El objetivo debería ser derrotar la política de austeridad, deslegitimar más a la derecha política, promover una profunda reorientación política e ideológica y una gran renovación organizativa en el PSOE, como actual principal partido de la izquierda, con nuevos liderazgos y mayor peso de sus corrientes de izquierda. Y, al mismo tiempo, reequilibrar la hegemonía del partido socialista en el seno del conjunto de las izquierdas, con la configuración de un amplio bloque social y político diferenciado, plural, unitario, democrático y alternativo. Se trata de posibilitar mayor unidad del conjunto de las izquierdas renovadas y fuerzas alternativas, desarrollar una estrategia progresista y poder avanzar hacia una sociedad más igualitaria y democrática.

2. Pugna interpretativa sobre la nueva cuestión social^[2]

En estos años de crisis socioeconómica, y sin que la mayoría social hubiera salido de ella, se han visto incrementadas sus graves consecuencias por la actual crisis sanitaria y económica y, particularmente, se ha ampliado la conciencia cívica de su injusticia. Paralelamente, ha tomado mayor relevancia teórica y sociopolítica el tema ya clásico de la cuestión social. Según las interpretaciones modernizadoras (y postmodernas) estaba superada y desaparecida, aunque siempre ha estado presente; ahora resurge como una realidad grave para la población y la principal preocupación para la ciudadanía.

Partiendo de la relevancia de la nueva cuestión social, esta investigación analiza los fundamentos de la interpretación liberal y socioliberal sobre los fallos del mercado y explica la tradición reguladora, redistribuidora y protectora vinculadas al keynesianismo y las izquierdas democráticas. Por tanto, expone las insuficiencias del liberalismo y la necesidad de un esfuerzo analítico y reflexivo para desarrollar una teoría social crítica que dé soporte a un cambio social y político de progreso.

2.1 Introducción

Desde una perspectiva transformadora hay dos aspectos fundamentales en los que profundizar y, específicamente, explicar su interacción para promover un cambio social progresista: avanzar en una teoría social crítica y definir e implementar los proyectos y las estrategias de progreso, por un modelo social y democrático avanzado.

En los últimos años, en diferentes medios se ha ido analizando el declive de la socialdemocracia española y europea, el agotamiento de la llamada *tercera vía* o *nuevo centro*, así como sus dificultades para desarrollar un discurso y una política económica y social diferenciada de las derechas hegemónicas y conseguir los suficientes apoyos sociales para un proyecto transformador progresista. El nuevo sanchismo no tiene un pensamiento social definido, diferenciado del liberalismo social, o una estrategia y un modelo social, democratizador y plurinacional claro de sociedad y de país (de países) para garantizar a medio plazo una transformación de progreso. Lo defino como un **vacío teórico socialista** (Antón, 2020b) relleno de tacticismo coyuntural tras el interés de su hegemonismo en el control del poder institucional. No obstante, en el equipo económico del Gobierno de coalición predomina el liberalismo económico o, si se quiere, el socioliberalismo. Es, por tanto, pertinente un estudio en profundidad de la interpretación liberal de la cuestión social y sus implicaciones estratégicas para las políticas públicas y el Estado de bienestar (Antón, 2009).

Al mismo tiempo, en esta década, se ha ido consolidando una corriente social crítica y una importante movilización ciudadana, un nuevo campo sociopolítico, electoral e institucional que puede favorecer la constitución de un bloque social y político alternativo y diferenciado del Partido socialista, cuya consolidación necesita nuevos discursos, liderazgos y estructuras organizativas. Su representación política son las

llamadas fuerzas del cambio de progreso, en particular Unidas Podemos y sus confluencias.

Pues bien, en términos políticos hay un acuerdo básico de mutua necesidad y conveniencia de ambas formaciones progresistas o de izquierda frente al acoso de las derechas y de respuesta a los dos grandes retos de la sociedad española: por un lado, una salida de progreso a la crisis socioeconómica, la grave desigualdad social, la precarización laboral y las insuficiencias del Estado de bienestar; por otro lado, una democratización institucional, incluido el imprescindible encauzamiento de la plurinacionalidad y el conflicto catalán. Además, contando con el fuerte impacto de la crisis sanitaria, de cuidados y económica por la pandemia, se acumulan otros factores de crisis, como la medioambiental, la desigualdad de género, la construcción europea, los conflictos geopolíticos o la convivencia intercultural y la inmigración.

De la capacidad transformadora y la consolidación de este gobierno progresista de coalición, su orientación estratégica y sus vínculos con una amplia base progresista, va a depender el futuro del país. No entro en ello. Solamente sitúo un marco básico de la encrucijada política del cambio de progreso para poner el énfasis en los elementos teóricos que predominan en las élites dirigentes, fundamentalmente del ámbito socialista, condicionan sus análisis, discursos y estrategias y constituyen un foco de conflicto en el Gobierno de coalición. Por otra parte, tengo en cuenta el sustrato cultural o político-ideológico en las bases sociales de progreso, mayoritariamente de izquierdas y progresistas, detalladas en otro estudio (Antón, 2019b y 2019c) (Ver [primera parte](#) y [segunda parte](#)).

Se trata de aportar algunos elementos de reflexión para elaborar un pensamiento social crítico, superador de los esquemas liberales, las inercias deterministas o esencialistas y los enfoques posestructuralistas, predominantes en muchos ámbitos progresistas. Una amplia valoración la he tratado en tres libros recientes: *Movimiento social y cambio político. Nuevos discursos* (Antón, 2015), *Clase, nación y populismo*

(Antón, 2019a) e *Identidades feministas y teoría crítica* (Antón, 2020a).

Parto, por tanto, desde la tradición de la teoría crítica, superadora a mi modo de ver del bloqueo producido por la prevalencia y la polarización entre dichas corrientes. Solo cito dos autores, especialistas en movimientos sociales en el marco más general del cambio social: E. P. Thompson (1977, 1979, 1981, 1995) y Ch. Tilly (1991, 2007, 2010).

Un pensamiento crítico se distingue por estos tres rasgos fundamentales: realismo analítico (objetividad y procedimientos científicos), finalidad transformadora (ética y sociopolítica) y función identificadora (cohesionadora y legitimadora) para la formación de un actor o sujeto colectivo. Los tres están en tensión, en una interacción compleja respecto de las prioridades y necesidades de la acción colectiva. No se pueden valorar en abstracto, cada uno tiene sus propias reglas y su integración es difícil.

Es necesario recuperar el *ethos* de la ciencia para que se inspire en una serie de principios morales que podían tener un valor universal. Y es fundamental la *autonomía de la ciencia* frente a su dependencia de los intereses del capital o el empresariado. El pensamiento social — ideas, interpretaciones— es compatible con la ciencia, o en otro sentido, la ciencia no se puede reducir exclusivamente a las ciencias naturales; esa posición podría llevar al reduccionismo *cientifista* o positivista de solo considerar racional a la ciencia, y despreciar el resto de la subjetividad (como falsa conciencia o irracionalismo).

Existe la dificultad para mantener el rigor (principios, valores y procedimientos) de la ciencia y evitar su subordinación al poder, neoliberal o liberal, así como es necesario defender su autonomía y su papel. Aunque sea difícil la neutralidad de la llamada ciencia, especialmente, en las ciencias sociales, hay que reafirmarse en el valor de la ciencia (auténtica) y desenmascarar la pseudo-ciencia, con el irracionalismo y el subjetivismo. Después es cuando viene la complejidad de su relación con el comportamiento social y los intereses

materiales de la gente, así como con la psicología, la ética y las teorías sociales, más o menos científicas y/o utópicas.

Aquí, analizo varios aspectos relevantes, como la interpretación de la nueva cuestión social, el debate sobre los errores del liberalismo económico y la crisis ideológica de las izquierdas y la forma de abordarla. Así, se exponen tres aspectos concretos relacionados con cuestiones teóricas y culturales, con un claro impacto para las estrategias de transformación social y la renovación de las izquierdas y fuerzas alternativas de progreso: 1) los errores de los fundamentos del liberalismo económico, en particular la existencia de los fallos del mercado y cómo hacer frente a la ofensiva neoliberal; 2) las insuficiencias del liberalismo como respuesta a la crisis ideológica de las izquierdas y la necesidad de elaborar una teoría social alternativa; 3) la importancia de un enfoque y una actividad críticos en el terreno de las ideas y, específicamente, sobre la cuestión social y los cambios sociopolíticos.

Son cuestiones ya tratadas hace siete años en mi libro *Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica* (Antón, 2013), en el contexto del primer lustro de la protesta social en España (2010/2014) frente a la crisis y las políticas neoliberales y regresivas de ajuste estructural. Las he reelaborado ante la experiencia de este segundo lustro (2015/2020) de consolidación de un espacio político-electoral e institucional, democrático, crítico y popular, diferenciado de la socialdemocracia y con responsabilidades gubernamentales compartidas con el Partido Socialista, con los correspondientes desafíos inmediatos para su unidad y un cambio real de progreso.

2.2 Fallos del mercado y cómo afrontar la ofensiva neoliberal

En primer lugar, valoro algunas ideas vinculadas con la tradición ideológica de las izquierdas sobre la economía, la gestión política y la transformación social y su reinterpretación liberal según la llamada Tercera Vía (Blair) o Nuevo Centro (Schroeder), dominantes en la socialdemocracia, ya criticadas en otra parte (Antón, 2009).

La izquierda socialdemócrata europea, en general, se ha ido deslizando, particularmente desde mitad de los años noventa, a la tercera vía o el socioliberalismo, es decir, hacia su colaboración en el proceso de desregulación de los mercados financieros y el debilitamiento del Estado de bienestar y los derechos socioeconómicos y laborales, según las exigencias de la globalización neoliberal. ¿Eso era lo único posible? Su responsabilidad en la actual crisis económica, su fracaso de gestión y la desafección de parte de la ciudadanía europea han sido claros. Su giro hacia el centro, hacia el liberalismo económico y el embellecimiento de los mercados financieros, es una de las causas de la actual crisis de la socialdemocracia europea.

Los *fallos* del mercado

Comentemos la idea del *mercado* y sus *fallos*, discutida ampliamente en la tradición socialista y keynesiana. El mercado en determinados ámbitos ha demostrado ser la técnica más eficiente, y no se puede ser fundamentalista del Estado. El tema para debatir es que el mercado, en ámbitos y aspectos cruciales, también ha sido ineficiente y, sobre todo, injusto. **La idea de asumir el mercado, aunque sea solo como la técnica más eficiente, no valora ni se distancia adecuadamente de ese componente negativo, ni refuerza el aspecto**

principal de defensa de lo público: un sector público potente y eficaz, unos servicios públicos de calidad y una intervención o regulación pública de la actividad económica privada.

El asunto no es, fundamentalmente, técnico, sino político y ético: Qué medios, económicos y productivos, son mejores para conseguir el fin, el bienestar de la población, el bien común, la sostenibilidad medioambiental... La economía debe subordinarse a la sociedad, a la política democrática y a la regulación institucional. El mercado ha demostrado las dos cosas: que funciona y que no funciona, es decir, que tiene graves ‘fallos’. No podemos dejar que sus leyes, la prioridad al beneficio privado, se impongan a la ciudadanía. Nos centramos en el actual tipo de mercado, en el marco capitalista y dominado por el capital financiero. Dejamos aparte el mercado en general, en ámbitos menores —consumo...— o bajo otros regímenes o procesos históricos.

Pues bien, la actual crisis económica y social, ampliada por la crisis sanitaria, viene derivada de esos ‘fallos’ de los mercados financieros desregulados y desbocados, es decir, que han seguido sus propias leyes de la prioridad por los intereses (egoísmo) de unos pocos, a costa de la mayoría de la población. No ha sido una buena forma de gestionar la economía, ni la más eficiente, y menos para el conjunto de la política y la sociedad y la sostenibilidad del planeta. El desastre y la incertidumbre para las capas trabajadoras y vulnerables, e incluso medias, es evidente.

La tradición reguladora, redistribuidora y protectora

El *estatalismo* soviético se hundió con el estancamiento económico y la burocratización, con unas nuevas élites poderosas y corruptas, e hizo crac. No representa una alternativa y menos un ideal.

Pero tenemos otra corriente fructífera en el siglo XX, fundamental para la izquierda europea y el liberalismo social keynesiano, con dos ejes: 1) la ‘regulación’ del mercado por parte del Estado, la sociedad y la política; 2) la ‘redistribución’ y la ‘protección social pública’. Se trata del pacto keynesiano con hegemonía de las derechas, en el modelo

anglosajón y, especialmente, el centroeuropeo, partidarias sobre todo de lo primero y poco de lo segundo, y la participación de las izquierdas, con mayor énfasis en lo segundo. Ese tipo de economía mixta y Estado de bienestar se resquebrajó con la crisis de los años setenta y ha sido un blanco para destruir o recortar por el tipo de globalización neoliberal y la ofensiva liberal-conservadora.

No obstante, todavía existe esa realidad institucional y los derechos económicos, laborales y sociales, aunque estén en proceso de reestructuración regresiva, desregulación y privatización; especialmente, persisten en la cultura popular y ciudadana. Esa tradición progresista, desconsiderada por la familia socialista europea desde los años ochenta por poco posibilista, convenientemente renovada, puede ser fructífera para definir nuevos proyectos transformadores: revalorización de la sociedad, la participación democrática, la política y la ética, frente a los mercados financieros y las élites poderosas y privilegiadas.

Hoy, la perspectiva política y teórica fundamental, en esa materia, desde un enfoque social y crítico, debería ser la crítica y superación de esos fallos del mercado, el rechazo a los planes de ajuste y austeridad y los recortes sociales, así como la defensa de lo público y su función regulatoria.

Por tanto, se deben señalar las deficiencias sustantivas de los mercados (financieros y otros) y esta globalización neoliberal, con la desregulación económica y la privatización de servicios públicos. Al no resaltar suficientemente las deficiencias de los mercados, la llamada tercera vía o el enfoque socioliberal lleva a su embellecimiento, cosa más grave en el actual contexto, donde hay que poner el acento en la exigencia de responsabilidades a sus gestores económicos e institucionales, en su regulación y en las garantías democráticas y de bienestar para la sociedad. Así, hay que distanciarse del dogma liberal de la prioridad del mercado, y volver a considerar la tradición intervencionista y reformadora de las izquierdas democráticas.

En definitiva, **hay que poner el acento en la crítica a los fallos de los mercados y el cuestionamiento de la gestión antisocial de la política económica liberal dominante y su discurso, lo que facilitaría a las izquierdas y fuerzas progresivas avanzar en una alternativa realista y justa a la crisis económica** (Fraser, 2019; Polanyi, 1992).

Cómo afrontar la ofensiva neoliberal

La izquierda ha cometido grandes errores, particularmente con tendencias autoritarias y anti pluralistas. El error ha sido más de unos que de otros y más en unos momentos históricos que en otros en que distintas corrientes de izquierdas han tenido comportamientos burocráticos y autoritarios, así como errores doctrinales *izquierdistas o antidemocráticos*. En todo caso, también habría que recordar la acción igualitaria y liberadora de las izquierdas, parte de ella de inspiración marxista, en los dos últimos siglos.

Igualmente, se debería hacer una valoración equilibrada de la historia del liberalismo. Así, hay que distinguir elementos positivos y comunes de las izquierdas con esa tradición, especialmente respecto de la relevancia de las libertades públicas, el liberalismo político y el estado de derecho. Junto con ello, existen otros aspectos negativos o antisociales, particularmente, en el liberalismo económico, con su prioridad de la propiedad y el beneficio privados, así como el dominio y los privilegios de las élites poderosas. Las personas tenemos actitudes muy diversas, en distintas esferas, e influencias de dos grandes corrientes ideológicas: liberal y de izquierdas (junto con otras variantes más o menos conservadoras y postmodernas). Pero la gente de izquierdas y progresista, en general, sigue siendo mejor, en su actitud igualitaria, que la población de centroderecha y conservadora, por mucho que personas y grupos del primer tipo sean peores en muchos aspectos que gente identificada con el segundo.

Las izquierdas son víctimas de una ofensiva ideológica conservadora, pero también de una ofensiva ideológica liberal. La

cuestión es ¿cómo y de dónde renovar —o superar— la ideología de izquierdas —o elaborar otro pensamiento crítico y alternativo—? A. Giddens (1998, y 2001), renovador del social-liberalismo, se opone a las dos corrientes extremas, el pensamiento neoliberal o conservador y la ideología marxista. Su respuesta es recoger la vía intermedia, la tradición del liberalismo social para formular las bases teóricas de su tercera vía. Su apuesta desde los años noventa, aplicada por el británico Blair y el alemán Schroeder, e influyente en el socialismo español, es incorporar ese pensamiento como eje central de la orientación ideológica de la nueva socialdemocracia, y disputárselo a la derecha neoliberal y conservadora. **Encaja con la idea de la tercera (o nueva) vía de ocupar el ‘centro’ político e ideológico, de carácter liberal, minusvalorando incluso la tradición socialista reformadora y democrática, a la que sus partidarios estigmatizan como obsoleta o radical.**

Una cultura de izquierdas basada en la justicia social

Del liberalismo (político) se pueden recoger muchos aspectos positivos, particularmente su defensa de los derechos civiles y democráticos. No se trata de menospreciarlo. También las izquierdas han realizado grandes aportaciones a las libertades individuales y colectivas y la lucha democrática. Pero, tratándose precisamente de la solidaridad y el prestigio y la consolidación de lo público, componentes centrales para una economía justa y la igualdad social, la opción por esa tradición liberal es poco adecuada. Dicho de otro modo, ante los fallos del mercado y su prioridad por el beneficio privado y el interés individual, es insuficiente el exclusivo hincapié en las libertades; junto con la democracia política es imprescindible poner el acento en la igualdad y la solidaridad, en los derechos sociales y económicos, aspecto clave en la tradición de las izquierdas. El liberalismo no resuelve la desigualdad social derivada de la prioridad a la propiedad privada y la libertad de empresa, y el liberalismo social de la tercera vía

sólo la palia levemente... utilizando las instituciones públicas en condiciones favorables.

Pero, como se ha señalado, **en gran parte de la sociedad, la izquierda social o progresista, todavía persiste un substrato cultural de izquierdas: justicia social, igualdad, redistribución, protección social, importancia de lo público, derechos sociolaborales...** Así, el giro liberal de las direcciones socialdemócratas le genera a estas una brecha o una desafección de sectores significativos de la izquierda social, aun cuando ha permanecido cierta orfandad representativa en el ámbito político-electoral hasta la constitución de las fuerzas políticas del cambio.

La opción política preferente de los aparatos socialistas, en estas décadas, sigue siendo ocupar el centro y menospreciar o instrumentalizar esa cultura de izquierdas. Su aceptación de un gobierno de coalición progresista deriva de la necesidad imperiosa de no contar con suficientes apoyos propios y tener que enfrentarse a las derechas. Pero, no hay todavía un diseño estratégico a medio y largo plazo por un proyecto social y democrático avanzado. Su distanciamiento con esa conciencia social, mayoritariamente de izquierdas de las bases sociales progresistas, lo ha intentado cubrir, sin éxito, con la socialización (comunicación) de su nuevo discurso centrista entre esa base popular, para reducirla y asentar la cultura socioliberal, creyendo que tendría réditos electorales por el centro, cosa que la realidad europea y española ha demostrado irreal.

Esa alternativa pretende ser posibilista, por sus equilibrios con los grandes poderes. Su problema es que han incorporado esa tradición liberal sin las correspondientes prevenciones, no se han apoyado de forma realista en los sectores sociales progresistas y de izquierda, en sus intereses y su cultura, han perdido legitimidad ciudadana y tampoco han recuperado electorado centrista. De ahí la conformación de un amplio espacio crítico a su izquierda y su necesidad de apoyo en las fuerzas alternativas de progreso.

El nuevo programa económico compartido y de progreso del Gobierno de coalición y sus apoyos de investidura, en el marco de una política europea más expansionista, es una oportunidad, no exenta de dificultades y oposiciones, para superar las inclinaciones y condicionamientos del liberalismo económico dominante y la influencia de los grandes poderes económico-financieros, y apostar por una modernización productiva en beneficio de la mayoría y un refuerzo de los servicios públicos y el Estado de bienestar.

2.3 Insuficiencias del liberalismo, necesidad de una teoría social crítica

En esta sección evalúo las ideas dominantes en la socialdemocracia en su giro hacia la tercera vía o el socio-liberalismo. Diferentes autores, empezando por su referente A. Giddens, establecen tres grandes corrientes de pensamiento: Liberalismo, pensamiento neoliberal (conservador) y marxismo (hegeliano). Desde la nueva vía socialista se desecha el tercero y se pretende rescatar lo positivo del liberalismo, considerado diferente al neoliberalismo.

No obstante, el liberalismo sí tiene en común con el neoliberalismo sus fundamentos económicos y su racionalidad o ética económica: Prioridad, dentro de las libertades civiles, a la libertad económica o de empresa como garantía de obtención de beneficios mediante la explotación de la fuerza de trabajo y la naturaleza, y dentro de los derechos civiles, al derecho a la propiedad privada. El fundamento

ético, liberal y neoliberal, es el interés propio, el egoísmo o beneficio privado —los vicios—, que crearían la prosperidad pública, el crecimiento económico y de la riqueza, tal como desarrolló su fundador Adam Smith y su antecesor Bernard Mandeville (Antón, 2000).

Desde luego, hay que diferenciar el liberalismo económico, aspecto principal de esta crítica, del liberalismo político y el liberalismo social. Keynes también fue un liberal que, a la vista de la gran Depresión de los años 30, no confiaba ciegamente en el mercado, en el liberalismo económico, y apostó por su regulación pública, es decir, se convirtió en un keynesiano, un liberal intervencionista. Igualmente, en la construcción del Estado de bienestar europeo participó la derecha liberal y cristiana, que lo hegemonizó en los países centrales.

En términos históricos y políticos (siglos XVIII y XIX), los grupos liberales fueron progresistas y reformadores respecto del absolutismo, los conservadores y el Antiguo régimen. No obstante, fueron construyendo (finales del XIX y el XX —sobre todo su final—) su hegemonía económica y política, pactando con el conservadurismo, y desarrollando, por un lado, el imperialismo, la colonización y la explotación, y por otro lado, el freno a las demandas populares y la contención de las izquierdas.

Es decir, **el liberalismo está lleno de ambivalencias: es progresista respecto del conservadurismo y el autoritarismo, y ha realizado importantes aportaciones a la libertad y el Estado de derecho; es reaccionario frente a las demandas populares de justicia social y democracia avanzada.** También ha conseguido éxitos económicos, respecto del crecimiento económico y de la riqueza, particularmente en el Norte. No obstante, si hay que hacer revisión política y doctrinal del liberalismo, deberíamos partir de esa doble tradición, progresista y reaccionaria. Podemos rescatar algunas luces ilustradas en relación con su oposición a la reacción conservadora y los fascismos y su defensa de la democracia. Pero, además de su problemática gestión económica, tiene también muchas sombras sociopolíticas; incluso, algunas élites liberales también tienen millones

de muertos a sus espaldas (I Guerra Mundial, guerras coloniales...) — por cierto, a veces, con el apoyo de algunos aparatos socialdemócratas europeos.

En ese sentido, tienen más valor positivo y democrático los componentes progresistas, políticos y sociales del liberalismo (libertades civiles y políticas, democracia, cohesión social...), que sus fundamentos económicos: libertad del mercado o la propiedad privada, beneficio privado, explotación...

Con ello, volvemos a la Tercera vía (británica) o el Nuevo centro (alemán), como superación de la izquierda y la socialdemocracia clásica y al eje mercados / Estado (Antón, 2009). En este caso, hay que valorar adecuadamente la posición realmente intermedia, fundamental en las décadas gloriosas anteriores: regulación y redistribución pública, prioridad de la política y la sociedad a través del Estado democrático y la participación cívica, defensa de la ciudadanía social y laboral. Ésa es, precisamente, la tradición más interesante hoy. Hunde sus raíces en el liberalismo intervencionista o regulador, el keynesianismo, el más típico y dominante hasta los años setenta, así como en las izquierdas reformadoras y redistributivas. Conlleva una crítica al sistema económico liberal que, a la luz de la actual crisis económica y su gestión neoliberal dominante, necesita renovación y refuerzo. Supuso una fuerte pugna y un pacto social progresista en torno al modelo social europeo: reparto equitativo de la renta y la riqueza y garantía de bienestar para la población.

La idea fundamental de la que parte esa tradición, con matices entre sus dos corrientes, es la de los ‘fallos del mercado’, es decir, la de que los mercados económicos y financieros dejados a su propia dinámica o ley dejan de ser eficientes para el interés general —no para el capital—. **Por tanto, deben estar regulados y subordinados al bienestar de la sociedad, a los intereses generales, el bien común o fin ético, interpretados por la participación democrática de la sociedad y sus órganos representativos. Es la reafirmación del papel de la política (pública) por encima de la economía (privada) y los mercados.**

Pero, ahora, normalmente, los pactos o las políticas comunes de la socialdemocracia con la derecha (Consejo Europeo, o la reforma constitucional del art. 135) salvan los privilegios de los poderosos y debilitan los derechos socioeconómicos y laborales de la población, así como la calidad democrática de las instituciones políticas.

El Estado es imprescindible para el desarrollo capitalista de los mercados, no tanto su componente social; pero también es necesario para su regulación, la redistribución y la cohesión social. Con ocasión de la crisis de los años setenta, la ofensiva neoliberal se basaba, junto con el desarrollo tecnológico, en la globalización de los mercados, sobre todo financieros. Las instituciones políticas aprueban y aplican la desregulación de las normas y políticas de los Estados, que colaboran en esa preponderancia de la economía desregulada y sus principales poderes y propietarios. Primero se abandona el intervencionismo socialdemócrata y luego el liberal. Dicho de otra forma, tiene éxito la nueva hegemonía político-económica de los grandes poderes financieros y, sobre todo, la hegemonía ideológica y cultural del liberalismo desregulador y privatizador.

La izquierda política dominante deja de ser socialdemócrata, en el sentido clásico, transformadora, reguladora y redistributiva, y se convierte también al liberalismo económico: desregulador respecto de las instituciones públicas, con gestión ‘eficiente’ de la economía y el mercado, que es lo ‘posible’ en ese contexto. Abandona la tradición de izquierdas y, particularmente, los ejes de su política socioeconómica se convierten en centristas o liberales.

Persistencia de una cultura social de izquierdas

La cuestión es que ese giro de los aparatos socialistas produce desajustes con sus bases sociales, ya que persisten una importante izquierda social y fuertes resistencias en la población europea a esa involución social; en la ciudadanía se mantienen grandes dosis de esa cultura democrática de justicia social, igualdad de

oportunidades y derechos sociolaborales y económicos. O sea, esa mayoría social y ciudadana no se convierte al liberalismo económico crudo, aunque sea con la retórica más cuidada del liberalismo social o la tercera (o nueva) vía. Desde mitad de los años noventa, cuando se presenta esa posición social-liberal como la refundación y la renovación de la izquierda, en un marco de crecimiento económico, ya presenta sus límites e insuficiencias. Pero es con la crisis socioeconómica desde 2008 cuando se resquebraja en su doble vertiente: como opción eficiente para los mercados y como base de legitimidad mayoritaria entre la población.

La crisis social y económica pone en cuestión los discursos y las políticas neoliberales de las últimas décadas, incluida su variante centrista. Pero el poder es el poder y tiene capacidad de recomponer sus políticas de austeridad para la mayoría y los beneficios para la minoría. Tiene necesidades de legitimación, junto con el refuerzo del autoritarismo y el control social, pero es menos dependiente que las izquierdas de las ideas y los proyectos existentes en la sociedad. Los poderosos pueden ser menos científicos y utilizar la construcción de retóricas con mentiras y engaños, machacando la idea de que ‘no hay alternativas’, ya que tienen un gran poder institucional y mediático.

En definitiva, en los años ochenta, tras la crisis de la década anterior y la globalización desregulada, entraron también en crisis la tradición keynesiana-liberal, intervencionista, y la tradición socialdemócrata, redistributiva y reformadora; en los años noventa, con la caída del muro de Berlín, se generalizó la crisis del marxismo y la izquierda comunista, con su *estatalismo*; y con la actual crisis ha quedado en evidencia la poca consistencia y autonomía del nuevo proyecto de liberalismo social o Tercera vía y su dependencia del neoliberalismo: desregulador de los mercados, con gestión política posibilista y sin transformación social o distributiva.

La solución a la crisis de la(s) ideología(s) de las izquierdas no está en el liberalismo

Los pensadores y políticos de la Tercera vía, desde A. Giddens, con distintos precedentes que se remontan en España a primeros de los años ochenta con Felipe González, desechan el marxismo y desconsideran gran parte de la tradición socialdemócrata, el reformismo sustantivo y progresivo. La opción que les queda es el liberalismo económico, como gestión supuestamente eficiente de los mercados con leves retoques (suavizar la desigualdad), muy lejanos a la utopía socialista y la tradición transformadora. Y, en este contexto de gestión antisocial de la crisis, también se distancian incluso de los componentes más progresistas del liberalismo político, sensible a la cohesión social y la democracia. En esa corriente no hay una valoración crítica de los puntos vulnerables del liberalismo económico, sus elementos comunes y sus dependencias con el neoliberalismo conservador, su carácter injusto, su reciente fracaso político y social.

La realidad es la crisis de la socialdemocracia europea, de la mayoría de los aparatos de la izquierda política mayoritaria en el ámbito institucional, sin un proyecto diferenciado y propio frente a la oleada neoliberal o liberal. Su desconcierto se produce aun cuando en la sociedad todavía existe una amplia cultura de izquierdas o unas referencias relevantes a ese auto posicionamiento ideológico, así como significativas resistencias ciudadanas a la involución social y democrática. **El fracaso es, sobre todo, de esa élite política y académica, incapaz de representar esas tendencias sociales y elaborar un nuevo proyecto ilusionante e igualitario e impulsar un proceso profundo de transformación progresista.**

Por mi parte, no hay problemas en recoger y disputar a la derecha parte de la propia y común tradición ilustrada, principalmente, la política, los derechos democráticos y las libertades individuales y colectivas, así como muchas de sus aportaciones, empezando por la ética kantiana de los derechos universales y terminando con la auténtica ciencia universal. Sus ejes centrales —libertad, igualdad, solidaridad—

son comunes a las corrientes liberadoras desde la revolución francesa, y las izquierdas son también deudoras de ellos.

Pero no hay que minusvalorar la experiencia igualitaria y solidaria de la izquierda social, empezando por el socialismo utópico. Hay que destacar la importante cultura de izquierdas de gran parte de la sociedad europea, así como las necesidades y demandas de las capas desfavorecidas y discriminadas. Son la palanca de la realidad sobre la que renovar e innovar los nuevos proyectos transformadores y solidarios. Hay que someter a crítica y revisión el legado doctrinal de todas las izquierdas (socialdemócratas, marxistas, anarquistas, populistas...), al igual que el de las diferentes corrientes más o menos ilustradas o liberales, para evitar una nueva colonización dogmática.

La *Nueva Vía*, como se definía el proyecto de Zapatero con el que ganó las elecciones generales del año 2004, presentaba aspectos renovadores interesantes. No obstante, tenía un enfoque similar a ese pensamiento hegemónico entre los socialistas europeos, particularmente en materia socioeconómica. Y esta corriente de pensamiento justifica su giro hacia el liberalismo económico y el posibilismo político desde las anteriores posiciones reformadoras de la socialdemocracia clásica. Así mismo, embellece la gestión actual de los gobiernos socialistas, más problemática por sus políticas regresivas en estos tiempos de crisis. Y es un hecho relevante para someterlo a debate, más en el contexto del actual proyecto de progreso del Gobierno de coalición; es el sentido de estas reflexiones críticas.

En conclusión, la solución a la crisis de la(s) ideología(s) de las izquierdas no está en el liberalismo o en centrismos supuestamente transversales. Se pueden y se deben recoger algunas de sus aportaciones pero, globalmente, es una salida falsa. Además, la confianza en esa salida liberal debilita el imprescindible esfuerzo de análisis riguroso y científico y el necesario pensamiento crítico para avanzar en un pensamiento social propio de izquierdas o alternativo y adecuado a los grandes retos del presente. El relativo vacío existente debe resolverse con un esfuerzo intelectual y práctico y una teoría social

crítica que favorezca el análisis y la interpretación rigurosos, así como una dinámica social emancipadora e igualitaria.

2.4 Importancia de un enfoque y una actividad críticos en el terreno de las ideas

Esta sección es una reflexión sobre uno de los temas relevantes para los investigadores sociales y la gente alternativa y de izquierdas: las dificultades para elaborar un pensamiento crítico, con un enfoque social diferenciado del discurso liberal dominante, así como superador de límites y deficiencias de otras corrientes ideológicas, como las ideas postmodernas y populistas o el propio marxismo más determinista.

Se trata de analizar en qué situación estamos la intelectualidad progresista, qué orientación y características tiene la actividad en la esfera de las ideas, qué impacto práctico tiene esa dificultad de menor intensidad y calidad de la teoría social y qué dependencias o eclecticismos se pueden conformar respecto de otros pensamientos dominantes en la sociedad que dificulten el sentido de la realidad y la labor crítica y transformadora.

Al mismo tiempo, se trata de abordar qué contenidos de interés existen en las aportaciones de diversas escuelas de pensamiento, para integrarlos con el conveniente reciclaje. La teoría social depende de la calidad y la influencia de la acción práctica de la izquierda social y política, de los movimientos sociales progresistas, pero también de la

actividad específica en el plano de la investigación y el debate científicos.

Existen muchas investigaciones sociales y variada elaboración de ideas ‘parciales’ (y algunas cosmovisiones) en el mundo académico y asociativo, con distintas perspectivas teóricas, así como diferentes combinaciones entre ellas con diversos equilibrios e influencias doctrinales e intereses contrapuestos. La labor de discernimiento crítico es compleja, la valoración de su validez es difícil, y la simple asimilación y adaptación funcional o instrumental con pequeñas correcciones es lo usual. La tendencia dominante entre las gentes progresistas y los activistas sociales y políticos. En particular, existen un relativo eclecticismo, con la combinación o suma de ideas de diversas escuelas liberales y postmodernas, y una desideologización respecto de los cuerpos doctrinales más sistemáticos y compactos como el marxismo, del que se conservan algunos aspectos en distintos sectores sociales.

Así mismo, hay un relativo estancamiento teórico de las ciencias sociales, incluido en el ámbito académico, junto con un enmascaramiento o deformación, mayor o menor, de la realidad. Existe una relativa crisis del pensamiento social, en general, y del pensamiento progresista y de las izquierdas, en particular: social-liberal, socialdemócrata, marxista, anarquista, populista... Respecto de la acción social, hay teorías más deterministas y otras más voluntaristas, y, en otro plano y combinadas con ellas, algunas más inclinadas hacia la armonía y el consenso y otras hacia el conflicto.

Aparte del intento de contrarrevolución conservadora y neoliberal, irracional, idealista y regresiva, las ideas dominantes, más o menos sistemáticas, en ese ámbito de lo social se asientan, sobre todo, en ideologías, ideas y enfoques con sesgos liberales. Se pueden citar tres. 1) El *positivismo*: infravalorando el sentido de los hechos, su conexión interna y su relación con los procesos y los contextos; 2) el *formalismo*: relativizando el significado u otros elementos sustantivos de la realidad distintos a las formas o apariencias; 3) el *posibilismo*, como simple

adaptación, embelleciendo o sobrevalorando el peso del poder y las estructuras sociales y desconsiderando la ética progresista, los conflictos sociales y las tendencias de la sociedad por el cambio.

En la izquierda social o la ciudadanía indignada esas ideas confluyen y pugnan con otras tradiciones y culturas básicas, condicionadas y canalizadas a través de la experiencia popular y la ilustración de los distintos medios. Entre ellas se puede destacar, por su relevancia en el comportamiento colectivo, una cultura progresista (ideas, valores o actitudes) de justicia social y equidad (o de derechos civiles, democráticos, sociales y económicos) frente a privilegios, desigualdades y discriminaciones. Todo ello se asienta en distintas posiciones socioeconómicas, de poder y de estatus. Sobre ese substrato, en conciliación y conflicto, hay que intentar elaborar un pensamiento social específico.

Especialmente, la máxima dificultad interpretativa —rigurosa y adecuada— se encuentra respecto de la combinación entre distintos procesos sociales y las apuestas normativas y éticas de cambio social, igualitario y solidario. Y, particularmente, en relación con el papel de los distintos agentes sociales o sociopolíticos, las respuestas del mundo asociativo y las izquierdas sociales y políticas y fuerzas alternativas, y, por el otro lado, los intereses y la legitimación de los poderosos. De todo ello depende la configuración de sujetos sociales y las expectativas ciudadanas de cambio sociopolítico y su orientación.

Un problema particular respecto de la elaboración de ideas, en este plano social, afecta a la conformación de los cimientos organizativos o elementos identitarios de los distintos grupos sociales, a su actividad y su bagaje cultural. La renovación y la adecuación del pensamiento social, así como el debate de ideas condicionan la legitimidad y la operatividad de líneas de actuación, posiciones sociales y liderazgos de las distintas élites sociopolíticas. Muchas veces no estamos solo ante un estricto debate intelectual sino ante diagnósticos, propuestas y actividades expresivas o reformadoras ligadas a la consolidación o no de

un proyecto asociativo o político, por lo que hay que acotar y diferenciar planos.

Por todo ello, la discusión teórica se hace más compleja. Es evidente en las actuales polémicas feministas, especialmente sobre la conformación del sujeto, donde convergen ideas esencialistas y deterministas con discursos posmodernos y culturalistas. E, igualmente, en el espacio de las llamadas fuerzas del cambio, Unidas Podemos y sus convergencias, donde confluyen distintas tendencias ideológicas y culturales e intereses de las distintas élites políticas.

Aquí voy a hacer referencia a una temática particular dentro de las ciencias sociales, la llamada cuestión social, dada las nuevas características y la relevancia que tiene y que exige una nueva interpretación. Por tanto, se debe realizar un esfuerzo específico para superar viejos esquemas interpretativos que distorsionan la realidad y profundizar en los nuevos hechos con rigor y objetividad.

Nueva importancia de la ‘cuestión social’, inercias y debate interpretativo

En estos años de crisis socioeconómica, y sin que la mayoría social hubiera salido de ella, se han visto incrementadas sus graves consecuencias por la actual crisis sanitaria y económica y, particularmente, se ha ampliado la conciencia cívica de su injusticia. Paralelamente, ha tomado mayor relevancia teórica y sociopolítica el tema ya clásico de la cuestión social. Según las interpretaciones modernizadoras (y postmodernas) estaba superada y desaparecida, aunque siempre ha estado presente; ahora resurge como una realidad grave para la población y la principal preocupación de la ciudadanía.

Presenta, al menos, cinco planos interconectados diferentes a la época anterior de crecimiento económico y ascenso social: 1) la crisis socioeconómica: sus características y consecuencias sociales (paro, desigualdad, empobrecimiento, exclusión social...), junto con la responsabilidad de los poderosos; 2) la gravedad de las políticas

regresivas iniciales: recortes y reestructuración del Estado de bienestar; 3) la gestión —antisocial— de las élites políticas incluido los aparatos socialdemócratas gobernantes; 4) el distanciamiento del poder y su carácter elitista y dependiente de los mercados, respecto de los ciudadanos, o bien el debilitamiento de la calidad democrática de las instituciones, y 5) las respuestas de la sociedad: desafección, indignación/resignación, ciudadanía activa, resistencias...

Las grietas económicas y sociopolíticas producidas, especialmente las brechas internas y entre países, el Norte y el Sur, han supuesto que, ahora, las políticas económicas dominantes en la Unión Europea y, específicamente, su nuevo plan de reconstrucción económica para los próximos años haya tenido que abandonar la rigidez austerioria y adoptar medidas más expansionistas.

En este tema y sus apartados se están produciendo en el ámbito social y académico distintas discrepancias no sólo analíticas sino de enfoques y prioridades. Es difícil el consenso, o dicho de otra forma, en el mundo asociativo, institucional e intelectual hay pluralidad de posiciones. En una primera aproximación se puede decir que las ideas diversas en este campo específico están condicionadas por dos tipos de rasgos.

Uno es de carácter teórico. Parto de la insuficiencia del marxismo economicista clásico para analizar la sociedad; su crítica es necesaria. También se han quedado viejas las interpretaciones, liberales o modernizadoras y postmodernas, que relativizaban la importancia de la problemática socioeconómica, ante la evidencia y la subjetividad popular de su gravedad. Además, hay que hacer frente a la construcción de una interpretación de esa realidad distorsionada por enfoques liberales dominantes en el poder económico, institucional, mediático y académico, que pretendía minusvalorar esa situación y la conciencia social sobre ella. La tarea intelectual es doblemente necesaria: por un lado, crítica, deconstructiva, de ideas falsas o erróneas; por otro lado, analítica, interpretativa y normativa. Se hace difícil la aprehensión completa de la realidad, y es imprescindible el rigor analítico y la

ausencia de prejuicios. Y también hay que evitar la interpretación de las discrepancias o la crítica a otras posiciones por la vía de adjudicarles una intencionalidad o su carácter erróneo por su dependencia de tal o cual prejuicio o adscripción; sería un mal debate.

El resultado, en un entorno social progresista, es una pluralidad de ideas, más o menos consolidadas, que refleja insuficiencias en tres planos: rigor científico en el análisis de los hechos; comprensión y unidad en los enfoques interpretativos, y apertura de miras y talante modesto y autocrítico para aprender y cambiar. La diversidad de opiniones puede ser positiva o simplemente reflejar distintas sensibilidades. En distintos grupos sociales, desde partidos políticos, movimientos sociales y sindicatos hasta el asociacionismo solidario, es preciso convivir con una relativa pluralidad de opiniones.

El problema, a mi modo de ver, es que, en distintos ámbitos, cuesta analizar con rigor algunas realidades nuevas de la sociedad, elaborar ideas apropiadas y, en particular, reconocer la relevancia de la cuestión social y la emergencia de una ciudadanía activa frente a la desigualdad social y el déficit democrático de las instituciones públicas y privadas. Esa dificultad es mayor porque se enfrenta al pensamiento liberal dominante que intenta relativizar y enmascarar esa realidad en una coyuntura crucial para el devenir de la sociedad, el modelo social y la legitimidad de diferentes actores.

La cuestión es que sectores amplios de la propia sociedad han desarrollado, en aspectos concretos relacionados con el sentido de la justicia social, una capacidad crítica y un pensamiento más acertado y, sobre todo, más justo que la mayoría de las élites institucionales y la clase política. Es más, millones de ciudadanos han adoptado posiciones críticas más realistas que, incluso, el aparato socialista y gran parte de la élite académica e investigadora. Eso se ha producido con fenómenos como la desafección hacia el Gobierno socialista de Zapatero o la indignación y la resistencia ciudadanas frente a las consecuencias de la crisis y su gestión regresiva que culminó en un nuevo espacio político, las llamadas fuerzas del cambio.

Dicho de otro modo, parte de la actividad interpretativa en los medios de comunicación ha estado a la zaga de la evolución de la conciencia crítica de sectores relevantes de la propia sociedad o la ciudadanía activa, tanto respecto de la comprensión de aspectos significativos de la realidad cuanto de su transformación. La labor selectiva y crítica se complica. Las dificultades son diversas, pero una de ellas tiene que ver con prejuicios teóricos, liberales y postmodernos, e inercias intelectuales que dificultan el análisis de la realidad para transformarla.

Estudio y debate sobre los cambios sociopolíticos

Me refiero, ahora, solamente a este ámbito más específico, los cambios sociopolíticos. Como en otras elaboraciones de pensamiento social se pretende favorecer la labor interpretativa y la acción práctica, crítica y transformadora. Aquí se intenta poner de relieve la importancia de las *nuevas condiciones materiales de existencia*, la nueva *subjetividad, experiencia y actitud* de la población, los nuevos *procesos de interacción social* y la necesidad de *nuevas teorías interpretativas*. Hay que valorar la actualidad, con una nueva dimensión de la clásica cuestión social o la diferenciación por clases o capas sociales y distintos procesos de discriminación. O si se prefiere, adquiere más relevancia la acción contra la desigualdad, social, de género, territorial, y por la distribución, la solidaridad y la justicia social, en otro plano distinto a la anterior época de los años noventa y hasta la crisis que comienza en el año 2007.

Esos temas se han asociado al marxismo o a la vieja izquierda (o los sindicatos), pero son preocupaciones fundamentales de la ciudadanía y los jóvenes. Todo el proceso de protesta social del lustro 2010/2014 tuvo, junto con el eje de acción por más democracia, la oposición a los recortes sociales y la pugna por la justicia social y están presentes en la actual exigencia de un cambio social y político de progreso. Por ello exige una mayor labor crítica, ya que estas cuestiones sociales y

democráticas están cargadas de fuertes condicionamientos, históricos e intelectuales. Es un motivo más para el análisis riguroso y el estímulo para elaborar un pensamiento diferenciado en ese ámbito tan sustancial para la mayoría de la sociedad. La gravedad y la urgencia para responder a esa temática ha empujado a diferentes representantes sociales y políticos a utilizar las armas interpretativas disponibles, desde el marxismo, el anarquismo y la teoría populista hasta el liberalismo o el simple empirismo.

Entre la intelectualidad progresista y las élites políticas y asociativas es necesario un impulso crítico, científico, para analizar también este campo, en pugna con las interpretaciones irracionales e idealistas, o simplemente superficiales. El aspecto central no es exclusivamente mejorar el conocimiento de la realidad, que ya es importante, sino prepararse mejor para dar respuestas adecuadas y justas ante esos problemas: conocer la realidad para transformarla. En ese sentido, es conveniente modificar y adecuar los esquemas interpretativos del pasado para analizar la sociedad actual y particularmente las nuevas generaciones y sacar las correspondientes enseñanzas para renovar el pensamiento social y ayudar a esclarecer y adaptar las prioridades prácticas y teóricas del mundo asociativo, las izquierdas y las fuerzas alternativas.

En definitiva, es conveniente un esfuerzo en el terreno de las ideas, cultivar la actividad reflexiva y crítica y avanzar en la elaboración de un pensamiento social riguroso y comprometido, que sirva para favorecer la transformación progresista, igualitaria-emancipadora, de la sociedad.

Bibliografía

ANTON, Antonio (2000): “Crisis del trabajo y ciudadanía social”, en A. Antón (coord.), *Trabajo, derechos sociales y globalización* (pp. 192-291). Madrid, Talasa.

- (2009): *Reestructuración del Estado de bienestar*. Madrid, Talasa.
- (2013): *Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica*. Madrid, Sequitur.
- (2015): *Movimiento social y cambio político. Nuevos discursos*. Barcelona, UOC.
- (2019a): *Clase, nación y populismo. Pensamiento crítico y estrategias políticas*. Madrid, Dyskolo.
- (2019b): “La base social de progreso (I): Joven, trabajadora y progresista”, en *Nueva Tribuna* (19/12). Referencia web: <https://www.nuevatribuna.es/articulo/actualidad/joven-trabajadora-progresista/20191219161837169323.html>
- (2019c): “La base social de progreso (II): progresista, feminista, ecologista y de izquierdas”, en *Nueva Tribuna* (28/12). Referencia web: <https://www.nuevatribuna.es/articulo/actualidad/base-social-progreso-progresista-feminista-ecologista-izquierdas/20191228090938169546.html>
- (2020a): *Identidades feministas y teoría crítica*. Madrid, Dyskolo. Referencia web: <https://rebellion.org/download/identidades-feministas-y-teoria-critica-antonio-anton-moron/>
- (2020b): “El vacío teórico socialista”, en *Mientras Tanto* n° 189 (abril). Referencia web: <http://www.mientrastanto.org/boletin-189/ensayo/el-vacio-teorico-socialista>

FRASER, Nancy y JAEGGI, Rahel (2019): *Capitalismo. Una conversación desde la teoría crítica*.

GIDDENS, Anthony (1998): *La tercera vía*. Madrid, Taurus.

— (2001): *La tercera vía y sus críticos*. Madrid, Santillana.

POLANYI, Karl (1992) [1944]: *La gran transformación*. México, Fondo de Cultura Económica.

- THOMPSON, Edward P. (1977) [1963]: *La formación histórica de la clase obrera*. Inglaterra: 1780-1832 (tres tomos). Barcelona, Crítica.
- (1979): *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona, Crítica.
- (1981): *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica.
- (1995): *Costumbres en común*. Barcelona, Crítica.
- TILLY, Charles (1991) [1984]: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid, Alianza.
- (2010) [2009]: *Los movimientos sociales, 1768-2008. De sus orígenes a Facebook*. Barcelona, Crítica.

3. Enseñanzas de las elecciones madrileñas del 4M

3.1 La opción por la derrota de Ayuso

La propuesta de Pablo Iglesias, líder de Unidas Podemos, de encabezar la candidatura de esa formación política para la Asamblea de Madrid en las próximas elecciones autonómicas del cuatro de mayo ha reforzado las posibilidades de las fuerzas progresistas de desalojar a Díaz Ayuso de la presidencia de la Comunidad de Madrid. Paralelamente, ha anunciado su dimisión de la Vicepresidencia segunda del Gobierno de coalición progresista, con la renuncia a presentarse como candidato a las próximas elecciones generales, y que le puede sustituir en el liderazgo la nueva vicepresidenta tercera y ministra de Trabajo Yolanda Díaz.

Ambos hechos encadenados han modificado el marco del debate sobre las expectativas y reequilibrios de las fuerzas de progreso y, en particular, los retos y las prioridades de su formación política. Como se dice convencionalmente, esa opción ha pateado el tablero político, y ha

acelerado la necesidad de la reinterpretación y redefinición de los distintos proyectos y liderazgos. La opinión pública y mediática se ha volcado en la valoración del sentido de la nueva situación, así como de las posibilidades de las trayectorias político-electorales y la reestructuración de los poderes institucionales.

Más allá del ruido informativo creado, es preciso analizar estos hechos con perspectiva. Se entremezclan diferentes dimensiones políticas y temporales, en un contexto de grave situación socioeconómica y confrontación política y mediática. No hay que perder de vista la tarea estratégica para las fuerzas progresistas de los planes de modernización económica, la democratización institucional y el refuerzo de las políticas sociales y del Estado de bienestar frente a la fuerte precariedad laboral y vital y la desigualdad social y de género, cuyo epicentro está, precisamente en Madrid, la región más rica de España y de concentración de mayor poder.

En el plano estatal, el fondo de la pugna es por la legitimidad de cada bloque político (izquierda, derecha y grupos nacionalistas periféricos, particularmente el catalán), con la recomposición interna de cada uno, y la encrucijada táctica y estratégica para controlar el poder institucional e implementar su gestión. Se trata de la consolidación o no de la dinámica de cambio de progreso, con una orientación democrática, social e igualitaria y el encauzamiento de la plurinacionalidad que se inició hace dos años con la moción de censura y el posterior Gobierno de coalición de izquierdas, o bien de su bloqueo y los riesgos de involución derivados del reaccionarismo conservador, neoliberal y centralizador que representa Díaz Ayuso y el Partido Popular en alianza con VOX. Se confrontan dos proyectos de país y su pugna por la prevalencia institucional que las izquierdas solo pueden consolidar con la alianza con los nacionalismos de izquierda (o centro como el PNV).

Ha quedado relegada la opción pactista entre Partido Popular y Partido Socialista, con un nuevo bipartidismo que ciertos sectores poderosos añoran, con la marginación de Unidas Podemos, el bloqueo de los nacionalismos periféricos y la ruptura del bloque de la investidura

de Sánchez. Pero también ha quedado desinflada la opción centrista, que se intenta desde años atrás, de una alianza entre PSOE y C's con el deseo de la subordinación o irrelevancia de UP, pero con la realidad de su papel determinante y el hundimiento de Ciudadanos. El objetivo de un Gobierno socialista en solitario en España y menos en Madrid, aunque sea con acuerdos de geometría variable, debe esperar.

Se produce cierta complejidad y, al mismo tiempo, impaciencia por comprender y adecuarse a las nuevas condiciones y objetivos. Se encadenan los dos ámbitos, el estatal y el de la Comunidad de Madrid. Se combinan las tareas inmediatas, derrotar a las derechas del Partido Popular y Vox (Ciudadanos se va cayendo), en su principal feudo de poder institucional y con su radicalización trumpista, con los objetivos a medio plazo: impulsar el cambio de progreso en lo que queda de legislatura y ganar las elecciones generales (previstas para dentro de más de dos años) por las fuerzas de izquierdas para asegurarlo en la siguiente, así como consolidar el gobierno de coalición, la alianza progresista y la articulación plurinacional.

Desalojar a Díaz Ayuso y su alianza con la ultraderecha del gobierno madrileño

No hace falta detallar las actuaciones erráticas de la presidenta madrileña, su inacción gestora para proteger a la sociedad madrileña, su permanente confrontación y crispación institucional y su continuada provocación mediática. A tenor de diversos estudios demoscópicos esa estrategia le da cierto resultado para retener una parte del electorado que se iba a VOX y recuperar otra parte del fracasado Ciudadanos. La conformación de las mayorías electorales está por ver, no hace falta especular; el cuatro de mayo lo sabremos.

Partimos de la fragmentación de los dos campos. Por un lado, de las tres derechas, PP, VOX y Ciudadanos, cuyos dirigentes insisten en que renegociarían su estatus de aliado con el PP en el caso de que consigan representación en la Asamblea. Por otro lado, de las tres fuerzas

progresistas, PSOE, Unidas Podemos y Más Madrid, una vez garantizado que las tres acceden a representación institucional, en un sistema proporcional y pendientes de su reequilibrio interno.

Pues bien, las posibles alianzas se definen por los dos bloques que deben pactar la gobernabilidad en su interior: derechas e izquierdas. Veamos algunos motivos e implicaciones para derrotar a las derechas y establecer un gobierno progresista en la Comunidad de Madrid.

La continuada gestión institucional del Partido Popular durante el último cuarto de siglo se puede resumir en cuatro ejes: políticas neoliberales y de recorte de los servicios públicos; incremento de la desigualdad social y la precarización laboral, vital y habitacional de las mayorías sociales; degradación democrática derivada de la corrupción demostrada y la manipulación mediática e institucional, y conservadurismo reaccionario, centralista y antifeminista.

A la consolidación de esas políticas, el proyecto que representa Díaz Ayuso añade un doble riesgo: la radicalización derechista con la entrada y normalización gubernamental de VOX, y la afirmación de ese modelo neoliberal y reaccionario para toda España. Bajo esa estrategia intenta la hegemonía electoral de las derechas en las próximas elecciones generales, una nueva alianza con los grupos de poder (económicos, mediáticos e institucionales) y el desplazamiento de las fuerzas de progreso. Es dudoso que, aunque gane en la Comunidad de Madrid, ese viraje ultraconservador hacia la derecha (y el españolismo antinacionalista periférico) le facilite ampliar su espacio electoral en el conjunto de España. Parece que contiene el ascenso electoral de VOX en Madrid (no en el resto de España), pero es contraproducente para acceder al Gobierno en las siguientes elecciones generales.

Esa limitación para recuperar suficiente electorado centrista sería el parcial conflicto con Casado, el líder del PP, y algunos de sus barones que persiguen el poder pero intentando combinar las dos barajas: la involución derechista de la mano de VOX, con concesiones a su discurso para recuperar parte de su electorado, y cierta imagen de

centroderecha para no dejar ese espacio centrista en manos del PSOE y ante su deseada debacle de Ciudadanos.

En todo caso, contando con el bloqueo de sus relaciones con las derechas nacionalistas (vasca y catalana) y a nada que las fuerzas progresistas no cometan grandes errores, las derechas y su proyecto regresivo lo tienen difícil para el acceso a la gobernabilidad del Estado. Su objetivo mínimo se quedaría, como hasta ahora, en torpedearla desde su buque insignia de la Comunidad de Madrid. Y ello por mucho que maquillen con palabras hermosas como ‘libertad’ (para los poderosos) sus políticas de desigualdad y segregación.

Hay que derrotar ese plan, no solo por sus implicaciones de giro derechista e involución social y democrática para la gobernación y la institucionalidad de España (y modelo a vender en Europa), sino por el desastre socioeconómico y vivencial que conllevaría para las mayorías sociales madrileñas. Se merecen (nos merecemos) una nueva vía de progreso para la sociedad y las instituciones de Madrid, una oportunidad de avance social y democrático, un refuerzo de la representatividad de las fuerzas progresistas y de izquierda, una nueva dinámica de convivencia, igualdad y solidaridad.

Se trata de afrontar, desde un proyecto progresista y solidario de país, los grandes retos presentes: atajar la crisis sanitaria y socioeconómica; relanzar la modernización económica, productiva y medioambiental; fortalecer la cohesión social, la igualdad de género y la protección pública, y regenerar y democratizar la vida institucional y la regulación de la plurinacionalidad.

Solamente cito un factor fundamental para garantizar el cambio de progreso: la activación cívica y electoral de la gente joven, cuya mayoría, particularmente de chicas, está sufriendo una especial vulnerabilidad social y precariedad laboral que afecta a la incertidumbre de sus trayectorias vitales y que necesita respuestas creíbles en materias como la sociolaboral, la habitacional y la igualdad de género. Es la base social fundamental de las izquierdas transformadoras y fuerzas progresistas. Hay que vencer el riesgo de su desafección o pasividad

sociopolítica y electoral. Es, quizá, el elemento clave para garantizar una participación activa en este proceso y vencer el proyecto reaccionario de las derechas. Es la reafirmación de lo que llamo un **nuevo progresismo de izquierdas**, ecologista y feminista.

Lo que se ventila este cuatro de mayo en Madrid es la alternativa entre la involución social y democrática y el avance de progreso y sus implicaciones en los dos ámbitos, regional y estatal. Falta por explicar los reequilibrios y acuerdos internos en cada bloque, en particular del campo progresista, con su impacto a nivel estatal y de cara a la consolidación (o no) del gobierno de coalición y las expectativas para la próxima legislatura. Habrá que volver sobre ello.

3.2 La difícil unidad progresista

Ante las elecciones madrileñas del cuatro de mayo ya se están delimitando los campos de fuerzas y alianzas políticas. Tras el posicionamiento de Ángel Gabilondo, candidato socialista, son tres las alternativas básicas de gobernabilidad: derechas, con la hegemonía del Partido Popular y su necesaria alianza con la ultraderecha de VOX, con una posición influyente aunque no entre en el Gobierno; izquierdas o progresista, con el acuerdo de las tres formaciones, Partido Socialista, Más Madrid y Unidas Podemos, siguiendo el modelo integrador, plural y transformador del gobierno de coalición estatal y aun sin descartar un papel subalterno de Ciudadanos; centroizquierda, de Partido Socialista, Más Madrid y Ciudadanos, éste con un papel destacado, pero, sobre

todo, con la exclusión de Unidas Podemos y la reafirmación de una política centrista y continuista en materia fiscal, distributiva y social.

En un reciente artículo, *La derrota de Ayuso*, explicaba el contexto de estas elecciones de la Comunidad Autónoma de Madrid (CAM) y sus implicaciones regionales y estatales, con la apuesta por el desalojo gubernamental de las derechas y la necesidad de una nueva etapa de progreso. Aquí, me detengo en valorar esa tercera opción, propuesta por Gabilondo. Las tres ideas que adelanto son: es irrealista al confiar en el acuerdo con Ciudadanos; es divisiva al romper el campo común progresista y desplazar abiertamente a Unidas Podemos, generando una dinámica competitiva con su izquierda, y es desactivadora de la movilización electoral de las izquierdas por un cambio progresista, elemento clave y colectivo del conjunto del campo progresista para incrementar su participación y vencer a las derechas. Por tanto, la conclusión es que es perdedora, frustra los deseos de cambio de progreso y no incrementa las expectativas de mejora electoral de las fuerzas progresistas. Expresa la dificultad de la unidad entre las izquierdas. Veamos con el máximo rigor algunos datos concretos, y expliquemos, con la mayor cautela, las propuestas y equilibrios para la gobernabilidad de la CAM y su impacto.

En primer lugar, está la incógnita de si Ciudadanos va a conseguir representación en la Asamblea regional, ya que todas las encuestas lo sitúan en la frontera del 5% mínimo para acceder a ella. Si no supera ese límite volveríamos a la confrontación entre los dos ejes: izquierdas y derechas. La propuesta de Gabilondo dejaría de ser operativa.

Si Ciudadanos obtiene representación y ninguno de los dos bloques tiene mayoría, su papel determinante para formar mayorías parlamentarias y gubernamentales, probablemente, se encamine hacia la renegociación de una mayoría gubernamental de derechas, similar al anterior Gobierno de Ayuso pero con un papel más relevante de ésta. Así lo confirman sus dirigentes aunque se reserven la amenaza de un cambio de alianza con el PSOE para reforzar su posición negociadora con el PP y garantizar que VOX solo lo apoye desde fuera, cosa que ya ha

aceptado el presidente Casado. Gabilondo se quedaría también sin su opción.

Por tanto, se están definiendo los mensajes principales, la caracterización propia y la del adversario. Se prefiguran tres posibilidades de proyecto político y Gobierno de la CAM, con su propia justificación discursiva. Están claras las dos primeras, en el caso de que Ciudadanos no obtenga representación: Gobierno de derechas trumpistas, con PP (quizá en solitario) y un VOX influyente desde fuera, o bien Gobierno progresista, con PSOE, MM y UP.

Una estrategia electoral problemática de Gabilondo

En ese caso, la estrategia centrista de Gabilondo tendría un recorrido limitado: atraerse a una pequeña parte del electorado de Cs y ampliar algo su representatividad distanciándose de la suma de UP y MM, pero sin poder implementar un Gobierno y una política centrista; su alternativa tendría solo ese objetivo instrumental aunque con efectos divisivos en el campo progresista. La cuestión es que una alternativa solo como discurso en la campaña electoral, aunque consiga unos pocos votos de Cs, constituye un fracaso político. No tendría aplicabilidad gubernamental y programática y conllevaría efectos perniciosos para la unidad del campo progresista e imprimir una dinámica unitaria y activadora de cambio de progreso. El problema colectivo es que afectaría no solo al Partido socialista, sino al conjunto de las fuerzas progresistas y el propio gobierno de coalición.

Ese objetivo parcial de competir con la dirección de Cs (y el PP) por arrebatarse un pequeño sector electoral centrista (la mayoría, según las encuestas, la engulle Ayuso), es legítima como refuerzo de un Gobierno progresista basado en la cooperación de sus tres fuerzas principales y su complementariedad. Es lo razonable y lo que admiten MM y UP. Pero el planteamiento de Gabilondo es otro. Su vía exclusiva pasa por el ensanchamiento electoral y, sobre todo, programático y gubernamental, por su derecha, con el aislamiento de UP y el aplazamiento de las

imprescindibles reformas sociales, empezando por la sanidad y la educación públicas y la protección social que necesitan las mayorías sociales. Con ello no se estimula la participación electoral y cívica, ni se supera el riesgo abstencionista entre las bases sociales de las izquierdas.

Cabe otra hipótesis, acariciada por un sector socialista y diferentes grupos de poder por si falla la anterior de mayoría de las derechas. En esa circunstancia de presencia institucional de Cs y contando con su secundaria disponibilidad para formar un gobierno centrista con la exclusión de UP, también se abriría la posibilidad de la alternativa del socialista Gabilondo. Sin embargo, exigiría otras tres condiciones adicionales: la suficiencia de la suma de ese tripartito (PSOE, Cs y MM), la irrelevancia de UP para formar Gobierno y la aceptación por MM del veto socialista (y de Cs) a UP. A pesar de los deseos de Gabilondo, es dudoso que se cumplan esas cuatro condiciones para alumbrar ese proyecto centrista, excluyente y de ruptura del campo progresista, con efectos desestabilizadores para el gobierno de coalición estatal.

Esta perspectiva intermedia respecto, por un lado, de la victoria de Ayuso (con o sin el apoyo de Cs) y, por otro lado, del bloque de izquierdas, es la que corresponde al plan de Gabilondo, tolerado por la dirección socialista. No entro más en ello; solo conviene citar esa hipótesis poselectoral por los riesgos que conlleva para la unidad progresista en el caso de que se produzca.

Solamente comento el frágil ropaje discursivo con el que pretende justificarlo: transversal, plural y abierto. Son bellas palabras que en este contexto adquieren un significado contrario a su sentido unitario e integrador. Transversal es con su derecha (y con MM), no con UP, es decir con la izquierda transformadora, a la que tacha sin fundamento de extremista y radical; en ese sentido, no abarca a varias tendencias sino que hegemoniza su centralidad política para subordinar a MM y marginar a UP, forzando la ruptura de la colaboración entre estas dos últimas.

Por tanto, no es plural, solo reconoce a dos fuerzas (MM y Cs) que considera adaptativas a su prevalencia, sin asumir la convivencia unitaria entre diferentes con los que conseguir compromisos equitativos ante los retos comunes. Tampoco es abierto, apenas esconde su carácter cerrado y excluyente para una fuerza significativa: UP. En conclusión, no tiene credibilidad su justificación discursiva. La realidad deja al descubierto su incoherencia y sus prejuicios políticos y, lo que es más grave, renuncia a encabezar el liderazgo por una respuesta progresista, transformadora y unitaria.

La necesaria cooperación entre Más Madrid y Unidas Podemos

Por último, esa propuesta centrista y excluyente también conlleva sus riesgos para Más Madrid, si aparece muy subordinado a ese plan. Necesita rechazarlo con firmeza. No solo verbalmente con la opinión en contra del veto a Unidas Podemos, sino con el compromiso común de estas dos formaciones de impedirlo, es decir, de exigir conjuntamente un gobierno y una política de progreso sin exclusiones. Se trata de avanzar en la cooperación y no en la competitividad, considerando que entre ellas hay un práctico empate técnico; aunque en algunas encuestas ofrecen una ligera ventaja de Más Madrid, en todas señala un descenso de su representatividad y un ascenso de la de Unidas Podemos, tendiendo a un equilibrio. Incluso entre ambas fuerzas podrían sumar mayor representatividad que el propio Partido socialista y ser capaces Mónica García y Pablo Iglesias, de tratar de tú a tú al propio Gabilondo, con su pretendida y precipitada prevalencia política y de liderazgo.

Está abierta la pugna por el marco interpretativo a imponer para conseguir el mayor apoyo electoral de cada cual y los intereses diferenciales de ambas formaciones y con el PSM, con el que deben pactar, corrigiendo la inclinación centrista y prepotente de su candidato. Derrotar a las derechas es lo prioritario. En particular, no ha sido posible una alianza electoral y existen proyectos diferentes de los dos grupos políticos, aparte de reticencias históricas. No obstante, aparte de un

mínimo compromiso de cooperación, ese acuerdo básico facilitaría un entendimiento de ambas fuerzas para encarar el reto más importante a medio plazo: la unidad electoral del espacio del cambio de progreso en las próximas elecciones generales.

Pero ese es otro tema. Faltan por ver los resultados electorales. Ello determinará la configuración de esos bloques y la factibilidad de sus proyectos, en particular el tipo de gobierno y la relación de fuerzas políticas y parlamentarias. Su abordaje está influido por las decisiones actuales, los resultados del 4 de mayo y la apuesta por una dinámica transformadora con la deseada victoria progresista. Habrá que volver sobre la difícil unidad progresista en su perspectiva estatal, para encarar la crisis socioeconómica e institucional, desde el respeto a la pluralidad y el realismo representativo, y ante un problema de fondo compartido: la articulación de la activación cívica y popular.

3.3 La apuesta de progreso

Casi todos los estudios demoscópicos privados publicadas hasta ahora dan como ganador para las elecciones regionales de la CAM al bloque de las derechas liderado por la líder del Partido Popular madrileño, Isabel Díaz Ayuso. La victoria sería clara si entra Ciudadanos en la Asamblea de Madrid, cosa dudosa, con su disposición a la negociación de un gobierno de derechas gobierno con Ayuso, y estaría ajustada si queda fuera. Solo, prácticamente, la anterior encuesta del CIS, del 5 de abril, señala un empate técnico (68 escaños) entre ambos bloques, derecha e izquierda, mientras la publicada el 22 de abril abre

una horquilla entre 65 y 69 escaños para la suma de las derechas (PP y VOX, Cs se queda fuera) y entre 67 y 73 escaños para las tres izquierdas (PSOE, MM y UP). En esas semanas ha aumentado algo la voluntad de participación electoral, aunque todavía hay un 20% de personas indecisas. Los resultados globales son similares. Hay cierto empate y la victoria no está decantada, aunque frente a la resignación inicial han crecido las expectativas de ganar las elecciones para el bloque de izquierdas.

Las amenazas de muerte recibidas por el candidato de Unidas Podemos, Pablo Iglesias y su familia, el ministro del Interior y la directora general de la Guardia Civil, junto con las provocaciones de los dirigentes de VOX, han dado un giro a la campaña y han puesto en el primer plano la defensa de la democracia y frente a la reacción fascista, con un previsible incremento de la participación electoral progresista.

En dos recientes artículos en estas páginas, [*La derrota de Ayuso*](#) y [*La difícil unidad progresista*](#), analizaba el contexto, las implicaciones y la necesaria determinación por un programa progresista de cambio, así como por la cooperación de las fuerzas de izquierdas, especialmente entre Más Madrid y Unidas Podemos. En particular, criticaba la estrategia centrista y excluyente del candidato socialista Ángel Gabilondo y la calificaba de perdedora. Los hechos posteriores lo han confirmado: no es practicable para constituir un gobierno de centroizquierda (PSOE, MM y Cs) y tampoco es efectiva para ganar suficiente electorado centrista; así recibe una pequeña transferencia de voto de Ciudadanos pero, al mismo tiempo, existe otra similar fuga de votos al PSOE que van hacia el PP de Ayuso.

Pero, sobre todo, nos interesa destacar la crítica a su apuesta continuista en materia social, fiscal y distribuidora y su poco talante integrador con su izquierda, matizado a última hora. De mantenerse esa estrategia y ese discurso no sería capaz de movilizar a una mayoría social de izquierdas y de base popular, cohesionar un pacto programático transformador y ofrecer una gestión gubernamental creíble de cambio. Ni siquiera serviría para superar el riesgo abstencionista de una parte de

su propia base social e incluso para evitar cierta fuga de votos hacia el PP y hacia su izquierda (MM y UP). O sea, esa política continuista no favorece la victoria del bloque progresista, que debe garantizarse por otros medios: por un lado, la participación del presidente Sánchez y su equipo, con el aval de la gestión social, unitaria y democrática del gobierno de coalición progresista y una reorientación de su campaña más firme y unitaria y, por otro lado, la reafirmación participativa del electorado joven, popular y de izquierdas.

No cabe duda de que esa estrategia de tercera vía tiene grandes fundamentos estratégicos socioliberales y de vinculación a los grupos de poder. Ha sido la dominante en la socialdemocracia europea estas tres últimas décadas y le hizo cómplice de políticas regresivas en la gestión neoliberal de la crisis socioeconómica de 2008. El sanchismo, en sucesivas fases y con avances y retrocesos, se vio obligado a cambiar de paradigma, derivado de la correlación de fuerzas sociales y parlamentarias que cristalizaron con el Gobierno de coalición progresista hace más de un año.

El espacio del cambio de progreso se conformó lentamente durante esa larga década de amplias exigencias democratizadoras y de justicia social, con una amplia desafección de parte del electorado socialista y la constitución de un nuevo campo sociopolítico, llamado fuerzas del cambio que, a pesar de su división y cierto debilitamiento, todavía son un actor determinante en la representatividad popular y la gobernanza institucional. Frente al realismo de Sánchez, los sectores socialistas representados por Gabilondo y otros grupos de poder económico, político y mediático intentan cerrar, una vez más, el ciclo abierto de un cambio sustantivo de progreso, de mayor carácter social y democrático.

No obstante, ese viejo plan continuista y excluyente ha perdido legitimidad pública. Es más, ante la actual crisis socioeconómica derivada de la pandemia, los grupos de poder económicos, institucionales y financieros estadounidenses y europeos han cuestionado esa política neoliberal y restrictiva por unas medidas expansionistas e intervencionistas del Estado. Dejan atrás el *trumpismo*

y las políticas más agresivas de austeridad y recortes sociales. Se abren a una política económica con mayor cohesión social, dados los fuertes desequilibrios sociales y políticos derivados de la estrategia regresiva anterior.

La nueva dinámica gubernamental en España, lenta y llena de dificultades, pone el acento en la modernización económica con mayor igualdad social y protección pública, con un papel más redistributivo, protector y regulador del Estado. Lo prioritario no es la libertad (de los mercados y los privilegiados), utilizada por Ayuso para esconder su autoritarismo político, su regresión social y su neoconservadurismo sociocultural, sino las garantías públicas y la responsabilidad institucional y democrática para dar seguridad social a la población y avanzar en igualdad, bienestar y sostenibilidad medioambiental frente a las grandes incertidumbres y segregaciones abiertas.

La opción perdedora de Gabilondo

En el plano político-institucional, para garantizar la gobernabilidad se enfrentan dos modelos básicos: derechas e izquierdas. La alternativa intermedia de Gabilondo de pactar con Cs y excluir a UP, no es realista ni operativa y se ha visto obligado a abandonarla parcialmente. No obstante, en el plano programático y de hegemonía gestora, el candidato socialista insiste en su opción centrista. Su estrategia socioeconómica y fiscal es continuista, expresamente renuncia al cambio de progreso y a un pacto de izquierdas con una gobernabilidad compartida y negociada de las tres fuerzas progresistas; deja fuera del gobierno a UP, calificada inicialmente como extremista y radical, e impone una mayor subordinación a MM, que debiera oponerse con firmeza a ese veto.

Sin embargo, el problema desmotivador para las bases progresistas no se soluciona suficientemente con un imprescindible y probable mayor peso representativo de MM y UP, ya que la alternativa gubernamental de conjunto se ve condicionada por la ausencia de esa credibilidad transformadora derivada de la necesaria alianza con el Partido Socialista.

Su fortalecimiento es necesario, tal como vaticina la última encuesta del CIS, para modificar ese plan de Gabilondo y reequilibrar el peso conjunto de ambas formaciones en la configuración programática y gestora del posible nuevo gobierno de izquierdas en la CAM, a semejanza del estatal (o bien para hacer una fuerte oposición a la involución ultraliberal y conservadora).

La cuestión, como decía antes, es que ese discurso inicial del candidato socialista no favorece la participación electoral de un segmento significativo (hasta un 15%) de sectores populares y de izquierdas, gran parte jóvenes que son decisivos para inclinar la balanza para un gobierno unitario de las tres izquierdas. Para ello es fundamental la determinación progresista de cambio sustantivo del modelo social con un nuevo gobierno de coalición con las tres fuerzas de izquierdas, credibilidad que Gabilondo se encarga de desactivar.

El modelo de Ayuso está definido: absorbe los discursos de VOX y Ciudadanos, y pretende imponer su marco discursivo. Ella defendería la libertad y las izquierdas el socialismo (o el comunismo). Pretende imponer esa polarización discursiva embellecedora de su posición y denigrante para las izquierdas. Ante la evidencia, en la actual crisis sanitaria y socioeconómica, de la prioridad de la gestión pública y solidaria y el resquebrajamiento de su política antisocial y privatizadora, ha reaccionado con la estrategia trumpista de la crispación, la descalificación y la mentira. No obstante, ante el fuerte apoyo mediático recibido, las izquierdas no han sido capaces todavía de oponer un discurso unitario y rotundo y están en desventaja.

El motivo principal de esa debilidad es la apuesta de la dirección del PSM por esa opción centrista e intermedia, con la división, subalternidad y aislamiento de parte de las otras dos izquierdas. Su estrategia no suma, sino que resta con un proyecto ambiguo (*serio* o *Hazlo por Madrid*), es decir, sin una clara apuesta de progreso ni de colaboración de las izquierdas y con un perfil socioliberal y prepotente.

Parece que Gabilondo tiene añoranza de un nuevo bipartidismo. Ayuso, prácticamente, ha conseguido su hegemonía en el campo de las

derechas, aunque está por ver su victoria para el 4M. Pero él solo cuenta con la mitad de la representatividad de las izquierdas y un espacio del cambio consolidado. Pero ese fulgurante ascenso y prevalencia del Partido Popular no es extrapolable para el candidato socialista que, acomplejado, se ve arrastrado por su continuismo socioeconómico y su sectarismo hacia la izquierda transformadora, suavizado ante la evidencia de tener que contar con UP para formar un gobierno frente a las derechas. Puede aspirar a liderar la victoria de una alternativa de progreso, con la condición de una actitud unitaria y de izquierdas. Es lo que debería asegurar el PSOE en lo que queda de esta campaña electoral.

Por tanto, aunque hay cierta complicidad frente a las derechas, todavía no hay un modelo social y democrático coherente del bloque progresista ni un discurso unitario que dé soporte a una alianza gubernamental y de gestión política con los mejores ejes igualitarios y solidarios de las izquierdas, de corte progresivo o socialdemócrata clásico, convenientemente renovados. Es la referencia en que se incardinan los programas reformadores de MM y UP, con la integración de la agenda social y democrática con la medioambiental y feminista, fundamental para la identificación de sus bases sociales. Ante la inconsistencia de un polo político y discursivo unitario y movilizador de conjunto, son necesarios mayores estímulos de firmeza transformadora, unidad y confianza para la entusiasta activación electoral de las mayorías sociales con un proyecto ganador de cambio de progreso.

Revalorizar lo público con suficiencia fiscal

Aparte de la defensa de la democracia y las políticas públicas para la modernización productiva y el papel regulador del Estado, destaco dos elementos encadenados entre sí y con esos dos objetivos generales, cuyo estudio detallado he explicado en *4M: Identificación ideológica y modelo social*. Por una parte, la revalorización de lo público con un impulso reformador progresivo, en particular, sobre la sanidad, la enseñanza y las políticas sociales. Más allá, en el plano estatal, están las

garantías del sistema público de pensiones, la protección al desempleo y la acción contra la precariedad y las relaciones laborales desventajosas para las capas trabajadoras, la política de vivienda... todas ellas con grandes dificultades y con evidentes conexiones con el modelo sociolaboral a implementar.

Por otra parte, la necesaria suficiencia fiscal para acometer ese imprescindible avance protector e igualitario, ligado a las tareas y expectativas del Gobierno estatal y el marco europeo a medio plazo. No obstante, como se sabe, tenemos un déficit anual de cerca de 7 puntos del PIB con la media europea. Eso es, prácticamente, los 70.000 millones de euros que vamos a recibir como préstamo europeo que habrá que devolver, aparte de otro tanto a fondo perdido... de los impuestos de otros países más ricos y financiados con deuda comunitaria.

Además, hay que recordar el atraso histórico y la insuficiencia de nuestro Estado de bienestar que todavía a finales del franquismo tenía una presión fiscal muy baja, con una diferencia de 14 puntos del PIB respecto de la media europea de entonces. Pero, en la Comunidad de Madrid, hoy día todavía tenemos una presión fiscal por habitante por debajo de la media estatal en ámbitos tan sensibles como la enseñanza (-16%), la sanidad (-7%) y las políticas sociales (-8%), al mismo tiempo que es la más rica y la más desigual. Se combinan las deficiencias de distribución, predistribución y redistribución del plan neoliberal y conservador de las derechas madrileñas durante estas décadas.

Pues bien, ante esa situación relativamente desfavorable para las izquierdas hay que plantear, al menos dos cuestiones fundamentales. Una, la activación electoral progresista. Dos, el eje del discurso programático, a confrontar con el de Ayuso y la ultraderecha, que aquí voy a sintetizar en la relación entre incrementar la intensidad protectora pública y la necesaria suficiencia fiscal. O sea, la polarización se establece entre un modelo social y democrático (no el comunismo), y un modelo regresivo, autoritario y segregador. La debilidad para una apuesta de progreso es que la simple alternancia centrista (imposible) con la misma política de las derechas (algo suavizada) no ofrece

suficiente credibilidad transformadora para ilusionar a sectores populares y de izquierda significativos. Su riesgo es no garantizar la victoria del bloque progresista.

Pareciera que Gabilondo está intranquilo con la victoria progresista y la conformación de un gobierno de coalición de izquierdas y un programa de progreso. Y eso lo notan sectores populares escépticos respecto del compromiso transformador del conjunto de las izquierdas. No es que sean pasivos en la defensa de unas demandas sociales y democráticas de cambio, con una nueva clase política progresista que sustituya la corrupta y neoliberal que ha mandado en las instituciones madrileñas más de un cuarto de siglo. Tampoco las mayorías sociales son responsables de esa gestión neoliberal por su supuesta derechización o pasividad. No lo fueron en los años 2015 y 2019, tras la fuerte deslegitimación crítica del bipartidismo gobernante por su gestión regresiva de la crisis de 2008/2010/2012, agravada por el Gobierno de Rajoy. Institucionalmente, ganaron las derechas por los propios errores y límites de las representaciones de las izquierdas: el centrismo socioliberal socialista y la división de las fuerzas del cambio, ambas con la correspondiente y desigual desafección popular.

Hay causas estructurales, históricas y sociopolíticas de fondo que explican ese relativo empate electoral en la región más rica, desigual y con mayor poder del estado. La victoria o la derrota va a depender de pequeñas variaciones de voto. Pero la motivación principal sigue siendo el sentido y la capacidad de la gobernabilidad y el tipo de proyecto social y democrático a construir de cada bloque político; no se trata de quién es la formación más votada, parece claro que va a ser el PP, sino de la configuración de la alianza ganadora, su representatividad social y cívica y su articulación programática y gestora. En ese sentido, las izquierdas tienen margen para crecer y consolidar su victoria. Habrá que volver sobre ello con los resultados electorales.

3.4 Lecciones madrileñas

Los resultados de las elecciones autonómicas en la Comunidad de Madrid, así como la experiencia de su campaña electoral expresan varias enseñanzas. Se conocen los cuatro hechos básicos: victoria del *trumpismo* del Partido Popular de Isabel Díaz Ayuso, que ha absorbido al electorado de Ciudadanos; consolidación del ultraderechismo de VOX, con fuerte influencia político-ideológica y limitado peso institucional; fracaso de la estrategia errática y perdedora del socialista Gabilondo, con su inicial orientación centrista y excluyente, que ha arrastrado a la derrota de una alternativa creíble y unitaria de izquierdas, y crecimiento del espacio del cambio de progreso, con el incremento significativo de ambas fuerzas, Más Madrid y Unidas Podemos, cuya representación conjunta desborda ampliamente la representatividad del Partido Socialista.

El bloque de las derechas se concentra, se fortalece y queda hegemonizado por el PP de Ayuso, y en el bloque de las izquierdas o campo progresista se produce una doble tendencia: debilitamiento del PSOE junto con ascenso de MM y UP, aunque insuficiente para compensar el fuerte descenso socialista.

En ciencias sociales es fundamental atenerse a los hechos (Durkheim) y realizar una interpretación comprensiva (Weber) y sociohistórica (Thompson) de los mismos. Tenemos muchos datos, bastantes inventados o tergiversados, con gran ruido informativo, así como una pugna interesada por hegemonizar marcos interpretativos que favorezcan los intereses, más o menos corporativos, y las estrategias diferenciadas de distintos grupos de poder y fuerzas sociales y políticas. El debate es complejo, la deliberación ha de ser colectiva y la respuesta transformadora y constructiva. Se trata de explicar los ejes de este proceso desde el realismo crítico y objetivo, sus causas y tendencias

principales para definir una opción determinada: las perspectivas de un cambio progresista.

En ese sentido, y a falta de algunos datos que nos podrá reportar el estudio poselectoral del CIS, particularmente sobre las transferencias de votos y las características de cada electorado, se trata de profundizar en dos aspectos. Por un lado, en el significado y la interacción de esos cuatro hechos relevantes, a través de la adjunta tabla sobre los resultados electorales. Por otro lado, la reflexión sobre la configuración y las perspectivas de las izquierdas, a partir de los tres gráficos siguientes sobre la evolución de las diferencias entre izquierdas y derechas, la comparación entre el electorado socialista y el de las fuerzas del cambio de progreso y la evolución de la composición interna de ellas.

Tabla: Comparación de resultados electorales en la CAM (totales y %)

	A. 2021-Total	A. 2021 - %	Variación	A. 2019 - %	Dif. de %	Variación de %	G. N-2019-%
PP	1.620.213	44,73	+900.361	22,23	22,50	101	25,11
PSOE	610.190	16,85	-274.028	27,31	-10,46	-38	27,09
MM	614.660	16,97	+138.988	14,69	2,28	16	5,7
UP	261.010	7,21	+79.799	5,60	1,61	29	13,12
VOX	330.660	9,13	+42.993	8,88	0,25	3	18,49
CS	129.216	3,57	-500.724	19,46	-15,89	-82	9,14

En primer lugar, en la tabla adjunta comparo los resultados electorales en la CAM de las seis fuerzas políticas más relevantes, con su total de votos y su porcentaje, entre las elecciones autonómicas de mayo de 2019 y las recientes de 2021. Así, señalo la variación de los diferentes electorados con la diferencia de porcentaje respecto del conjunto de votantes y en relación con su propio electorado. Como dato complementario de referencia pongo la columna explicativa de los datos de las elecciones generales de noviembre de 2019.

Como se sabe, los niveles de participación se han incrementado unos doce puntos, casi cuatrocientas mil personas, desde el 64,27% (3,25

millones) en las autonómicas de 2019 hasta el 76,25% (3,64 millones) en las actuales del 4M. Por tanto, a efectos comparativos utilizaremos mejor la variación de los porcentajes respectivos.

La tabla y los gráficos son muy detallados y expresivos y no entro a comentarlos. En todo caso, hay que destacar algunos aspectos controvertidos de la interpretación del éxito de Ayuso, el fracaso del socialista Gabilondo y el crecimiento del espacio del cambio.

El éxito de Ayuso

Las mayores diferencias de porcentajes se han producido en el apoyo electoral al PP: casi duplica (101%) su porcentaje (+22,50%) a costa fundamentalmente del descenso del de Cs (-15,89%) que pierde casi la totalidad (82%) de su electorado anterior; el resto procede, sobre todo, de la abstención, ya que una parte sustancial del incremento de la participación (algo más de su mitad) parece que ha ido a parar al PP. Apenas ha habido transferencia de votos desde el bloque de las izquierdas; aparte de una pequeña parte de votantes de MM, solo unas 40.000 personas han pasado de votar al PSOE (en torno al 5% de su electorado anterior) a votar PP, lo que ha supuesto 1,5 puntos adicionales de transferencia progresista hacia la derecha.

El electorado de las derechas, como vemos en el primer gráfico, recupera un porcentaje similar al del año 2011. De una ventaja de unos tres puntos en las autonómicas y siete puntos en las generales de 2019 pasa a más de dieciséis puntos en 2021, es decir, un crecimiento respectivo de trece y nueve puntos. Lo que hace Ayuso es volver a concentrar el electorado de derecha en el PP, todavía con la persistencia de un significativo electorado al ultraderechista VOX. Supera la relativa desafección producida por su corrupción y su gestión antisocial que produjo, aparte de un amplio sector abstencionista de derechas y la escisión de Vox, el desplazamiento de una parte de su electorado hacia Cs, que ahora ha recuperado.

Esta formación de derechas comenzó con un aire más regeneracionista y centrista pero compartiendo su orientación neoliberal, su diferenciación de las izquierdas y su fuerte españolismo centralizador y antinacionalista periférico que han facilitado su reabsorción por el PP. O sea, ese fenómeno de nueva política en la derecha en que se basó Cs, con el apoyo fáctico y mediático de grupos de poder para frenar un desplazamiento electoral hacia el centroizquierda, era muy superficial y, ya con la foto de Colón, ese supuesto centro liberal en Madrid había virado hacia las dinámicas reaccionarias de las estructuras de poder central confrontadas al relativo ascenso de las izquierdas esta década; el voto útil y el enmascaramiento ultraliberal de Ayuso han hecho el resto.

Han sido elementos sustantivos del éxito de su giro trumpista, con la cobertura de la mayoría de los medios, con sus dos componentes adicionales: su discurso de la libertad, que ha conseguido esconder su gestión regresiva y segregadora, y su ofensiva descalificatoria y prepotente contra la izquierda transformadora y el propio Partido Socialista. La auténtica polarización ha sido la orquestada por Ayuso (y Casado) contra la gestión progresista del Gobierno de coalición presidido por Sánchez y su alianza con Unidas Podemos y el bloque de investidura, con los acuerdos con los nacionalismos periféricos. Era su blanco estatal, para diluir su nefasta gestión regional, vestida de un patriotismo castizo conservador. Por tanto, se han producido dos fenómenos paralelos: recuperación de cierto voto de derechas desde la abstención y concentración electoral en el PP.

La definición de los electorados se ha conformado ante el dilema principal, tal como he detallado en el estudio sobre las condiciones para *La victoria de las izquierdas en el 4M*: el modelo social progresista de refuerzo de servicios públicos para hacer frente a la pandemia y sus secuelas, con la consiguiente suficiencia fiscal, frente al plan neoliberal, regresivo, privatizador, autoritario y segregador de las derechas pero exitosamente envuelto en la palabra libertad y la demonización de las izquierdas.

A ello había que añadir otros aspectos relevantes con fuerte impacto en la campaña: la defensa de la democracia frente a los riesgos autoritarios de involución social, institucional y convivencial. Es lo que no se ha sabido articular frente a la simplificación y el marco impuesto por Ayuso de libertad frente a comunismo: la conexión de la defensa democrática, en las instituciones y las libertades personales y colectivas, y el freno a las prácticas reaccionarias y parafascistas con las garantías de unas políticas públicas concretas (sanidad, educación, políticas sociales y laborales, vivienda...) para una mayor igualdad, protección colectiva, seguridad pública y bienestar social. Estos objetivos reformadores y de progreso colectivo han quedado sepultados con la acusación sectaria de ‘comunismo’, junto con el repliegue socialista al continuismo del modelo social y fiscal ejercido estos años por la derecha neoliberal, centrada en menos impuestos.

En ese sentido, la imagen de la gestión sociolaboral positiva del Gobierno de coalición, aun con sus límites y bloqueos, ha sido insuficientemente utilizada y valorada, incluso contando con la pretensión inicial del exvicepresidente social del Gobierno de hacerse portavoz de esta, para avalar la credibilidad de un modelo social alternativo al de Ayuso.

La respuesta socioliberal del socialista Gabilondo, más o menos orientada y compartida por Moncloa, dejó sin consistencia una alternativa unitaria y firme del conjunto de las izquierdas. Frente a la polarización y claridad de Ayuso (y VOX), no hubo contraparte unitaria del conjunto de las izquierdas, con dos posiciones diferenciadas, continuista y transformadora. La alternativa protectora pública y distribuidora, firme en MM y UP, quedaba contrapesada por el continuismo económico y fiscal de Gabilondo. El conjunto no configuraba un plan gubernamental creíble para la CAM.

Por un lado, estaba la incomparecencia socialista en la oposición anterior y su orientación centrista y excluyente hacia UP, torpe y parcialmente corregida después, pero sin capacidad de motivar a suficientes capas populares, incluida una parte significativa de su propio

electorado. Por otro lado, las propuestas de MM y UP de firmeza alternativa al modelo neoliberal de Ayuso, pero sin capacidad para modificar el discurso socialista y, por tanto, sin poder compensar la falta de credibilidad práctica de una salida colectiva, solidaria y efectiva a la gestión de la crisis.

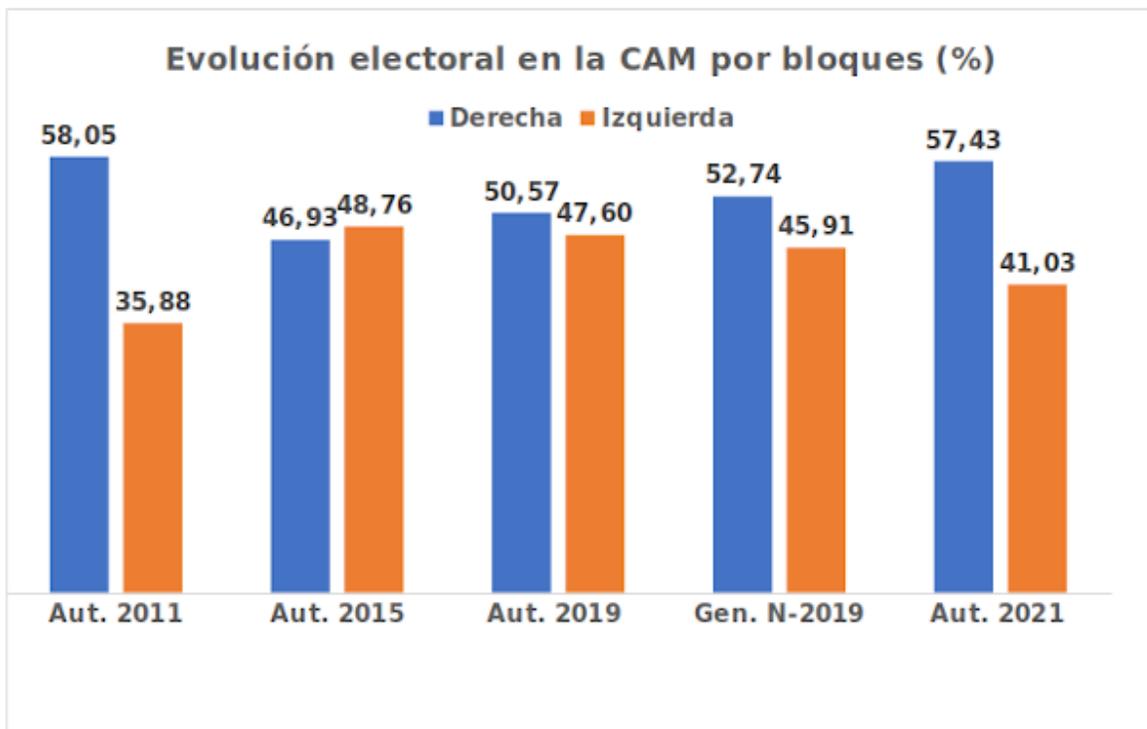
La propuesta engañosa de Ayuso tampoco era consistente, ni para garantizar la salud ni la recuperación económica, pero incrustada en todas las estructuras de poder, económico, institucional y mediático, estaba claro el mensaje: la salida estaba basada en el individualismo emprendedor y consumista, conectada con la situación de fatiga emocional que imponían las restricciones sanitarias prolongadas y el deseo de relaciones interpersonales y de ocio, como solución inmediatista. Era su significado de la palabra libertad que arropaba esa legitimación liberal de su gestión individualizadora, funcional para capas acomodadas, con menores riesgos que las capas populares más afectadas y con ventajas comparativas que se desean mantener. Ello ha servido para que varios centenares de miles de personas (incluido jóvenes acomodados y grupos más afectados por las restricciones de ocio), muchas desde la abstención, se hayan sumado a la tradicional base social de centro derecha, con amplias bases estructurales en la CAM, y se hayan inclinado por la opción de apariencia más atractiva a corto plazo.

El fracaso socialista arrastra a la derrota de las izquierdas

El segundo hecho relevante es el descenso del voto socialista con una diferencia de menos 10,46 puntos porcentuales, una reducción del 38% de su electorado anterior, tanto de las autonómicas como en las generales de 2019. Ya he mencionado en otra parte [la estrategia perdedora de Gabilondo](#) y su principal responsabilidad en la derrota del conjunto de las izquierdas. Ahora, con los datos del primer gráfico sobre la evolución electoral de la CAM por bloques y el segundo con los resultados electorales progresistas, voy a analizar esta realidad, enmarcándola en las tendencias de esta década. Se trata de explicar las

condiciones y la perspectiva de una alternativa unitaria de progreso en la CAM para la próxima convocatoria electoral en 2023.

Ya he avanzado que, propiamente, no ha existido un bloque de izquierdas (o progresista), unitario, firme y consistente, tal como se puede deducir de esa palabra que expresa literalmente una realidad compacta o coherente. Ha habido unos acuerdos positivos de no agresión entre las tres fuerzas progresistas y al final de la campaña Gabilondo hizo una oferta a UP para apoyar un Gobierno de coalición socialista y de MM, con un programa centrista y hegemonía socialista, es decir, todavía con la marginación de UP y la subordinación de MM en el proyecto que imponía y su gestión. Estaba lejos del modelo de acuerdo del gobierno de coalición progresista o del pacto valenciano, pero aun así estaba tachado por las derechas de alternativa social-comunista. Pero ese giro venía después de la acusación inicial de Gabilondo a Iglesias, de extremista y radical, con su total exclusión de un acuerdo político y de gobierno y tras la imposibilidad de un acuerdo gubernamental con CS y sin poder arrastrar un voto centrista significativo. Todo ello era incongruente para la tarea central de movilizar el voto popular potencialmente de izquierdas con suficiente credibilidad transformadora para motivar el apoyo progresista.



(En 2011 ~~UPyD~~, en vez de ~~CS~~, e ~~IU~~ en vez de ~~UP~~. En 2015 la suma de Podemos e ~~IU~~)

Como se ha visto, ese plan de una mínima colaboración para plasmar una simple alternancia gubernamental a Ayuso con un proyecto socioeconómico continuista y una gestión prepotente era insuficiente y fracasó. No se ha producido una complementariedad de políticas adecuadas para cada electorado, ya que no estaba definido un plan alternativo coherente. No ha sumado debido al fiasco socialista.

La metáfora de bloque de izquierdas era funcional para la estrategia descalificatoria del PP, reflejaba un pequeño interés compartido pero estaba lleno de incoherencias estratégicas y programáticas. No reflejaba un perfil transformador claro del eje fundamental del modelo social de progreso, con el suficiente énfasis en el refuerzo de los servicios públicos y las políticas fiscales progresivas, protectoras y redistribuidoras. Todo ello debilitaba su papel motivador para las bases

sociales populares, con especial incidencia en las más moderadas propensas al voto socialista que se inclinaron por la abstención.

Se han desplegado interpretaciones posteriores interesadas de las causas del fracaso socialista y su impacto en la derrota del conjunto de las izquierdas, que pretenden reafirmar la estrategia principal de cada cual: bien de un proyecto reformador progresista, a semejanza del estatal y sus alianzas, bien su derribo con la alternativa neoliberal y reaccionaria, ahora vestida de libertad... o bien, en la enésima reedición de una política socioliberal y centrista, sin suficiente aval representativo. Y la pequeña fuga del 5% de su electorado hacia la derecha, no siempre motivada por el desacuerdo con el Gobierno de Sánchez, no tiene comparación con la pérdida del 33% de su electorado que va hacia su izquierda o hacia la abstención.

Lo que no ha tenido legitimidad social, al igual que durante este último lustro, es la estrategia centrista, dominante en el Partido Socialista y fracasada, pero que una y otra vez, al igual que para el gobierno central, se quiere resucitar en vano, aunque sea con el pretexto inmediateista de ensanchar su base electoral por el centro sociopolítico.

El modelo social de progreso y el bloque de investidura no tienen alternativa, pero es la permanente pugna de las derechas y los poderosos para neutralizarla. Su freno lleva al desgaste de todas las izquierdas y, en particular, del propio Partido Socialista. En esas seguimos estando, desde que se inició ese ciclo de cambio hace una década y que se quiere porfiar en su cierre definitivo.

La experiencia del 4M aporta la necesidad de una reflexión autocrítica y la reorientación estratégica que tiene que hacer el PSOE y, particularmente, el PSM con su propia recomposición política y de liderazgo. Las fuerzas progresistas se enfrentan (nos enfrentamos) al problema de fondo de cómo fortalecer una base de legitimidad popular, amplia y consistente, cómo consolidar ese proyecto de cambio de progreso, desde el realismo crítico y la voluntad transformadora, que habrá que retomar colectivamente.

La evolución de la relación izquierda/derecha

La identificación en el eje político-ideológico izquierda / derecha, junto con otros ejes, está generalizada entre la población y es un indicador relevante para explicar el comportamiento electoral y sociopolítico. Lo destacable aquí es ver la evolución, aprender de la propia experiencia, para fijar mejor el rumbo.

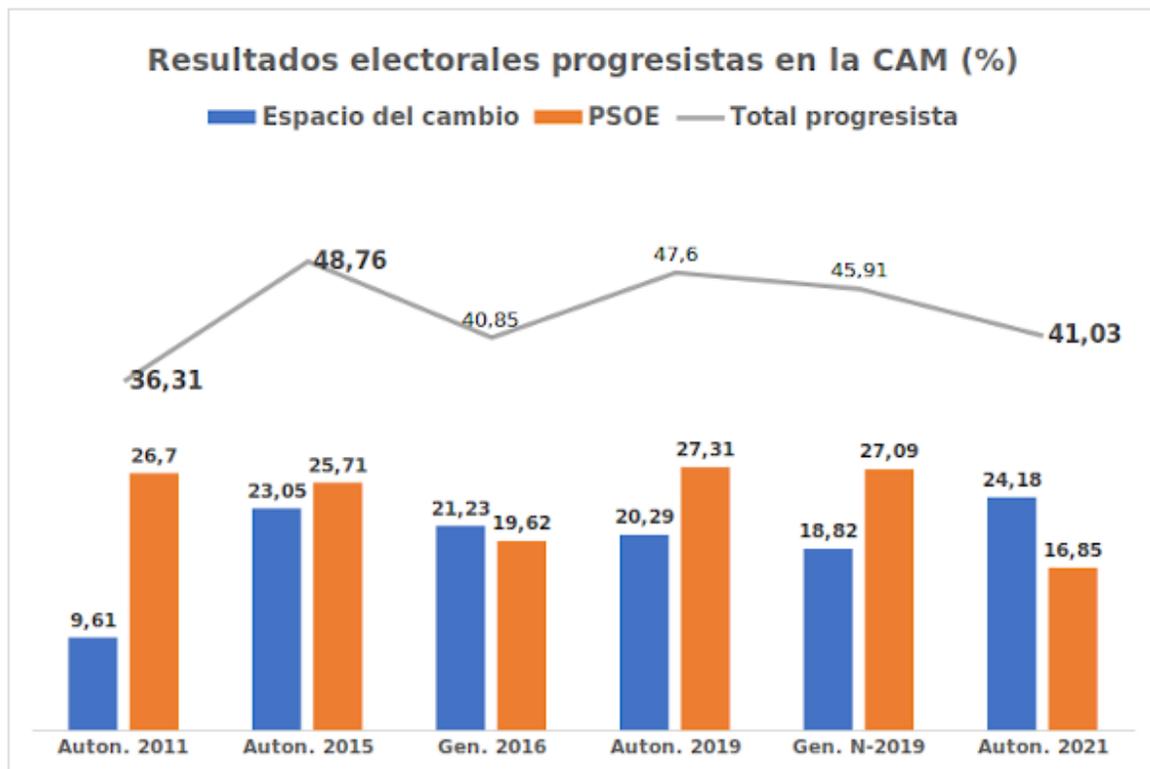
En estas elecciones autonómicas de 2021 la relación de fuerzas políticas se vuelve casi al nivel de inicio de 2011, en que se había producido un fuerte desgaste socialista. Recordemos que, en ese año, en el contexto de la crisis socioeconómica de 2008 y los ajustes regresivos, promovidos por la Unión Europea, primero del gobierno socialista de Zapatero y luego de forma más dura por el gobierno conservador de Rajoy, cristaliza el mayor proceso de protesta social y cívica por la democracia y la justicia social, y conlleva la recomposición de la representación política e institucional. La dinámica de indignación y respuesta progresiva se había iniciado ya en 2010 y duró hasta 2014, con tres huelgas generales, diversas mareas sectoriales (enseñanza, sanidad...) y movilizaciones diversas simbolizadas por el Movimiento 15-M, cuyo inicio hace una década se conmemora ahora. Se genera una amplia desafección social y electoral en el campo socialista y se conforman las bases sociales de las fuerzas del cambio que se articulan y expresan en el ámbito político-institucional desde los años 2014/2015.

Pues bien, en el año 2015 se refleja la máxima representatividad de las izquierdas, con un peso relevante de Podemos, entonces todavía muy polarizado con el Partido Socialista. Es la única vez en Madrid que la suma de las izquierdas gana a la de las derechas en el último cuarto de siglo (y salvando la victoria pírrica de 2003 anulada por el *Tamayazo*), pero al ir separada la candidatura de IU y no alcanzar el 5% para entrar en la Asamblea, permanece el Gobierno del PP con mayoría parlamentaria. Es una experiencia amarga en el espacio del cambio y para el conjunto de las izquierdas; junto con el fracaso de las candidaturas de IU en las elecciones generales de diciembre de 2015,

que conllevan la renovación de su liderazgo y su giro realista de colaboración con Podemos, permite cristalizar la alianza electoral conjunta desde 2016, como Unidas Podemos, que se mantiene desde entonces, junto con las confluencias, especialmente la catalana de En Comú Podem. La experiencia unitaria se impone, no sin dificultades ni tensiones, para favorecer un objetivo básico, dadas las constricciones de la normativa electoral, particularmente en las elecciones generales: conseguir la máxima operatividad en la representación institucional.

Como se sabe, en el plano estatal, los números representativos desde esas fechas daban para una alianza de progreso, desconsiderada por el propio Partido Socialista que apuesta durante ese periodo por su alianza centrista con Ciudadanos y un proyecto socioliberal. No hay una apuesta estratégica y programática compartida, progresista o de izquierdas, y se produce una división de ambos campos, el socialista y el de Unidas Podemos y sus aliados, hasta que se conforma el apoyo a la moción de censura (2018) y, tras el 10-N-2019, el acuerdo del Gobierno de coalición progresista y el bloque de investidura, añadiendo a los nacionalismos periféricos. Todo ello con altibajos, reequilibrios y sometidos a las dificultades de todo tipo para avanzar.

Volviendo a la CAM, ese electorado progresista apenas se mantiene en el año 2019, bajando ligeramente, pero con un avance continuado del voto a las derechas entre cinco y seis puntos en el año 2019 y otros nueve puntos más en 2021. Es decir, considerando las entradas y salidas de la abstención, el electorado de derechas en la CAM se va recuperando y el de izquierdas se va debilitando, fruto principalmente del deterioro socialista y su errática estrategia socioliberal. Todo ello en un contexto de dinámicas socioeconómicas e institucionales más amplias, entre las que cabe citar la limitada activación social y cívica progresista que, salvo el movimiento feminista y, en parte, el movimiento de pensionistas, se ve debilitada este lustro, polarizado por la gestión electoral e institucional alternativa para consolidar ese campo sociopolítico que pierde fuelle en el ámbito social y sindical.



En el siguiente gráfico expongo la comparación del voto del espacio el cambio con el socialista. Salvando los datos de 2011, donde solo existe IU (9,6%), en las tres elecciones autonómicas posteriores el voto del espacio del cambio sufre un importante crecimiento y se mantiene por encima del 20%: 23% en 2015, separados Podemos e IU; 20,3% en 2019, separados UP y MM, y 24,2% en 2021, también divididos UP y MM. Mientras tanto, el PSOE desde el 26,7% de 2011, el 25,6% de 2015 y el 27,3% de 2019, desciende significativamente hasta el 16,8% de 2021.

En su conjunto y a diferencia del ámbito estatal en el que el Partido Socialista va adquiriendo una mayor ventaja respecto de UP y sus confluencias, en la CAM se produce un relativo equilibrio entre las dos tendencias básicas con dos picos que expresan el sorpasso de las fuerzas del cambio en las generales de 2016, una ventaja socialista con más de

siete puntos en las autonómicas y generales de 2019, y un nuevo sorpasso alternativo en estas autonómicas de 2021, con otros siete puntos de ventaja de la suma de ambas fuerzas MM y UP respecto del Partido Socialista.

A pesar de todos los vaticinios sobre el declive y el cierre del espacio del cambio de progreso, neutralizado por la hegemonía socialista o arrasado por la nueva dinámica reaccionaria y neoliberal, la realidad ha demostrado que sigue teniendo buena salud y que se fortalece a pesar (y en parte por) del desplazamiento centrista del PSOE como ha reflejado la experiencia madrileña o de la dinámica del Gobierno de coalición con su positiva y limitada gestión progresiva. Es otra enseñanza significativa de la interacción entre los dos espacios y de la vigencia y el apoyo cívico de un proyecto alternativo crítico y diferenciado del posibilismo adaptativo de la socialdemocracia.

Pluralidad y cooperación en el espacio del cambio

En el siguiente gráfico se expone la composición plural del espacio del cambio y su evolución. Sigo tomando como punto de partida los resultados electorales de 2011, en que se empieza a notar un pequeño ascenso electoral de IU (al igual que en las generales de fines de 2011) pero que, como expresión de todo el ciclo de la protesta social y cívica del lustro 2010/2014 y la articulación de las nuevas formaciones del cambio de progreso (Podemos y sus confluencias y candidaturas municipalistas), se expresa plenamente en el año 2015 (todavía con división entre Podemos e Izquierda Unida en las autonómicas y generales), con el 23%, y en el año 2016 ya con la unidad de ambas formaciones, con el 21%. Como se ha adelantado, desde el año 2019 y debido a la fuerte división en Podemos que da lugar a la escisión de la nueva plataforma de Íñigo Errejón, Más Madrid, y posteriormente a escala estatal, Más País, se produce un reajuste representativo manteniendo un total en torno al 20% en el año 2019 y subiendo al 24%

en 2021. No obstante, hay que destacar las proporciones muy desiguales en ambas elecciones, autonómicas y generales.



La proporción entre Más Madrid y Unidas Podemos en la CAM ha tenido importantes fluctuaciones dependiendo del tipo de elecciones, autonómicas o generales. Así, en las autonómicas de 2019 la relación de MM, encabezado por Íñigo Errejón, respecto de UP, con Isa Serra, en las circunstancias conocidas de la escisión del primero, fue de 2,62 a uno; en las generales de noviembre de 2019 la relación se invirtió y UP (con Pablo Iglesias) consiguió una proporción de 2,30 a uno respecto de MM (con Íñigo Errejón), para volver a una relación de 2,35 favorable a MM (Mónica García) respecto a UP (Pablo Iglesias).

Significa que hay un sector fluctuante entre ambos en torno a 10 puntos (unas 350.000 personas) que ha modificado su voto según el tipo de elección, es decir, según los temas y el alcance de la influencia política de cada opción en los dos distintos ámbitos, regional y estatal. ¿Es irreversible y consistente la identificación última, considerando esta proporción como definitiva? ¿Se puede extender al marco estatal esta desigual proporción regional? Dicho de otro modo, ¿es MM una fuerza,

sobre todo, regional, con difícil y contraproducente plasmación para un conglomerado unitario estatal, en el que se vaticina o desea el hundimiento de UP y su sustitución por Más País?

Dejo para otro momento la valoración del nuevo proyecto verde de MP, legítimo como proyecto partidista, con la referencia alemana y su difícil encaje en el sur de Europa, donde la cuestión social siendo teniendo un peso relevante, así como las constricciones de la normativa electoral para enmarcar la necesaria cooperación entre ambas formaciones, que he explicado en el reciente artículo *Nuevos liderazgos*. Solo expreso algunos comentarios adicionales para contribuir a la reflexión unitaria necesaria.

La primera idea, reflejada en el estudio de CIS sobre [la base social de progreso](#) y el reciente análisis sobre la [identificación ideológica de las izquierdas](#) en los electorados de este 4M, es que el campo alternativo a la socialdemocracia necesita un perfil múltiple progresista de izquierdas, con un fuerte componente social, ecologista y feminista, espacio que también ocupa actualmente UP. El reto es cómo combinar el desarrollo propio con la cooperación o convergencia en una plataforma unitaria para las próximas elecciones generales y si es pertinente tener una posición definida ya con esa orientación o esperar a ver cómo evolucionan las respectivas capacidades político-organizativas para definir los equilibrios razonables o la competencia por el reparto de influencias. El riesgo es que venza la voluntad de diferenciación con un perfil contrapuesto y unos intereses orgánicos de parte. En el plano programático lo común puede ser lo verde y lo feminista, incluso la importancia de la cuestión social y la desigualdad, aunque haya diferencias significativas, a veces enmarcadas en discursos más globales como la visión de la confrontación de las capas populares confrontadas con el poder establecido o la transversalidad como ambigüedad en los conflictos de poder aun con la preocupación por desfavorecidos.

La problemática traslación al ámbito estatal de la realidad madrileña

La segunda idea tiene que ver con el análisis realista de las potencialidades de cada cual. Es problemático el idealismo discursivo que tiende a sobrevalorar la capacidad constructiva de una idea, un proyecto, un liderazgo o un horizonte para configurar un espacio sociopolítico. Tiende a confundir los deseos con la propia dinámica de los hechos y las condiciones sociales. No me detengo en ello. Ya he explicado los datos más relevantes de la representatividad de ambas fuerzas en la CAM, distintos según el tipo de elección. Añado algunos datos complementarios.

Por un lado, aparte de las responsabilidades de Gobierno en el caso de UP, con sus 35 escaños (3,1 millones y 13%) existe una desigual proporción con MP (0,56 millones y 2,3%) en el Congreso de Diputados. En las elecciones generales de noviembre de 2019 en las 15 provincias (aparte de las tres valencianas que apoyó a Compromís, con un escaño por Valencia) Más País (en alianza con Equo) solo logró representación (dos escaños) por Madrid, es decir, una relación de diecisiete a uno (más de diez a uno contando el de Compromís) y un fiasco en el resto de los territorios.

Por otro lado, y esto es menos conocido, hay una diferencia significativa también en el arraigo local (salvo ayuntamiento de Madrid): 108 concejales de UP más 18 de IU, en total 126, por sólo 8 concejales de MM en el resto de la región y hasta 27 sumados los conseguidos para la corporación de la capital (los 15 actuales y los cuatro concejales escindidos en la nueva plataforma *carmenista*, ‘Recupera Madrid’, y sin representación de Podemos en ese Ayuntamiento al renunciar a presentarse frente a la candidatura liderada por Manuela Carmena con la que no fue posible pactar una candidatura unitaria). Es, por tanto, MM un partido político sin apenas presencia en el resto de España pero también sin base municipalista y arraigo local en el resto de la región madrileña, asentado en la oposición y sin responsabilidades de gestión solo en dos grandes instituciones: Asamblea de Madrid y Ayuntamiento

de Madrid. Son sus mimbres para reforzar su nuevo asalto al plano estatal, aprovechando su relativo éxito el 4M.

Otros datos adicionales según *Metroscopia* dicen que sólo el 27% de los potenciales votantes de Más Madrid optaría por la candidatura de Más País para unas generales; el 47% optaría por el PSOE y el 16% por UP, y el 10% restante por otros o abstención. Y en las encuestas postelectorales realizadas, con el impacto del éxito comparativo de MM respecto a UP, señalan un pequeño ascenso de MP de entre uno y dos puntos con un mantenimiento o ligero descenso de décimas de UP. Es decir, las grandes distancias de representatividad y arraigo territorial en el conjunto de zonas se mantienen y contrastan con el subidón de expectativas de los dirigentes de MP y la relativa frustración de los de UP, que habrá que analizar en otro momento.

Por último, hago alusión a un aspecto controvertido entre dos posiciones extremas unilaterales: las interpretaciones culturalistas o posmaterialistas, y los enfoques deterministas con un fuerte mecanicismo economicista o de clase. Me refiero a la correspondencia entre la posición de clase social, la identificación subjetiva y la pertenencia ideológico-política que se ha debatido profusamente a la hora de interpretar el crecimiento electoral del PP (y de MM) en todos los niveles de renta.

Solamente menciono dos tipos de datos. Por un lado, aunque las derechas han crecido en casi todos los barrios y pueblos de Madrid, todavía hay una diferencia sustancial en algunos barrios y pueblos de mayoría de clases trabajadoras considerados bastiones de la izquierda en los que conservan la mayoría, como el simbólico Vallecas, respecto de los compuestos mayoritariamente por clases medias y altas.

Por otro lado, según el análisis de las secciones censales por nivel de ingresos del hogar tenemos la siguiente distribución (según elaboración propia): en el 30% de hogares más pobre las izquierdas ganan con el 50,8% frente al 46,1% de las derechas (cuatro puntos más); en el 40% de hogares intermedios las izquierdas consiguen el 44,5% y las derechas el 52,6% (ocho puntos menos); pero en el tercio de hogares más ricos la

relación es de 30,3% para las izquierdas por el 67,6% para las derechas (treinta y siete puntos menos). Ello significa que respecto de la ventaja media de dieciséis puntos para las derechas en las familias más desfavorecidas hay una desviación de unos 20 puntos en favor de las izquierdas, en las familias intermedias todavía están por debajo de la media y que el desequilibrio es muy notable en el tercio más rico en el que las distancias son muy pronunciadas.

O sea, las clases acomodadas tienen un muy alto grado de pertenencia de clase, apoyo cerrado a las derechas y de defensa de sus privilegios económicos y de estatus, y la penetración de las izquierdas es muy limitada. En 30% más desfavorecido, aun con preferencia por las izquierdas, las derechas tienen una representatividad muy amplia. Y en el 40% intermedio, la ventaja de las derechas es significativa. Es motivo para la investigación de los componentes estructurales, político-institucionales, culturales y sociohistóricos que lo explican.

Lo dejo aquí para no prolongar este ensayo ya excesivo. Por mi parte, desde un enfoque realista, social e interactivo avanzo que las condiciones socioeconómicas, de estatus y vivenciales SÍ tienen influencia en el comportamiento sociopolítico y electoral, pero sin caer en un enfoque determinista ni simplista, frente a la idea de la transversalidad indiferenciada respecto de la realidad material y la mediación cultural. Es decir, es necesario una interpretación crítica, realista y sociohistórica para analizar el comportamiento electoral y sociopolítico distanciada de un enfoque idealista, con sobrevaloración de la acción discursiva o elitista en la conformación de los campos sociopolíticos. La cuestión que explicar es la experiencia relacional del conflicto social, en sentido amplio, con los distintos intereses, demandas y aspiraciones en pugna por la igualdad, la libertad, la democracia y la solidaridad. Después es cuando vienen las estrategias políticas.

3.5 El 4M según el CIS: Percepción, realidad y expectativas

Los resultados de las elecciones autonómicas de Madrid, del pasado 4 de mayo, están claros: Por un lado, el éxito del Partido Popular de Ayuso, la debacle de Ciudadanos y la persistencia de VOX; por otro lado, el refuerzo del espacio del cambio, Más Madrid y Unidas Podemos, que aunque supera ampliamente al Partido Socialista, que sufre un gran fiasco, no logra compensar su descenso y conlleva el fracaso de una alternativa gubernamental de izquierdas.

La primera tabla (ya expuesta anteriormente) expone los resultados de las elecciones autonómicas de 4 de mayo de 2021, comparadas con las de mayo de 2019 y las generales de noviembre de 2019, en el ámbito de la Comunidad Autónoma de Madrid (CAM), ya valorados en otros estudios junto con las encuestas preelectorales del CIS: *Lecciones madrileñas* y *4M: Identificación ideológica y modelo social*. Ahora me voy a centrar en las transferencias de voto que han conformado esos resultados. El estudio 3328, Postelectoral elecciones autonómicas 2021 del CIS, publicado el uno de julio, nos proporciona algunos datos complementarios para profundizar en ello sobre los que habrá que volver.

Tabla 1: Comparativa y trayectoria de los resultados electorales en la CAM

	A.2021-Total	A.2021 - %	Aumenta	Disminuye	A.2019 - %	Dif. de %	Variación %	G.N-2019-%
PP	1.620.213	44,73	900.361		22,23	22,50	101	25,11
PSOE	610.190	16,85		274.028	27,31	-10,46	-38	27,09
MM	614.660	16,97	138.988		14,69	2,28	16	5,70
UP	261.010	7,21	79.799		5,60	1,61	29	13,12
VOX	330.660	9,13	42.993		8,88	0,25	3	18,49
CS	129.216	3,57		500.724	19,46	-15,89	-82	9,14
TOTAL	3.565.949		1.162.141	774.752				

Fuente: Juntas electorales y elaboración propia

La segunda tabla adjunta es ilustrativa de los desplazamientos de voto, a título de hipótesis más probable. La encuesta del CIS no proporciona datos directos, solo dudas del electorado entre diversos partidos: fundamentalmente entre MM y PSOE, 6 puntos del total de personas entrevistadas, algo menos entre MM y UP, 4,9 puntos, y de forma significativa solo 1,4 puntos entre PP y PSOE. Es evidente la fuga de votos al PP provenientes del grueso de votantes de CS y de la abstención. No comento los restantes pequeños desplazamientos de voto que no son muy significativos, incluyendo la persistencia del electorado de VOX con similar porcentaje.

Me centro en dos aspectos analíticos que tienen trascendencia política y exigen un estudio riguroso. Están sometidos a diversas interpretaciones, ya que tienen importancia para el devenir de una alternativa progresista a las derechas: **a) hacia dónde se ha ido el descenso del voto al Partido Socialista y cuál es su papel y su orientación renovadora, así como el impacto del marco estatal del Gobierno de coalición; b) cuál es la dimensión del voto del espacio del cambio de progreso, Más Madrid y Unidas Podemos, con las particularidades de su crecimiento, procedencia e interacción para plasmar de forma realista una dinámica colaborativa.**

En ambos casos hay que realizar una exploración de diversos indicadores del CIS (y otros estudios demoscópicos) y, sobre todo, partir

de la evidencia de los resultados electorales, de forma comparativa y evolutiva, según la primera tabla.

No obstante, antes de continuar hay que señalar la importancia de un indicador sesgado del CIS. Se trata de la percepción del recuerdo de voto en las elecciones autonómicas de 2019 de las personas votantes de Más Madrid y Unidas Podemos, que no se corresponden con la realidad e inducen a un error interpretativo (por ejemplo, Daniel V. Guisado en Público, 2/07/2021: *¿Qué nos cuenta el CIS de la victoria de Ayuso?*). Así sobrevaloran el incremento de Más País y destacan el deterioro de Unidas Podemos y su (supuesta) fuga de votos hacia MM. Veamos.

Tabla 2: Transferencias (probables) de voto el 4M (miles)

DESDE	A PP	A MM	A UP	A PSOE	A CS	A ABSTENCIÓN
<i>Partido Popular</i>	720					
<i>Ciudadanos</i>	500				129	
<i>Partido Socialista</i>	60	45	25	610		144
<i>Más Madrid</i>	10	475				
<i>Unidas Podemos</i>			180			
<i>ABSTENCIÓN</i>	330	95	55			410
TOTAL (real)	1620	615	260	610	129	554

Fuente: CIS y elaboración propia

Percepción, realidad y expectativas en el espacio del cambio

Los datos de la encuesta reflejan la opinión de las personas entrevistadas sobre su voto el 4M: 16,3% para MM (el dato real fue 16,97%) y 9,1% para UP (7,21% real). Podemos tolerar esas pequeñas diferencias en cuanto a la representatividad de la muestra. No obstante, el problema mayor de respuestas sesgadas se produce en la pregunta

sobre *A qué partido votó en las autonómicas de 2019* y *Cuál es su recuerdo de voto*, en aquellas elecciones.

Pues bien, para el caso de MM contestan 8,7% y 7,4%, respectivamente; para el caso de UP, responden 14,1% y 11,9%. Es decir, ambas respuestas sobre el voto y su recuerdo son erróneas, distintas a la realidad antedicha: casi la mitad de las personas que han votado ahora a MM consideran que hace dos años votaron a UP, pero eso no es cierto; pueden estar confundidos con su respaldo a UP en las elecciones generales de noviembre de 2019 y ahora han cambiado de voto en las regionales, cosa coherente con los análisis previos citados. **Sin embargo, las proporciones entre ambos apenas han variado en las dos elecciones autonómicas, sin apenas transferencias de votos entre ellos, en un sentido o en otro (o neutralizando los pequeños flujos).**

Pero, al partir de esa percepción errónea de las personas entrevistadas por el CIS, cuyo punto de partida es muy bajo para MM (casi la mitad) y muy alto para UP (casi el doble), **se amplifica la transferencia de voto de UP a MM, cuando básicamente, esos porcentajes diferentes ya se habían producido en las autonómicas de 2019, con 7 y 20 escaños, en comparación con los 10 y 24 escaños de ahora.** Por tanto, desde esa muestra no representativa se llega a la conclusión incierta de la gran fuga de votos de UP hacia MM (que el artículo citado cuantifica hasta en un tercio del electorado de UP) que engrosaría MM, cosa inverosímil ya que la primera formación ha sumado ochenta mil votos más.

Es decir, la sensación de fracaso que ha llevado a Pablo Iglesias a su dimisión no ha sido por los escasos resultados electorales de UP, que han mejorado, o el desplazamiento de voto hacia MM, cosa falsa, sino por la incapacidad del conjunto de las izquierdas para ganar a las derechas, a causa del fuerte descenso de la representatividad del Partido Socialista. Ese es el gran problema para la sociedad madrileña (y española): la victoria de una gestión *trumpista* en la CAM.

Los equilibrios entre ambas formaciones se mantienen respecto de las elecciones autonómicas de 2019: 2,6 veces de votos para MM por 1 para UP, en el año 2019; 2,3 veces a 1, respectivamente, acortando la distancia, en 2021. Igualmente, la constatación de que el ámbito regional es distinto al marco estatal de las elecciones generales de noviembre de 2019, con una relación inversa de 2,3 veces de UP (5 diputados) respecto de 1 de MM (dos diputados). O sea, hay unas trescientas mil personas que varían su voto según el ámbito electoral, estatal o regional: en las generales se inclinaron por UP y en las dos autonómicas por MM.

Por tanto, es de destacar que apenas ha habido desplazamientos de voto entre ambas elecciones autonómicas, en una dirección u otra y que ambas fuerzas han incrementado su electorado, tanto procedente del PSOE como de la abstención. En el caso de MM el impacto del crecimiento de su electorado ha sido del 10% proveniente de votantes socialistas y el 20% de la abstención; mientras en el caso de UP, el porcentaje de aumento en su electorado ha sido del 14% en el primero caso y del 30% desde la abstención.

En definitiva, lo destacable es que el espacio del cambio, sumadas ambas fuerzas (Más Madrid y Unidas Podemos) que han crecido, se ha reforzado con más del 24% de representatividad electoral (17% + 7,2%), y ha desbordado al propio Partido Socialista, que no llega al 17%, como principal dinámica progresista o de izquierdas. El reto, particularmente en el ámbito estatal, es promover una colaboración en el próximo ciclo electoral de autonómicas, municipales y generales del año 2023, pero para ello conviene partir de un diagnóstico realista y compartido de la representatividad de cada cual y de sus expectativas de acuerdo con su particular perfil político.

A dónde va el descenso del electorado del PSOE

El crecimiento de la participación el 4M se ha dividido entre, por un lado, el PP y, por otro lado, el llamado espacio del cambio (MM y UP);

el PSOE no solo no se ha beneficiado sino que una parte de su electorado anterior ha incrementado la abstención. Según el CIS, de las personas que no votaron el 4M, el 72,1%, cerca de 300.000 personas, no quiso votar (el resto no pudo), y la razón principal aducida es por varios motivos de desafección política (8% del total) y muy poco por el Covid-19 o el miedo a él (0,2%).

Pero si consideramos la ampliación del voto abstencionista hacia PP y al espacio del cambio y que el grueso del electorado de CS ha ido al PP, es razonable la hipótesis de que, al menos, la mitad de esa desafección abstencionista corresponde al anterior electorado socialista, el cual ha disminuido en más de 10 puntos. Ese sector no ha confiado en Ayuso, pero tampoco en el espacio del cambio. Pero sus razones críticas son evidentes: el desengaño con la estrategia de Gabilondo, especialmente por su orientación continuista en la política social, económica y fiscal en vez de un refuerzo de servicios públicos suficiente, que conllevaba la insuficiente oposición a la gestión sanitaria de Ayuso, que ha sido el tema principal de preocupación de la gente en esta campaña electoral.

Por tanto, la estrategia perdedora de Gabilondo y la dirección socialista madrileña (con el aval de la Moncloa), ha conllevado su descenso representativo y ha arrastrado al fracaso para una alternativa de izquierdas. Así, respecto de su electorado en las autonómicas de 2019, se han producido tres distintas tendencias: hacia el PP, el 9%; al espacio del cambio, el 11% (a MM, el 7% más a UP el 4%), y a la abstención, el 21%, prácticamente la mitad de su pérdida.

O sea, tres cuartas partes de su fiasco electoral se han desplazado hacia su izquierda y con opiniones críticas, y una cuarta parte hacia su derecha. La opacidad interpretativa ha convivido con la ausencia de una reconsideración autocrítica de esa estrategia y una ambigüedad sobre la nueva orientación para ganar credibilidad ciudadana. No obstante, a nivel mediático se ha puesto más de relevancia esa fuga minoritaria hacia el PP para intentar justificar su giro hacia el centro, cuando ha sido la causa de su principal debilitamiento. Queda el reto de la capacidad y

determinación socialista para colaborar en una alternativa institucional de progreso en Madrid.

Esta lectura se conecta con las estrategias generales para construir una alternativa de gobierno autonómico a las derechas para 2023. Parece que el presidente Sánchez ha tomado nota, aunque no de forma explícita y consecuente, de las lecciones del 4M para el socialismo madrileño, con su errática estrategia centrista y de cuestionamiento de su alianza con Unidas Podemos.

Por un lado, se reafirma, con valentía, en los indultos y el diálogo con la Generalitat catalana, aunque está por ver sus resultados a medio plazo para superar el conflicto político, afianzar una solución negociada, particularmente con ERC, desbloquear el tema territorial y frenar la crispación derechista.

Por otro lado, mantiene cierta tibieza continuista en materia socioeconómica. Aunque se van dando pasos concretos positivos, permanece un relativo bloqueo en cuestiones importantes. Junto con los planes de modernización económica, el Gobierno de coalición y sus aliados deberían reafirmar la agenda social de progreso: subida del SMI, derogación de la reforma laboral, ley de vivienda, presupuestos y fiscalidad progresiva, pacto de pensiones...

Su desafío es la consolidación del acuerdo progresista del gobierno de coalición. Daría credibilidad a la dinámica reformadora de progreso para la vida de la mayoría social, con un freno a las derechas, y encarrilaría la segunda fase de la legislatura con el objetivo de ganar las próximas elecciones generales con un proyecto de país compartido con el bloque de la investidura. La experiencia madrileña habría servido para impulsar ese cambio.

3.6 Nuevos liderazgos

Pablo Iglesias, hasta ahora líder de Podemos y representante del espacio político confederal de Unidas Podemos-En Comú Podem, abandona la política institucional. A modo de homenaje por su valiosa aportación al cambio político progresista, es momento para una reflexión sobre algunos puntos controvertidos de su trayectoria, con la vista puesta en la conformación de nuevos liderazgos, fundamentales para la nueva etapa que comienza.

En primer lugar, hay que destacar que, junto con su formación política, se ha atrevido a impugnar el poder establecido y plantear una profunda transformación social y democrática, representando los intereses y demandas de las clases populares, una democratización del sistema político e institucional y una articulación confederal de la plurinacionalidad del Estado. Y ello, con firmeza y honestidad.

Ha sido un símbolo que expresa la crisis del bipartidismo gobernante y la configuración de un nuevo sistema político más abierto y plural, con el reconocimiento de las fuerzas del cambio de progreso. Ha representado la apuesta de una dinámica progresista transformadora, iniciada hace más de una década ante la gestión regresiva y autoritaria de las élites dominantes del bipartidismo anterior.

Todo ello ha sido imperdonable para los diferentes grupos del poder establecido y sus diferentes agencias terminales, desde las cloacas policiales-mediáticas hasta los grupos de poder institucionales y económicos. La relación de fuerzas ha sido desigual y con enormes desventajas. Las medidas de acoso personal y mediático y de aislamiento político han sido sistemáticas y manipuladoras. Han dejado entrever la poca calidad democrática y de respeto al pluralismo existentes, no solo en las derechas, sino también en distintas instituciones poderosas e influyentes, incluida la connivencia o la “puesta de perfil” de muchos

sectores políticos, esperando conseguir ventajas diferenciales en la pugna partidista, desde un corporativismo cortoplacista y en detrimento de la defensa compartida de la democracia y el pluralismo político y expresivo.

Desde el nacimiento del conglomerado político de las fuerzas del cambio (2014/15), expresión de un amplio y profundo proceso de indignación social y democrática del lustro anterior, y su inicial liderazgo de Podemos como fuerza articuladora, el poder establecido lo ha interpretado como adversario a batir y ha porfiado en la liquidación de esta dinámica transformadora y crítica, de su expresión político-institucional como fuerza influyente y su liderazgo representativo.

No es momento de hacer un balance detallado de esta etapa fundamental para el cambio político en España. Al calor de la salida de su máximo dirigente, Pablo Iglesias, es hora de hacer una reflexión autocrítica para mejorar ese papel representativo y simbólico y corregir limitaciones, deficiencias y errores para los nuevos liderazgos. Algunos de ellos ya los analicé en torno a la segunda Asamblea Ciudadana de Podemos, a primeros de 2017 (Vistalegre II), donde se confirmó su brecha política y orgánica: *Dilemas estratégicos de Podemos* y *Podemos: Aprender de los errores*. Una valoración más extensa de las debilidades de sus fundamentos teóricos la explico en el libro “*El populismo a debate*”. Solamente, sin ánimo de ser exhaustivos, cabe citar dos insuficiencias que tienen trascendencia para el futuro inmediato: el voluntarismo político y la capacidad integradora desde el respeto al pluralismo.

El voluntarismo político

El primer defecto, el voluntarismo político, está combinado con sus muchas virtudes: iniciativa política, flexibilidad táctica, firmeza transformadora, perspicacia analítica, resiliencia frente a la adaptación posibilista... Tiene que ver con insuficiencias sobre el sentido de la realidad, la infravaloración de las relaciones de fuerzas sociales y

políticas, la prevalencia de la acción discursiva o la comunicación para construir dinámicas sociopolíticas, la prioridad por la acción institucional sin vertebrar una amplia articulación social. Está relacionado con otro debate histórico todavía irresuelto: la inadecuación de un modelo de Partido, como aparato electoral y soporte de la acción institucional, infravalorando el arraigo social, la activación popular y los vínculos fuertes, con la debida autonomía y respeto, con las dinámicas asociativas del campo social, más allá de intentar su representación en la acción político-institucional.

Son insuficiencias no solo personales, sino que afectan, en mayor o menor medida, al núcleo dirigente inicial (incluido a Íñigo Errejón y su máquina -centralizadora- de guerra electoral) y a la mayoría de las direcciones partidarias de las izquierdas transformadoras y radicales de estas décadas. Tienen que ver con prejuicios teóricos y limitaciones prácticas derivadas de las inercias ideológicas, la dificultad de un debate constructivo y una buena cultura democrática y participativa, así como de la insuficiente inserción social y de activación cívica de base de la mayoría de responsables orgánicos.

El modelo de partido-movimiento, prácticamente, no ha existido. Han dejado mucho que desear un pensamiento crítico realista y una deliberación colectiva profunda y sistemática. Las tareas urgentes, particularmente de campañas electorales y gestión institucional, han dejado de lado las tareas importantes: definir un perfil transformador unitario, garantizar mayor cohesión política dentro de la diversidad y favorecer una mejor conexión con la ciudadanía crítica.

La articulación unitaria y plural

La segunda insuficiencia también está interrelacionada con otras cualidades como la honestidad personal, el compromiso moral o la actitud participativa y democrática, comparativamente mejor que la mayoría de otras élites partidarias. Se refiere a los límites de las

capacidades para la articulación unitaria y democrática de representaciones complejas y diversas.

Uno de sus aspectos, su *hiperliderazgo*, ha sido de los más combatidos y descalificatorios. Su crudeza ha tenido que ver con su función real y simbólica de representar una dinámica transformadora contra el poder establecido y diferentes capas privilegiadas que han reaccionado con especial virulencia. Estilos de liderazgo desmedidos y comportamientos personalistas están generalizados, más en esta época comunicativa y de simbolismos individuales. No hay más que reflejar, por ejemplo y salvando las distancias, las actuales campañas de Díaz Ayuso o la propia Mónica García, que han promocionado su propia imagen como referencia central de una propuesta política legítima, pero polarizada por el específico talante personal.

No obstante, aparte de su sesgo particular y los avances comparativos respecto de las experiencias partidistas anteriores y de otras fuerzas políticas y sociales, ese liderazgo también refleja los límites organizativos colectivos de esta etapa para formar una coordinación coral y unitaria, que no excluye funciones diferenciadas y de protagonismo representativo y mediático, con sus equilibrios, reconocimientos y contrapesos democráticos y participativos. Más allá del tono particular de cada cual, más suave o más fuerte, constituye una limitación colectiva respecto de la necesaria cultura democrática, de respeto al pluralismo y la capacidad integradora para articular representaciones colectivas unitarias y complementarias en el marco de una agrupación política amplia y diversa, con distintas sensibilidades y corrientes, además de plurinacional.

Son dos aspectos fundamentales que corregir y madurar para la nueva etapa donde la dirección de Podemos y del grupo confederal, incluyendo a IU y En Comú Podem, tiene la tarea de ser un factor proactivo en la conformación de un conglomerado más amplio y diverso del espacio del cambio progresista, con nuevas bases de cooperación con Más País y otras fuerzas soberanistas y de izquierda.

Nueva etapa de cooperación del espacio del cambio de progreso

Se abre una nueva etapa, tras las elecciones catalanas y madrileñas, con la recomposición de las fuerzas políticas de las derechas y las izquierdas, la amenaza de involución social y democrática, el reto de la gestión, principalmente del gobierno progresista de coalición, de la respuesta a las fuertes desigualdades sociolaborales, de género, territoriales y medioambientales y el plan de modernización económica e institucional; y todo ello, con la perspectiva del próximo ciclo electoral (generales, municipales y autonómicas) del año 2023, si no hay anticipaciones.

La perspectiva común de las diferentes corrientes a la izquierda del PSOE debería ser fortalecer una dinámica diferenciada de la socialdemocracia clásica y sus dependencias del poder establecido, conformar un campo político compartido y unitario, con unas bases sociales y una identificación configuradas durante esta década de experiencia democratizadora y por la justicia social, que he definido como *nuevo progresismo de izquierdas* con fuerte componente ecologista y feminista.

Para terminar, voy a mencionar un aspecto particular: la diferencia del marco electoral y los desafíos políticos en Madrid y en el conjunto de España, particularmente para las elecciones generales. Ha sido positiva la experiencia de los acuerdos mínimos de no agresión para evitar un clima competitivo problemático entre Más Madrid y Unidas Podemos que perjudicase las expectativas de ambas formaciones en las elecciones del 4M. Cada cual ha desarrollado su perfil propio, sin afectar a los resultados prácticos de su representación respectiva, que ha mejorado, aunque se haya fracasado en el objetivo compartido de un gobierno alternativo de izquierdas, fruto, en parte, de la *estrategia perdedora del socialista Gabilondo*.

No obstante, esa prioridad por mantener una identidad específica, cuando hay grandes puntos programáticos y de proyecto compartidos, es contraproducente ante la constricción de la distribución electoral, al

menos en 44 provincias que no llegan a diez escaños, y salvo en Madrid y Barcelona. Es decir, hay que pretender la efectividad en la representación electoral e institucional, superando esa restricción representativa que penaliza la división en dos candidaturas progresistas diferenciadas del PSOE. O sea, el perfil propio o el interés partidista cortoplacista debe ser negociado para garantizar una representación efectiva y equilibrada, de forma coaligada, del conjunto del conglomerado del espacio común del cambio de progreso.

Es la enseñanza principal para mejorar las capacidades unitarias y de respeto al pluralismo con un liderazgo compartido y un proyecto común, que es el reto mal gestionado en este lustro pasado y que es esencial para conformar un proceso más justo, igualitario, solidario y sostenible medioambientalmente.

Es la moraleja de esta experiencia histórica en defensa de un proyecto común de país. Este ciclo iniciado hace una década, lo quiere clausurar prematuramente el poder establecido, mientras se ha demostrado en Madrid que goza de buena salud, superando con ventaja entre ambas formaciones al propio Partido Socialista. La competencia por la prevalencia particularista en la orientación política y las posiciones institucionales de cada sensibilidad deben estar subordinadas al interés compartido por consolidar y ensanchar ese espacio y esa representación.

Y, además, esa cooperación sería favorable para otra dimensión estratégica fundamental: ser capaces de conectar y promover los procesos populares de activación cívica, dentro de una dinámica transformadora de progreso, que consoliden a largo plazo las propias bases sociales del cambio con un plan social y democrático alternativo. La salida de Pablo Iglesias, como él mismo ha dicho, puede favorecer el acometer esa tarea ineludible. Es momento de nuevos liderazgos capaces de afrontar los desafíos venideros.

4. Nueva ola feminista: Tendencias e identificaciones

El feminismo ha adquirido una nueva relevancia sociopolítica y cultural, particularmente en España. Incluso se habla de otra ola feminista, la cuarta, por perfilar sus características específicas. La agenda feminista se ha reforzado para hacer frente a la nueva dimensión de las desventajas de las mujeres, en términos de desigualdad y prepotencia machista, sin suficiente protección pública. Todo ello ha consolidado la necesidad de la activación feminista para promover un cambio sustantivo y real, la llamada cuarta ola, junto con la emergencia de nuevas tendencias y élites feministas.

La reactivación feminista, con su dinámica expresiva, sus objetivos y sus procesos identificadores, en sus distintos niveles, ha cobrado una nueva dimensión los últimos años. Tiene un gran impacto en los ámbitos político-institucionales y culturales, en la transformación y legitimidad de los distintos actores, así como en la conformación de una dinámica más amplia y multidimensional de cambio de progreso frente a las tendencias machistas (o patriarcales).

La acción por la igualdad y la emancipación femenina se enfrenta a la discriminación, la desigualdad y la dominación de las mujeres, así como a los factores estructurales e institucionales que las mantienen, en particular a las tendencias conservadoras, reaccionarias o autoritarias.

Los fundamentos de la subordinación femenina están claros: gravedad de las desigualdades sociales, laborales y de estatus, con desventaja para las mujeres; persistencia de la violencia y las coacciones machistas, con mayor dependencia e inseguridad para ellas; insuficiente reconocimiento de las libertades para desarrollar las distintas opciones vitales, sexuales o de género.

Constituyen los tres ejes fundamentales expresados en la actual ola feminista: por la igualdad social, económico-laboral y relacional o de estatus de las mujeres; contra la presión y las agresiones machistas, y por la emancipación y la capacidad de decisión sobre sus trayectorias y preferencias personales.

A partir de ese diagnóstico se profundiza en los procesos de identificaciones feministas, el carácter y las tendencias de los feminismos, así como el significado de la identidad feminista y su relación con los sujetos feministas.

Esta investigación académica tiene cinco partes: 1) *Procesos de identificaciones feministas*; 2) *Carácter y tendencias de los feminismos*; 3) *El significado de la identidad feminista*; 4) *Identities y sujetos feministas*, 5) *Conclusiones. Identidades y formación de sujetos*. Es el desarrollo de la Comunicación (6 pp.), titulada “Desventajas de género y cuarta ola feminista” (Antón, 2021c), presentada y debatida en el **Comité de Investigación de Sociología del Género** (15 y 16 de julio de 2021). Una versión inicial se presentó al **Simposio de la Federación Española de Sociología**, en el área temática “Estructura y desigualdad social, procesos de exclusión y grupos sociales”, del 5 al 13 de julio de 2021.

Madrid, 3 de septiembre de 2021

4.1 Procesos de identificaciones feministas

Los contextos sociopolítico-cultural y económico-laboral están bien definidos. Primero, amplio y duradero descontento feminista y popular, convertido en activación cívica masiva a partir de 2018 y, especialmente, entre las mujeres jóvenes que han profundizado su identificación feminista. Todo ello como respuesta cívica y solidaria ante la incapacidad de las élites gobernantes y las principales políticas institucionales para superar esas lacras, sobre todo durante el Gobierno anterior del Partido Popular de M. Rajoy. Pero también, por las insuficiencias de la normativa, la gestión y el entramado institucional impulsados en la época anterior por el Ejecutivo socialista de R. Zapatero. Así, la *Ley de igualdad* y *La ley contra la violencia machista*, desde hace quince años, tuvieron un efecto inicial positivo de sensibilización feminista, pero han sido incapaces de garantizar un cambio real en esas condiciones de subordinación y desventaja de las mujeres, quedando en el formalismo retórico, con ausencia de políticas preventivas y sustantivas, y el punitivismo contraproducente. Sus procesos legitimadores se han agotado y exigen un nuevo impulso transformador.

Al mismo tiempo, desde el reaccionarismo ultraconservador aparecen nuevos riesgos de involución sociocultural respecto de la relativa posición social igualitaria conseguida, así como nuevas desventajas derivadas del sobreesfuerzo exigido a las mujeres en el ámbito laboral y de los cuidados en la actual crisis sanitaria, socioeconómica y de fragilidad de los servicios públicos. Esas reacciones se producen, precisamente, ante los amplios avances democrático-igualitarios en las relaciones interpersonales y las mentalidades, así como ante las nuevas exigencias de un cambio real y sustantivo por la igualdad y la libertad de las mujeres, reforzado por un

amplio campo progresista. **El choque de expectativas, principalmente entre las jóvenes, desde una cultura democrática e igualitaria y con dinámicas reales desventajosas es evidente. Es la base del malestar, la indignación y la activación feminista.**

Este marco sociopolítico y de legitimidad de la acción cívica feminista, está conectado con el empeoramiento del contexto socioeconómico y la precarización del empleo esta década por las crisis socioeconómicas y las políticas de recortes sociales, laborales y servicios públicos, que han debilitado la protección social pública y el empleo decente, ahora agravados por la crisis sanitaria. Ello genera un incremento del sobreesfuerzo femenino en la gestión de los cuidados y la reproducción vital, así como mayores consecuencias negativas en el ámbito laboral-profesional, sus condiciones de vida y su estatus público, lo que ha perjudicado especialmente a las mujeres de las capas populares y, particularmente, a las jóvenes con mayor incertidumbre para sus proyectos vitales.

Esta situación de discriminación, así como la experiencia compartida de movilización cívica ha generado, está generando, una identificación individual y colectiva que conlleva el sentido de pertenencia. El movimiento feminista, como masivo y democrático movimiento social, ha conformado y fortalecido una positiva y solidaria identidad feminista, a diferenciar de la estricta identidad de género. La activación de la acción feminista estos últimos tres años ha expresado un proceso sociopolítico y cultural de identificación igualitario, emancipador, inclusivo, popular, interseccional e integrador.

La identidad feminista, como proceso relacional solidario, no se opone a una identidad o sentido de pertenencia más amplia, de ciudadanía o ser humano, es decir, con componentes universales. Depende de los lazos comunes existentes y su persistencia, así como de su diversidad de pertenencias, su combinación y la conformación de una identidad múltiple o compleja.

Esta multidimensionalidad identitaria se forma en cada sujeto real con un nuevo, específico y cambiante equilibrio entre las

distintas identidades parciales con variadas combinaciones según los contextos relacionales y junto con otras identidades o valores cívicos transversales. Además, los procesos identitarios pueden ser más o menos inclusivos, densos, mixtos e interactivos, junto con otras características más universales o cívicas. Es positivo un feminismo fuerte y crítico, con sus rasgos identitarios igualitarios, emancipadores y solidarios en conexión con otras dinámicas populares por una transformación progresista de la sociedad.

Se ha generado una triple dinámica. Primero, el **agotamiento del feminismo institucional, socioliberal o elitista**, sobre todo el vinculado al aparato socialista (aunque no solo ni todo él), derivado de los límites de la gestión institucional y normativa, sobre todo con su punitivismo, inacción y puritanismo, aunque con argumentaciones esencialistas o deterministas y excluyentes. Segundo, la **emergencia de un nuevo feminismo transformador**, con distintas influencias sociopolíticas y culturales, pero con un carácter popular, interseccional y crítico y una orientación igualitaria y emancipadora. Tercero, la involución de un **reaccionarismo conservador**, en los ámbitos mediático y político, representado por las derechas extremas.

En definitiva, frente a interpretaciones deterministas o idealistas y desde un enfoque social, realista y crítico, hay que destacar la combinación de tres dinámicas: a) una realidad de mayores desventajas socioeconómicas, vitales, relacionales y de estatus para capas populares, especialmente, las mujeres; b) una incapacidad institucional y normativa, desde el impulso inicial del primer Gobierno socialista de Zapatero hace ya tres lustros, cada vez más evidente de no ser suficiente para impedir ese retroceso y garantizar un avance igualitario-emancipador, y c) una mayor conciencia de su injusticia desde los valores de igualdad con varios niveles de identificación y articulación feministas. Todo ello ha reforzado la necesidad de la presión movilizadora feminista para promover un cambio sustantivo y real, y ha producido un desborde del casi monopolio representativo, regulador y

gestor de la acción institucional feminista junto con la emergencia de nuevas tendencias y élites feministas.

La gran dimensión de la movilización igualitaria-emancipadora feminista ha demostrado una relevante capacidad relacional, solidaria y de cambio sociopolítico y cultural, particularmente en España. Es el marco en el que se produce la pugna entre tres dinámicas de fondo con objetivos contrapuestos: a) el intento de su neutralización, en el caso de las derechas y fuerzas conservadoras —como la jerarquía católica—, así como la hostilidad abierta de la ultraderecha; b) su reorientación sociopolítica moderadora y/o distorsionadora del sentido de esta nueva ola feminista por parte del anterior grupo hegemónico, en los planos institucional y mediático, con un declinante liderazgo (vinculado al aparato socialista, aunque no solo), así como su cierre defensivo y, a veces, sectario para mantener sus privilegios representativos y de influencia política, mediática y de estatus; c) la reafirmación de un feminismo igualitario con la rearticulación de posiciones representativas y de influencia cultural y sociopolítica dentro de una gran fragmentación organizativa, en el contexto de diferentes dinámicas sociopolíticas y económicas y distintas corrientes culturales o ideológicas.

Esta activación y concienciación feministas tiene fundamentos sólidos, aunque con distintos niveles de compromiso y pertenencia. Según diversas investigaciones (Antón, 2021a) conviene distinguir tres niveles de identificación feminista: Uno, más de la mitad de las mujeres y de la gente joven así como un tercio de varones tienen conciencia feminista y avalan sus principales objetivos igualitarios; dos, varios millones (entre tres y cuatro) de personas, mayoría mujeres, participan de alguna forma (individual y/o colectiva) en esa activación feminista, más o menos descentralizada o de conjunto, y se consideran identificadas con el movimiento feminista en sentido amplio o, bien, se muestran solidarias con las grandes movilizaciones feministas y sus objetivos (8 de marzo, 25-N o grandes campañas); tres, varios centenares de miles de activistas, incluido en los ámbitos institucional,

para-institucional y de grupos y redes sociales, muy heterogéneos entre sí, con una participación más estable, comprometida e identificadora.

4.2 Carácter y tendencias de los feminismos

El feminismo es un actor sociopolítico y cultural, con distintos niveles y procesos de identificación. En una acepción débil se puede considerar como SUJETO social.

Carácter y ejes de los feminismos

Los tres ejes fundamentales expresados en la actual ola feminista son: por la igualdad social, económico-laboral y relacional o de estatus de las mujeres; contra la presión y las agresiones machistas, y por la emancipación y la capacidad de decisión sobre sus trayectorias y preferencias personales. En ese sentido comparto la definición de Judith Butler: “el feminismo es una **lucha por la igualdad entre hombres y mujeres, pero también es una investigación sobre el género en sí mismo**, más allá de las categorías de hombre o mujer”.

El choque de expectativas, principalmente entre las jóvenes, desde una cultura democrática e igualitaria y con dinámicas reales desventajosas, en un contexto de crisis socioeconómica y debilitamiento del Estado de bienestar, es evidente. Es la base del malestar, la indignación y la activación feminista (Antón, 2021a, 2020, 2019b, 2019c).

Esta multidimensionalidad identitaria se forma en cada sujeto real con un nuevo, específico y cambiante equilibrio entre las distintas identidades parciales con variadas combinaciones según los contextos relacionales y junto con otras identidades o valores cívicos transversales.

El feminismo pretende cambiar una situación discriminatoria de las mujeres por unas relaciones sociales igualitarias. Persigue modificar sus condiciones de subordinación por una dinámica emancipadora. Es un movimiento social con un gran componente cultural. Su objetivo es una transformación relacional, vinculada con un cambio de mentalidades.

La acción feminista debiera ser más realista, crítica, social y transformadora que la restrictiva pugna cultural. Su tarea es mucho más amplia, práctica y teóricamente: cambiar las relaciones de desigualdad y subordinación, conformar una identidad y un sujeto transformador con una estrategia igualitaria-emancipadora y una teoría crítica.

La acción feminista no es solo ni principalmente una lucha de ideas (o de emociones). Los cambios de mentalidades y conciencia ideológico-política, con un talante progresista, son fundamentales. La tarea de la modificación de la subjetividad es muy importante. Pero, **sobre todo, la tarea transformadora sustantiva es relacional, superar la desigualdad real y las situaciones de dominación. Y esa experiencia vivida, interpretada y soñada es clave para avanzar en los procesos liberadores y conformar las identificaciones feministas.**

Considerar al movimiento feminista como exclusivamente cultural relega la prioridad por el cambio de las relaciones reales desventajosas u opresivas y dificulta una acción crítica, popular, realista y transformadora. Es, sobre todo, un movimiento social, aunque con un gran componente cultural. El cambio feminista, además de las subjetividades, debe transformar las relaciones sociales de desigualdad y dominación; debe ser relacional.

Las distintas corrientes feministas y sus fundamentos ideológicos

En primer lugar, hay que clarificar el criterio sociopolítico para clasificar las diferentes tendencias feministas. La clave del feminismo es conseguir la igualdad de género o entre los géneros, superar las desventajas relativas y la discriminación de las mujeres. El objetivo es que la diferenciación de géneros y su construcción sociohistórica no supongan desigualdad real y de derechos y, por tanto, no tengan un peso sustantivo en la distribución y el reconocimiento de estatus y poder.

La diferenciación principal en el seno del feminismo hay que plantearla en función de su actividad y capacidad transformadora de las relaciones de desigualdad y subordinación de las mujeres, es decir, por su papel de cambio sustantivo de su posición social desventajosa. Así, respecto del avance real en la igualdad y la emancipación, como he avanzado, existen dos grandes corrientes: el feminismo crítico, popular y transformador, y el feminismo socioliberal, retórico y formalista.

No entro a valorar otras clasificaciones similares, por ejemplo el feminismo del 99% frente al del 1%, o el anticapitalista (e interseccional) frente al progresista neoliberal, que hacen referencia a esas dos corrientes principales, pero con algunos elementos unilaterales tal como he detallado en la valoración de Nancy Fraser (2020, y 2019) en Antón (2020). Más adelante, comento las definiciones, también unilaterales, desde el ámbito posmoderno de las dos tendencias dominantes, calificadas de ilustradas o esencialistas frente a feminismo diverso.

Para completar su análisis es preciso explicar las influencias ideológicas, especialmente de las personas más representativas o influyentes. Así, aparte del pensamiento socioliberal (y el conservador), en ambas corrientes, la socioliberal y la transformadora, de forma diferenciada según qué aspectos y dimensiones y, específicamente, en sus distintas élites, influyen dos tendencias culturales: el estructuralismo (o determinismo o esencialismo) y el posestructuralismo (o culturalismo). Se entrecruzan dos posiciones sociopolíticas con dos

discursos dominantes, desbordando y complejizando la distinción de los feminismos de la tercera ola, por la igualdad o por la diferencia.

En un libro reciente citado (Antón, 2021a), valoro diversas aportaciones teóricas de pensadoras feministas como las norteamericanas Judith Butler (2006), Nancy Fraser (2020) y junto con Rahel Jaeggi (2019), Patricia Hill y Sirma Bilge (2019) y Holly Lewis (2020). Igualmente, se analizan varios libros recientes de feministas españolas, entre ellas Clara Serra (2018), Carmen Heredero (2019), María Pazos (2018) y María Martínez (2019). Aquí, parto de esa evaluación crítica y sintetizo el marco teórico de esta interacción entre procesos identificaciones y formación de los sujetos feministas, considerando una bibliografía complementaria (Amorós, 2005 y 2008; Bernabé, 2018; Foucault, 2005; Laclau (2013); Maalouf, 1999; Valcárcel, 2019).

De entrada diré que el estructuralismo, determinista o esencialista, y el posestructuralismo, voluntarista o subjetivista, dominantes y en conflicto en los grupos progresistas en estas décadas, no son una buena forma de enfocar los procesos de emancipación e igualdad de las mujeres y, en general, de las capas subalternas. Esto tiene más importancia para el feminismo transformador, menos imbricado con las élites y grupos de poder y más dependiente de su fuerza social, incluida su capacidad subjetiva y discursiva, así como organizativa y de liderazgo. Me centraré, sobre todo, en él.

El error determinista o esencialista es el mecanicismo que supone creer que la realidad de opresión genera automáticamente la conciencia y la acción alternativa, de ahí la prevalencia de la identidad ‘mujer’ objetiva; y el error voluntarista o culturalista es el que comete quien piensa que con una buena doctrina, programa o discurso se construye el movimiento popular.

Por tanto, hay que diferenciar las dos características: el papel social y cultural, más o menos transformador de las relaciones sociales y las mentalidades, y el carácter de las ideas respecto de su sentido igualitario-emancipador. La combinación entre ambos campos produce

una gran diversidad de posicionamientos en ambas corrientes sociales pero, sobre todo, en el feminismo que he definido como transformador, popular o crítico. **En este confluye, particularmente entre sus representaciones, una amalgama de posiciones posmodernas y estructuralistas con otras ideas más realistas, relacionales o sociohistóricas, mientras en la mayoría de las bases feministas se mantiene una óptica realista y unitaria, al mismo tiempo, que algo ecléctica y en tensión con la pugna ideológica y de liderazgo.**

Algunas definiciones sobre la clasificación de los feminismos

En distintos análisis esquemáticos sobre las sensibilidades internas en el feminismo se establecen dos corrientes en torno a la identidad ‘mujer’: una, llamada ilustrada (esencialista, elitista, homogénea y excluyente), y otra, llamada diversa (postmoderna e inclusiva). Explico las insuficiencias de esa caracterización.

En primer lugar, ese significante de ‘diversa’, válido como fórmula descriptiva (de distintos tipos de mujeres y personas subordinadas), se acuña con un sentido más ideológico por la versión posestructuralista. Así, se infravaloran los rasgos comunes de la realidad de su posición de subordinación para sobrevalorar el poder constructivo del discurso o el lenguaje. Además, bajo ese prisma, se tiende a englobar o integrar el conjunto de esa corriente que he definido como transformadora, popular, realista y crítica, más variada y multidimensional, cuando la variante posmoderna es solo una sensibilidad dentro de ella. En ese sentido, se produce una ‘resignificación’ de todo un proceso identificador y transformador bajo un esquema interpretativo sesgado.

En segundo lugar, a mi modo de ver, más allá de las etiquetas con su función para nombrar y conformar un proceso, hay una simplificación analítica. **La realidad es más compleja pero, sobre todo, el enfoque es insatisfactorio: el eje central para definir el sujeto sociopolítico debe ser la identidad ‘feminista’ no la identidad mujer y su diversidad como identidad de género; en ese sentido cobra una**

mayor importancia un enfoque relacional y sociohistórico de los procesos participativos de identificación con la causa de la igualdad y la liberación de las mujeres.

Desde las posiciones más rígidas del enfoque determinista (estructuralista, biológico, de sexo o género), a veces utilizado por representantes del feminismo socioliberal, es decisivo fijar esa condición ‘objetiva’, porque esa realidad interpretada normalmente de forma homogénea, estable y esencialista determinaría su papel sociopolítico y cultural, o sea el sujeto al que hay que representar. La pugna por la definición y demarcación del ser ‘mujer’ se convierte para ellas en decisiva para apropiarse de su representación y gestión... con todos los privilegios que supone.

Desde el punto de vista de las ideas postmodernas más extremas (posestructuralistas, culturalistas o subjetivistas) no tiene importancia esa condición objetiva porque lo que ‘determina’, en este caso de forma idealista, la construcción del sujeto y su capacidad expresiva es el discurso... de una élite aspirante a representar y orientar a ese nuevo sujeto en formación... con todo el estatus y el reconocimiento público que requiere. Pero para esa disputa interpretativa y representativa se escoge el punto de partida contrario: presupone la fragmentación de la realidad de las mujeres, o bien, su falta de consistencia y su fluidez identitaria.

Se produce una convergencia, coincidiendo ambos tipos de élites socioliberales y posmodernas más radicales, en la infravaloración de la realidad desventajosa de las mujeres y la acción cívica transformadora de las relaciones sociales desiguales y dominadoras. Y aparece en primer plano la pugna discursiva entre ambas por acceder a posiciones sociales ventajosas, objetivo siempre oscurecido en el plano público.

Por tanto, la amplia tendencia realista, social, transformadora y crítica, aun con posiciones comunes en distintos aspectos con las otras tendencias, socioliberales, deterministas y posestructuralistas o discursivas, las supera a pesar de que suelen esconder su desconexión

con las dinámicas mayoritarias del feminismo transformador y de base a través de un lenguaje radical.

La unidad y la pugna interna en el feminismo

El problema de fondo que subyace es el descontento popular feminista por la falta de igualdad sustantiva en las relaciones sociales, laborales e institucionales, interpelada, interpretada, representada y orientada desde esa trayectoria igualitaria y transformadora, hoy oscurecida en el ámbito mediático.

Los tres ejes temáticos constituyen la experiencia sustantiva de las actuales movilizaciones feministas ante la persistencia y gravedad de sus desventajas. Es el fundamento que sostiene su carácter transformador y unitario. Pero hay algunas élites, con distintas justificaciones, que priorizan su interés corporativo por ocupar posiciones de privilegio o situar su marco interpretativo particular como el dominante.

La formación de la representación de la dinámica transformadora feminista conlleva procesos colectivos de articulación y liderazgo, según el sentido de su orientación, los intereses grupales y las características culturales o ideológicas. Su reto es la formación de representaciones democráticas, plurales y unitarias, aspecto que desarrollo más adelante y en Antón (2020).

Un tipo de pugna sectaria y oportunista por sacar ventaja elitista (o de estatus y poder), refleja una debilidad en la construcción unitaria y plural del conglomerado asociativo feminista que lo debilita en su función transformadora igualitaria y emancipadora frente al auténtico adversario común: el machismo como orden social institucionalizado e imbricado con los grupos de poder.

Los tres feminismos

El carácter masivo y unitario del feminismo, al mismo tiempo que diverso y plural, está atravesado, además de por unas tendencias sociohistóricas y del contexto económico e institucional, por un aspecto específico que conviene explicar: **la formación de la representación de la dinámica transformadora feminista, con sus procesos colectivos de articulación y liderazgo, el sentido de su orientación, los intereses grupales y las características culturales o ideológicas. Su reto es la formación de representaciones democráticas, plurales y unitarias.**

En distintos análisis esquemáticos sobre las sensibilidades internas en el feminismo se establecen dos corrientes en torno a la identidad ‘mujer’: una, llamada ilustrada (esencialista, elitista, homogénea y excluyente), y otra, llamada diversa (postmoderna, popular e inclusiva). No obstante, a mi modo de ver, más allá de las etiquetas, hay una simplificación. **La realidad es más compleja pero, sobre todo, el enfoque es insatisfactorio: el eje central para definir el sujeto sociopolítico debe ser la identidad ‘feminista’ no la identidad mujer como identidad de género; en ese sentido cobra una mayor importancia un enfoque relacional y sociohistórico de los procesos participativos de identificación con la causa de la igualdad y la liberación de las mujeres.** Por supuesto, debe ser interseccional y en colaboración con otros procesos igualitarios y emancipadores, en particular, por ser el aliado más próximo, con los colectivos LGTBI. Además se producen situaciones mixtas, eclécticas o intermedias entre distintos espacios feministas y en el interior de estos, a veces con una alta variabilidad en diferentes contextos, personas y grupos.

Se produce una convergencia, coincidiendo ambos tipos de élites, socioliberales y posmodernas, en la infravaloración de la realidad desventajosa de las mujeres y la acción cívica transformadora de las relaciones sociales desiguales y dominadoras. Sin embargo, la amplia tendencia realista, social, transformadora y

crítica supera a las demás corrientes: liberales o deterministas y posestructuralistas.

Por tanto, el feminismo popular o de base tiene dos tendencias: la posmoderna o de la diferencia, y la transformadora o igualitaria; esta última, que denomino feminismo crítico es la que mayoritariamente se ha expresado en los últimos procesos identificadores feministas y, seguramente, en el activismo organizado que ha promovido las grandes movilizaciones de estos últimos tres años.

Las tres principales tendencias feministas actuales se constituyen respecto de los tres ejes de la acción feminista de esta cuarta ola: por la igualdad social y relacional, frente a la violencia machista y por la libertad sexual y de género. La pugna interpretativa, argumentativa y representativa de sus élites respectivas expresa una fragmentación organizativa y una debilidad de liderazgo y teórica. Se enfrentan a la tarea democrática de adquirir autoridad y posiciones de prestigio y estatus, con actitudes diferenciadas en esos tres ejes, aunque con ideas básicas comunes que facilitan la expresión masiva de las grandes movilizaciones feministas. Lo analizo desde la sociología crítica.

El problema de fondo que subyace es el descontento popular feminista por la falta de igualdad sustantiva en las relaciones sociales, laborales e institucionales, interpelada, interpretada, representada y orientada desde esa trayectoria igualitaria y transformadora, hoy oscurecida en el ámbito mediático. Las tres sensibilidades, socioliberal, posmoderna y crítica o transformadora, conforman un impacto heterogéneo por abajo, en el conjunto de las bases feministas, entre las que no hay una articulación organizativa estable, ni una referencia cultural unificada ni una cohesión ideológica. En el amplio conglomerado llamado movimiento feminista, predomina el eclecticismo o posiciones mixtas e intermedias respecto de esos diferentes posicionamientos de las élites o personas más activistas.

El activismo discursivo, mediático y en redes sociales, busca la legitimidad en los procesos de formación de liderazgos de las personas y grupos de referencia. Pero, a veces, el exceso de confrontación con

estilo descalificador debilita el interés común. Sus efectos son la desactivación de la acción colectiva (e individual) por la igualdad real de la mayoría de las mujeres (y capas subalternas), así como la polarización extrema sobre los otros dos ejes sin avanzar en su transformación preventiva y real: medidas necesarias para acabar con la violencia machista, dando respuesta a la situación de las mujeres víctimas, y favorecer la libertad de opciones sexuales y de género.

Los tres ejes temáticos constituyen la experiencia sustantiva de las actuales movilizaciones feministas ante la persistencia y gravedad de sus desventajas. Es el fundamento que sostiene su carácter transformador y unitario. Pero hay algunas élites, con distintas justificaciones, que priorizan su interés corporativo por ocupar posiciones de privilegio o situar su marco interpretativo particular como el dominante.

El feminismo cultural, posmoderno o diverso, ha crecido y se ha polarizado frente al feminismo esencialista, pero difumina al amplio feminismo social, igualitario y crítico, auténticamente plural e inclusivo de lo sustancial de la realidad femenina y las demandas feministas, así como de su subjetividad integradora y complementaria de lo racional y lo emocional.

Para salir del atasco habría que, por un lado, profundizar las críticas a las insuficiencias del feminismo institucional y la impotencia transformadora del feminismo postmoderno-cultural y, por otro lado, reforzar el feminismo crítico e igualitario. Pero eso es lo que se ventila en la pugna por el liderazgo, por su apropiación e instrumentalización de la amplia y sugerente capacidad relacional y movilizadora de la actual ola feminista. **La reactivación feminista de estos años es una dinámica alternativa y diferenciada, conectada con lo mejor de las tres olas anteriores, dentro de una orientación unitaria y transformadora progresista global, que esas élites postmodernas y socioliberales no están en condiciones de abordar claramente.**

4.3 El significado de la identidad feminista

Las identidades se construyen social e históricamente; son diversas, variables y contingentes. La identidad, como pertenencia colectiva y reconocimiento público, tiene un anclaje en una realidad material, institucional y sociocultural, en su contexto histórico; encarna una dinámica sustantiva de las relaciones sociales.

La identificación expresa interacción y reconocimiento

Los procesos identificadores se configuran a través de la acumulación de prácticas sociales continuadas, en un marco estructural y sociocultural determinado, que permiten la formación de un sentido de pertenencia colectiva a un grupo social diferenciado con unos objetivos compartidos. Como expresión de los rasgos comunes de un grupo social las identificaciones pueden ser más o menos densas, abiertas, inclusivas y múltiples respecto de otras identidades y condiciones, así como de los valores más universales como los derechos humanos o la ciudadanía. Su carácter sociopolítico, regresivo o progresivo, igualitario o reaccionario, y su sentido ético, bueno o malo, positivo o negativo, dependen de su papel sociohistórico y relacional en un contexto específico respecto de los grandes valores de igualdad, libertad y solidaridad.

La identidad feminista, que no femenina, como reconocimiento propio e identificación colectiva, está anclada en una realidad doble: subordinación considerada injusta, y experiencia relacional igualitaria-emancipadora. Supera, por un lado, las dinámicas individualistas y, por otro lado, las pretensiones cosmopolitas, esencialistas e indiferenciadas.

En la medida que se mantenga la desigualdad y la discriminación de las mujeres, sus causas estructurales, la

conciencia de su carácter injusto y la persistencia de los obstáculos para su transformación, seguirá vigente la necesidad del feminismo, como pensamiento y acción específicos. Y su refuerzo asociativo e identitario, inclusivo y abierto, será imprescindible para fortalecer el sujeto sociopolítico y cultural llamado movimiento feminista y su capacidad expresiva, articuladora y transformadora.

No es tiempo de postfeminismo, en el sentido de considerar secundario o superado el feminismo, sino de un amplio feminismo crítico, popular y transformador frente a la pasividad o la neutralidad en este conflicto liberador y por la igualdad. Eso sí, con una perspectiva integradora y multidimensional que le haga converger con los demás procesos emancipatorios. **En la dinámica de formación de unos sujetos globales, en procesos más generales y demandas más integradoras o múltiples, es cuando se puede hablar de postfeminismo o transfeminismo, sin que se sustituya o anule la especificidad feminista como componente fundamental de la transformación social, los valores universales o el avance en los derechos humanos.**

En la formación de los sujetos colectivos lo relevante es la práctica relacional común y acumulada ante una situación discriminatoria y con una finalidad igualitaria-emancipadora. No es una simple unidad propositiva o de demandas de derechos. Exige compartir problemáticas similares y experiencias reivindicativas y de apoyo mutuo comunes y prolongadas, vividas e interpretadas.

El componente social de la interacción humana es el principal para forjar el reconocimiento y las pertenencias grupales e individuales y dar soporte a la acción colectiva. En ese sentido, hay varones feministas, es decir, solidarios con la causa feminista, que al igual que otras personas participan en ese sujeto feminista.

El feminismo, con sus distintos niveles de identificación y pertenencia colectiva y su pluralidad de ideas y prioridades, es un movimiento social, una corriente cultural, un actor fundamental que, en una acepción débil, se puede considerar un sujeto sociopolítico en

formación, inserto en una renovada corriente popular más amplia que califico de nuevo progresismo de izquierdas, con fuertes componentes ecologistas y feministas.

La formación de un sujeto unitario superador de los sujetos o actores parciales va más allá de un liderazgo común (simbólico y legítimo), un objetivo genérico compartido (la democracia y la igualdad) o un enemigo similar (el poder establecido patriarcal-capitalista). Es un proceso sociohistórico y relacional complejo que necesita una prolongada experiencia compartida y una identificación múltiple que debe superar las tensiones derivadas de los intereses corporativos y sectarios producidos en cada élite respectiva.

El elemento sustantivo que configura ese proceso identificador feminista es la acción práctica, los vínculos sociales, la experiencia relacional por oponerse a esa subordinación y avanzar en la igualdad y la emancipación de las mujeres. La identificación feminista deriva del proceso de superación de la desigualdad basada en la conformación de géneros jerarquizados.

Para formar el sujeto sociopolítico, el llamado movimiento social y cultural feminista, es relativa la condición de la pertenencia a un sexo, un género o una opción sexual determinada, aunque haya diferencias entre ellas. Lo importante, en este caso, no es la situación ‘objetiva’ estática y rígida, sino la experiencia vivida y percibida como injusta de una situación discriminatoria y la actitud solidaria y de cambio frente a ella.

Desde la sociología crítica la pertenencia e identificación colectivas se van formando a través de las relaciones sociales, sobre la base de una práctica social prolongada, una interacción relacional solidaria tras esos objetivos de libertad e igualdad. Es decir, **el hacerse e identificarse feminista es una conformación social, procesual e interactiva: supone comportamientos duraderos igualitarios-emancipadores y solidarios, interrelacionados con esa subjetividad. Es la experiencia vital, convenientemente interpretada, la participación en la pugna social y cultural en sentido amplio (incluyendo hábitos, estereotipos**

y costumbres además de subjetividad) frente a la desigualdad y la discriminación, la que va formando la identidad feminista, o cualquier otra de capas subalternas.

La pertenencia feminista

Explico algunos matices con la posición de la influyente feminista J. Butler, desarrollada en Antón (2020a). Su criterio de pertenencia al feminismo es inclusivo al considerar partícipes a todas las personas, incluido hombres, que se ‘aferran a las proposiciones básicas de libertad e igualdad’. Así se supera la interpretación biologicista y excluyente de que solo pueden ser feministas las mujeres. No obstante, es insuficiente por tener un sesgo idealista al poner el énfasis en lo discursivo, o sea, en las ideas o propuestas, con su sobrevaloración de su influencia en la formación de la identidad y el sujeto, posición típicamente posmoderna. Es una idea significativa que explica profusamente en sus libros. Es el marco conceptual común con la corriente posestructuralista que ella misma admite.

Veamos algunos enfoques implicados en esta controversia.

En primer lugar, sobre el concepto de sujeto ‘feminista’. Sujeto colectivo es un concepto fuerte, hegeliano y conectado a la identidad; está ligado a una posición activa, una participación colectiva e individual, una relación social o una práctica común, en este caso de capas populares subalternas, de carácter igualitario emancipador, frente a un grupo opresor. Supone una trayectoria duradera, no ocasional o solo discursiva, de reconocimiento público vínculos comunes, diferenciación grupal e interacción social frente a la discriminación.

En ese sentido, estar vinculado o sentirse perteneciente al movimiento feminista o en general al feminismo, en sus distintos niveles, es un indicador identitario o de pertenencia relacional, sociocultural y procesual: está conformándose ese sujeto colectivo que, en sus comienzos, es un simple actor, agente o movimiento.

En ese proceso influye la subjetividad, es decir, su conciencia, ideas, discursos y emociones. Pero el aspecto definitorio que destaco es el relacional: la oposición práctica a la dominación y la desigualdad de las mujeres y, en todo caso, el compromiso, privado y público, y la solidaridad activa de otras personas. La experiencia vital reclamada no es la vivencia de ser mujer (o varón o no binario), cuestión relevante en la identidad de género, sino la de participar en un proceso de superación de la subordinación que supone, aunque sea solo por solidaridad y con un papel secundario en el caso de los varones. Esa participación en una trayectoria relacional igualitaria-emancipadora de las mujeres es lo específico de la pertenencia al feminismo. En el sujeto de cambio feminista el protagonismo principal es de las propias mujeres, como las personas más afectadas, interpeladas y dispuestas.

Sin embargo, en segundo lugar, **‘mujer’ no es un sujeto en el sentido sociopolítico**: al igual que el individuo obrero o la persona de color no se hacen mecánicamente revolucionario anticapitalista o antirracista, la mujer (habría que hablar en plural, las mujeres) por el hecho de serlo y padecer discriminación no necesariamente se hacen feministas. Otra cosa es la conformación como género femenino (y masculino o no binario) o su identidad de género en pugna y condicionado por las estructuras sociales y de poder.

Diferenciar identidad de género de identidad feminista

Para definir la identidad feminista hay que considerar la dinámica relacional y las mediaciones sociopolítico-culturales-institucionales, ya que se produce una polarización de intereses y de poder específicos: feminismo frente a machismo (o patriarcalismo). En ese sentido hay una dicotomía más marcada o antagónica que en otros planos, como el del género y la opción sexual, porque expresa una actitud desigual, liberadora o dominadora, entre los dos polos.

Por tanto, desde criterios igualitarios-emancipadores el feminismo tiene una valoración ética y sociopolítica superior respecto del

machismo. Representa no solo unos intereses de parte sino que conlleva una actitud transformadora universalista, basada en los derechos humanos, para hacer personas iguales y libres. Aunque ambas son identidades, la feminista y la machista, son cualitativamente distintas, la primera por su sentido igualitario-emancipador y la segunda por su carácter opresivo-dominador. La primera es beneficiosa para el conjunto, tiene valores universales por la igualdad y la libertad. La segunda, perjudica a la gran mayoría e intenta reforzar las ventajas injustas de una parte y legitimar la desigualdad y la discriminación.

Se forma, mejor que se construye, la identificación feminista asociada a la superación relacional, no solo discursiva, de conciencia o de ideas, de la discriminación de las mujeres, de su estatus subalterno y desigual. No de todos los grupos oprimidos, eso sería un bloque popular transformador de conjunto, el llamado ‘pueblo’, unitario, convergente, múltiple, interseccional o superador (trans) de cada sector y movimiento específico. Estamos hablando de la especificidad del feminismo en cuanto a actor social o sujeto sociopolítico, aparte de corriente cultural.

El sujeto mujer, por sus rasgos biológicos o estructurales, es la versión esencialista o determinista que critico. Cierta élite tradicional (una parte socialista y alguna comunista), junto con algún sector radical o de la diferencia, quiere seguir monopolizando su representación institucional y académica y patrimonializar la capacidad sociopolítica de la nueva movilización feminista que la desborda. **Es el trasfondo del debate sobre quién es el sujeto feminista: legitimar su representación y estatus de privilegio institucional y mediático, impugnado por la movilización feminista de estos años y sus nuevas y heterogéneas élites asociativas y culturales que desafían su estatus.**

El sujeto feminista lo conforman las personas que acumulan una experiencia prolongada, o sea, un comportamiento duradero en favor de la igualdad y la libertad de las mujeres, contra la jerarquía ventajosa/desventajosa de los géneros como distribución desigual de estatus y poder. Es un significado más restrictivo por su mayor

identificación y actividad personal y colectiva que el de actor o el tener solo cierta conciencia feminista.

Carácter relacional del feminismo y realismo crítico

El movimiento feminista y sus procesos identificadores tienen motivos estructurales y sociohistóricos para afirmarse. En la configuración de un movimiento popular o un amplio sujeto transformador, la articulación de los diversos movimientos, corrientes, proyectos y temas es compleja. Está unida a una identificación múltiple con una dinámica mestiza e intercultural y un proyecto de conjunto o universal. Está acompañada por la experiencia histórica de no estar sometido a los intereses y demandas grupales e identitarios más relevantes (étnico-nacionales, de clase, de género, ecologistas...) junto con elementos más universales (derechos humanos, ciudadanía...) o representaciones unitarias, sociales y políticas.

El feminismo, como comportamiento y cultura igualitario-emancipadores contra la opresión femenina, tiene unas bases estructurales y sociohistóricas duraderas y específicas; y más allá de la convergencia en procesos democrático-populares, sujetos globales e identidades múltiples va a tener una fuerte autonomía e identificación propia, aunque sea un feminismo interseccional.

No se puede diluir en un proyecto difuso de exigencia de derechos indiferenciados. **No se puede difuminar bajo un discurso posfeminista sin arraigo popular. El no-sujeto colectivo, el individualismo radical e irrealista, sea liberal o postmoderno, no tiene futuro. El gran sujeto esencialista, tampoco. La activación feminista, en el marco de una amplia corriente social de progreso, tiene unas bases sólidas.**

El discurso postfeminista es ambiguo y tiene un carácter doble. Puede ser compatible con el feminismo si lo fortalece y añade un componente interseccional y unitario con otros procesos igualitario-emancipadores, en particular los movimientos LGTBI. Pero es

contraproducente para el feminismo una interpretación que, en defensa de un supuesto sujeto superador, lo diluya, infravalorando su papel sociopolítico y cultural contra la desigualdad de género. Es el pretexto utilizado de forma sesgada por la corriente socioliberal y excluyente que pretende apropiarse del feminismo para neutralizar su capacidad transformadora e igualitaria y aislar a la tendencia popular y crítica, impulsora principal de la nueva ola feminista.

El feminismo ha demostrado una gran capacidad expresiva, democrática y solidaria. La tarea progresista es su refuerzo como sujeto autónomo, en convergencia con otros procesos igualitario-emancipadores, sin dejarse arrebatar la bandera simbólica y la acción transformadora por la igualdad y la libertad de las mujeres en cuanto grupo social subordinado.

El feminismo tiene un carácter social o relacional, no solo cultural. Por tanto, pertenecen a él las personas que no solo proponen, piensan o sienten, sino que, sobre todo, interactúan por la libertad y la igualdad de las mujeres... y, en general, las personas que cuestionan los géneros como estructuras o categorías que ordenan y justifican la desigualdad y la dominación.

Por otra parte, para identificarse o pertenecer al feminismo es insuficiente hablar en general de personas que solo proclaman la igualdad y la libertad de cualquier grupo social subordinado, sean de clase social, antirracista o LGTBI, etc. El conjunto de su interacción por objetivos compartidos daría lugar a un movimiento global, llámese unidad popular, pueblo, ciudadanía, o sujeto transversal, anticapitalista o transfeminista. Puede existir un proceso complejo de interacción más o menos interseccional con otros grupos y movimientos sociales y con la esfera política e institucional. Pero estamos hablando, específicamente de feminismo, es decir, de una experiencia relacional vinculada a la acción contra la discriminación, dominación y desigualdad... de las mujeres en cuanto grupo social discriminado o subordinado.

A partir de esa diferenciación, de acuerdo con Butler, se pueden considerar aliados a los dos movimientos, el feminista y el LGTBI, donde se incluyen los grupos trans, con muchos objetivos comunes. Pero el feminismo tiene sus fundamentos propios y específicos. Su pertenencia o sus procesos y niveles identificadores derivan de la dimensión, duración y profundidad de esa experiencia relacional en cambiar las relaciones de dominación y desigualdad de las mujeres, junto con la correspondiente subjetividad igualitaria-emancipadora.

El enfoque posmoderno, muy diverso y contradictorio, tiene un hilo conductor: el idealismo discursivo. Es el efecto péndulo a los excesos estructuralistas, ya sea de determinismos económicos, institucionales o biológicos. Es más realista, multidimensional e interactiva la tradición crítica, sociohistórica, relacional y social que pretendo defender.

El realismo crítico es el mejor enfoque teórico frente a las dos grandes corrientes progresistas, además del socioliberalismo que se ha mezclado con ellas: estructuralismo, más o menos marxista-economicista, biologicista, institucionalista o étnico, y el posestructuralismo, más o menos voluntarista, culturalista e idealista. Ambas han sido hegemónicas en ciertas élites de los movimientos sociales y los grupos progresistas y de izquierda desde los años sesenta y setenta. Y hoy día, ante la nueva relevancia sociopolítica y cultural del feminismo, han entrado en aguda confrontación por hegemonizar su interpretación y representación. Ambas tendencias ideológicas, estructuralista y posmoderna, junto con el liberalismo (y componentes conservadores) se entrecruzan en el interior de las dos corrientes sociopolíticas feministas, transformadora (popular o de base) y socioliberal (elitista).

Esta tradición crítica, intermedia o superadora de las tres tendencias culturales dominantes, prioriza el papel transformador real del feminismo y pone el acento en la acción colectiva igualitario-emancipadora, sociohistórica y relacional. Se reinicia, en

entreguerras, a partir de A. Gramsci y la Escuela de Frankfurt, y se desarrolla con pensadores relevantes sobre los movimientos sociales y el cambio sociopolítico, como E. P. Thompson (1995, 1981, 1979 y 1977) y Ch. Tilly (2010, 2007 y 1991), sobre la teoría política, como Bob Jessop (2017), o sobre el feminismo, como Simone de Beauvoir (1998). Sigue teniendo unas bases teóricas y sociopolíticas más realistas y adecuadas a la nueva etapa de la protesta social y el cambio sociocultural e institucional, en particular con la conformación de las identidades y la configuración de los sujetos colectivos de las capas subalternas, especialmente el feminismo.

En definitiva, la identidad y el sujeto feministas no derivan automáticamente de los determinismos biológicos, el sexo mujer, o estructurales, la respuesta mecanicista a su posición subalterna y discriminatoria. Tampoco se construyen discursivamente. Los dos aspectos, realidad material y subjetividad, son significativos pero insuficientes; falta la mediación interactiva: la práctica social. **Los procesos identificadores progresistas se van formando a través de la experiencia relacional por la igualdad y la emancipación de los grupos y clases subordinadas frente a los grupos poderosos y dominadores (Antón, 2019a, 2015, 2013, 2009 y 2000; Thompson, 1977, 1979 y 1995; Tilly, 1991, 2007 y 2010).**

4.4 Identidades y sujetos feministas

Se ha configurado una dinámica basada en la indignación feminista ante una situación injusta, con una experiencia compartida y unos objetivos comunes igualitario-emancipadores. Hay distintos elementos diferenciadores y aspectos que se entrecruzan en los actuales debates feministas, con diferentes sensibilidades. Existen valores de fondo interconectados: igualdad, libertad, solidaridad. Y en las trayectorias de activación y participación cívica se han generado procesos identificadores entre las mujeres, de pertenencia colectiva y reconocimiento de sí mismas y respecto de los demás actores. Todo ello, en una difícil, compleja y reticular capacidad articuladora de la pluralidad existente, junto con el refuerzo unitario por exigencias comunes.

Es preciso evaluar aspectos más de fondo, como las tendencias sociopolíticas y culturales en conflicto y los fundamentos ideológico-políticos o discursivos, igualitario-emancipatorios o conservadores-discriminatorios, que laten en este proceso. E, igualmente, analizar las identificaciones colectivas y su configuración en identidades múltiples, así como explicar la conformación de un sujeto social y cultural, llamado movimiento feminista y su impacto transformador.

Todo ello añade complejidad e importancia al sentido de las distintas posiciones discursivas y de liderazgo, más ante una realidad organizativa fragmentaria. Esta diversidad confrontativa expresa un debate vivo y plural y, al mismo tiempo, actitudes hegemónicas, sectarias y no exentas de fanatismo. Aparte de los condicionamientos externos, la crispada pugna por la prevalencia de ideas y posiciones de influencia y liderazgo refleja los propios límites del feminismo, que lastran su consolidación como movimiento social y cultural.

Me centro en dos aspectos complementarios de fuerte densidad ideológica, no siempre bien interpretados: la identidad y el sujeto feminista.

La identificación feminista

Las identidades, frente a los esencialismos deterministas, se construyen social e históricamente; son diversas, variables y contingentes. La identidad, como pertenencia colectiva y reconocimiento público, tiene un anclaje en una realidad material, institucional y sociocultural, en su contexto histórico; encarna una dinámica sustantiva de las relaciones sociales. Las identidades se configuran a través de la acumulación de prácticas sociales continuadas, en un marco estructural y sociocultural determinado, que permiten la formación de un sentido de pertenencia colectiva a un grupo social diferenciado con unos objetivos compartidos.

Quiénes somos lo conforma, sobre todo, lo que hacemos, nuestro estatus y relaciones sociales, en los que se integra lo que fuimos, pensamos y sentimos, la subjetividad, y lo que deseamos: nuestros proyectos y aspiraciones. Resume un presente, no estático sino en marcha, condicionado por lo que fuimos, en el pasado, y lo que queremos ser, en el futuro.

La identidad feminista (que no femenina), como reconocimiento propio e identificación colectiva, está anclada en una realidad doble de subordinación considerada injusta y de experiencia relacional igualitaria-emancipadora. Por tanto, se combina y supera, por un lado, las dinámicas individualizadoras y, por otro lado, las pretensiones cosmopolitas, esencialistas e indiferenciadas. Son unilaterales los enfoques individualistas extremos, liberales, ácratas o postmodernos, así como las miradas totalizadoras o abstractas de un ser humano sin vínculos sociales ni identidad grupal. Las identidades colectivas (concepto de raíz hegeliana) no son ni buenas ni malas. Son imprescindibles, con su mayor o menor dimensión e interacción entre ellas, como expresión del estatus y el carácter individual y grupal. Su valoración depende de su contenido sustantivo y su función según el contexto sociohistórico y de acuerdo con los grandes valores republicanos de la igualdad, la libertad y la solidaridad.

El feminismo no persigue formar un nuevo grupo opresor (frente a los varones), como a veces afirman desde la derecha extrema. Busca la eliminación de los privilegios masculinos y de la estructura de poder patriarcal-capitalista para conformar personas libres e iguales. En ese sentido, el feminismo (las ideas, la identificación y la participación) y su carácter universal, se deben reafirmar y ampliar, no reducir o infravalorar.

Otra cosa es la conformación unitaria, común o interseccional de procesos, identificaciones y movilizaciones combinadas, junto con otras dinámicas igualitarias y liberadoras. Se pueden englobar o interconectar en iniciativas compartidas y, por tanto, generar identificaciones adicionales y complementarias. Así como interactuar con la pertenencia más general, como persona o ciudadana, a un ámbito global, como la propia humanidad y la cultura universal de los derechos humanos.

A veces las identidades (o los procesos identitarios) y su diversidad se oponen a dinámicas más generales, cívicas, nacionales o de clase. La tensión se recrudece cuando se adoptan en ambos casos posiciones esencialistas, determinista, totalizadoras o excluyentes. Pero, desde la lógica de la interseccionalidad, pueden ser complementarias en una interacción compleja y múltiple de las distintas esferas y trayectorias, muchas de las cuales afectan a las mismas personas. Las distintas categorías y su componente analítico sirven para diferenciar identificaciones parciales (de género, clase, étnico-nacional, opción sexual, edad...) pero siempre que haya una comprensión de su conexión de conjunto, incluso de sus efectos combinatorios en una identidad múltiple que no es exclusivamente su suma.

Por tanto, en la medida que se mantenga la desigualdad y la discriminación de las mujeres, sus causas estructurales, la conciencia de su carácter injusto y la persistencia de los obstáculos para su transformación, seguirá vigente la necesidad del feminismo, como pensamiento y acción específicos. Y su refuerzo asociativo e identitario, inclusivo y abierto, será imprescindible para fortalecer el sujeto sociopolítico y cultural llamado movimiento feminista y su capacidad

expresiva, articuladora y transformadora. No es tiempo de postfeminismo, sino de un amplio feminismo crítico, popular y transformador frente a la pasividad o la neutralidad en este conflicto igualitario-emancipador. Eso sí, con una perspectiva integradora y multidimensional que le haga converger con los demás procesos emancipatorios.

El sujeto (social o político) del feminismo no son el conjunto de las mujeres (y menos la Mujer con mayúsculas). Dicho de otro modo, las mujeres no son el sujeto del feminismo, y no todas se identifican con él. Igualmente, la gente trabajadora no es el sujeto político del socialismo, no adquiere automáticamente su identidad (o conciencia) de clase, con un soporte asociativo y relacional consistente; es un debate amplio en la teoría social desde el objetivismo mecanicista hasta el voluntarismo elitista. Yo opto por un enfoque social, relacional e histórico.

Así, he analizado el movimiento popular en España o las bases sociales y electorales de las fuerzas del cambio por su carácter progresista, un fuerte componente feminista y ecologista y una pertenencia a las izquierdas, con una identificación diversa y combinada de su cultura sociopolítica. Es todavía una corriente sociopolítica crítica y transformadora, con una cultura sociopolítica en formación, especialmente entre la gente joven, que se resiste a ser encajada en una definición compacta y un rasgo central que la homogeneice. La realidad no corresponde, a mi modo de ver, con la acepción tradicional de sujeto (político e histórico), en sentido fuerte, particularmente en su acepción más esencialista. Por mi parte, le doy un sentido débil (al igual que a la identidad), ya que interesa un análisis empírico, relacional y sociohistórico de sectores sociales concretos. Y en ese marco, configurado particularmente esta última década, se inserta el actual movimiento feminista o la presente ola de activación feminista.

Formación de actores y sujetos colectivos

Sujeto colectivo es otro concepto hegeliano, ligado inicialmente a la nación (y el pueblo soberano y la etnia) y extendido a la clase social (al movimiento obrero y popular) y luego a sectores sociales amplios y específicos (movimientos sociales como el feminista, el ecologista...). Presupone una identidad colectiva, unos vínculos entre sí y con una realidad similar, unos rasgos socioculturales comunes, incluido un relato interpretativo, y un proyecto transformador compartido. Todo ello con la pretensión y la capacidad para transformar la realidad.

Puede haber participación popular en movilizaciones y trayectorias compartidas, actores o agentes sociales y políticos, corrientes sociopolíticas y movimientos socioculturales o étnico-nacionales sin llegar a la categoría más estricta de sujeto. Lo que añade este concepto, sin llegar a su carácter fuerte o esencialista, es la experiencia compartida prolongada, con rasgos identificadores comunes y una cierta cohesión interna, en torno a un proceso liberador-igualitario (u opresivo-reaccionario) diferenciado del poder. Es una formación sociohistórica, alejada del esencialismo o determinismo étnico, biológico, económico, cultural, institucional o estructural. El sujeto (siguiendo a Beauvoir) se hace, no nace. La ausencia de sujetos colectivos (intermedios) refleja una sociedad atomizada e individualizada con un leve sentido de pertenencia global a la humanidad (o a un imperio-nación y su cosmopolitismo cultural).

Gran parte de las teorías deterministas, basadas en rasgos biológicos, sociodemográficos u 'objetivos' y justificadoras de un sujeto en sentido fuerte, compacto e inmutable, infravaloran el conjunto de mediaciones sociohistóricas e institucionales. No le dan suficiente importancia a las experiencias compartidas y las trayectorias comunes de los grupos humanos. Así, tiene relevancia la posición social interrelacionada con las dinámicas conductuales, culturales, interpretativas y motivacionales. Esas características relacionales y subjetivas conforman y modulan su estatus sociopolítico, su identificación colectiva.

Esos discursos esencialistas suelen ser medios de legitimación de una élite, más o menos autonombrada, para representar y liderar (o manipular y apropiarse) una base social específica, considerada receptora o pasiva. Delimitan su contorno y su estatus y expulsan de él a las personas competidoras o disidentes. No necesitan el tedioso proceso articulador e interactivo de la propia gente partícipe de esa configuración relacional, cultural y sociohistórica. Tiene que ver con una actitud elitista y prepotente y la falta de arraigo social.

Como decía, lo relevante es la práctica relacional acumulada ante una situación discriminatoria y con una finalidad igualitaria-emancipadora. No es una simple unidad propositiva o de demandas de derechos. Exige compartir problemáticas similares y experiencias reivindicativas y de apoyo mutuo comunes y prolongadas, vividas e interpretadas. El componente social de la interacción humana es el principal para forjar el reconocimiento y las pertenencias grupales e individuales y dar soporte a la acción colectiva. En ese sentido, hay varones feministas, es decir, solidarios con la causa feminista, que al igual que otras personas, participan en ese sujeto feminista (Serra, Garaizabal, Macaya, 2021).

Desde ese punto de vista, al igual que necesitamos más y mejor identificación feminista, precisamos más y mejores sujetos feministas; por supuesto, abiertos, plurales y en formación. En este caso, la identidad o el sujeto feminista, como partícipes de un proceso igualitario-emancipador, se diferencian de la identidad de género, que expresa la realidad diversa de las mujeres y sus específicos y variados estatus sociales y culturales.

Pero el concepto y la realidad de los sujetos colectivos es complementaria a los del sujeto individual. No obstante, se enfrenta a la versión del individualismo extremo, ahistórico, abstracto y libre de vínculos sociales, concebido como única realidad a la que se añade, cada mañana, el correspondiente traje o la máscara representadora de su estatus e imagen. Según esa posición individualista radical la pertenencia colectiva supondría una constricción a la libertad individual.

Es la idea unilateral de las versiones más rígidas del liberalismo y el pensamiento postmoderno que definen toda relación social e interpersonal como contraproducentes para la libertad individual y, por tanto, indeseable. Se rompe el contrato social y la cooperación; solo cabría la instrumentalización de lo colectivo y lo público en beneficio del individuo. La identificación colectiva no facilitaría o complementaría la acción y la personalidad individual, sino que sería su freno o su distorsión. Solo debería existir el individuo y el poder.

Pero el ser humano tiene un carácter doble, individual y social; la formación del sujeto está mediada por el conjunto de vínculos, instituciones y acciones colectivas. Su posición social, su comportamiento y sus costumbres en común, constituyen su perfil identificador y encauzan su participación en la exigencia de derechos, estatus y condiciones. Las ideas y aspiraciones, por sí solas, no son suficientes; necesitan encarnarse en una práctica colectiva, vivida, soñada e interpretada. Su interacción, duración y consistencia es lo que genera el actor que se constituye en sujeto.

En definitiva, el feminismo, con sus distintos niveles de identificación y pertenencia colectiva y su pluralidad de ideas y prioridades, es un movimiento social, una corriente cultural, un actor fundamental que, en una acepción débil, se puede considerar un sujeto sociopolítico en formación, inserto en una renovada corriente popular más amplia que califico de nuevo progresismo de izquierdas, con fuertes componentes ecologista y feminista.

4.5 Conclusiones. Identidades y formación de sujetos

En un libro reciente (Antón, 2021a), valoro diversas aportaciones teóricas de pensadoras feministas. Aquí parto de esa evaluación crítica y sintetizo las conclusiones teóricas de esta interacción entre procesos identificadores y formación de los sujetos feministas.

El tema de las identidades y su carácter no es nuevo; solo ha adquirido nuevas formas y otro lenguaje. Ahora, tiene más impacto por la disgregación de viejas identidades y la recomposición de otras nuevas, en el marco de la pugna sociopolítica y cultural por la prevalencia hegemónica de unos grupos sociales, con su estatus y privilegios de poder, frente a otros emergentes. La cuestión es que esos procesos de identificación sociopolítica (nacionales, reaccionarios, progresistas...) son diversos y ambivalentes y hay que analizarlos según su papel específico en un contexto determinado.

Desde Aristóteles los conflictos se han cubierto de la pugna entre lo particular y lo universal, el interés privado y el colectivo, el corporativismo de grupo y el interés general, lo local y lo global, o sea, entre la parte y el todo, definido como bien común desde la superioridad moral y política.

En la historia reciente, las fuerzas hegemónicas o que aspiraban a serlo han solido arrogarse la defensa de la universalidad (o transversalidad) respecto de la nación, la clase, el género o un grupo social. A las representaciones nacionales dominantes les molestaba la identidad de clase; las tendencias basadas en la identificación de clase (en la tradición socialista y comunista) consideraban problemática la identificación nacional, descalificada como divisiva.

Con los nuevos movimientos sociales, desde los años sesenta y setenta, las identificaciones parciales (feministas, ecologistas, étnico-culturales, de opción sexual...) eran consideradas por ambas tendencias, nacionalistas y clasistas, como distorsionadoras de su hegemonía basada en 'su' identidad central, la nación o la clase social. Esas

identificaciones parciales también se tildaban de identitarias, no subordinadas a las supuestas referencias de conjunto. La experiencia del feminismo ha sido amplia y compleja para conseguir reconocimiento, aun dentro de un proceso unitario y una identificación múltiple progresistas.

Las identificaciones grupales se miran con recelo frente a la pretensión homogeneizadora de la cohesión social y nacional. La diversidad se confronta a una unidad rígida. Por otra parte, desde el consenso liberal, con cierto cosmopolitismo y mucho individualismo, las élites dominantes recelan de movimientos grupales distorsionadores de los ejes participativos normalizados, el voto individual y las instituciones públicas que representarían un interés general a su medida.

Si a la tradición reivindicativa progresista de los nuevos (y viejos) movimientos sociales le sumamos las nuevas dinámicas conservadoras y reaccionarias, incluido las de extrema derecha, y los procesos nacionalistas, la temática de las identidades parciales se complejiza, ya que pueden tener un significado diferente, progresivo y regresivo, junto con posiciones distintas en los ejes comunitario-individualizador y democrático-autoritario.

Ante esa pluralidad de significados no valen dos afirmaciones extremas: desde un liberalismo radical, que las identidades (culturales) son ‘asesinas’ y hay que destruirlas (Amin Maalouf); o desde un nacional-populismo autoritario, que las identidades (nacionales) son imprescindibles y positivas y hay que reforzarlas (Carl Schmidt). **Hay que explicar el sentido de cada proceso identificador, así como su relación con los objetivos globales de la sociedad y, en especial, con los grandes valores de igualdad, libertad y solidaridad (y habría que añadir, democracia y laicismo).**

Por tanto, la polarización abstracta identidad / no identidad no es clarificadora. Y menos la calificación despectiva de identitario a todo reconocimiento grupal diferenciado de las tendencias hegemónicas, interpretadas por los dominadores del espacio colectivo; ni tampoco es

legítimo el seguidismo indiferenciado al consenso identificador dominante. El debate sobre la plurinacionalidad es significativo de ello.

Identidad particular y ciudadanía universal

El respeto al pluralismo y la regulación democrática de los conflictos debe ser la base de una convivencia intercultural. Las identidades parciales pueden conformar identidades múltiples, combinadas y abiertas, así como deben estar conectadas con una ciudadanía universal en cuanto ser humano.

Los distintos sujetos con aspiraciones hegemónicas y sus correspondientes teorías justificativas (desde el liberalismo hasta el socialismo, pasando por el nacionalismo o el populismo) siempre han querido legitimar su prevalencia en valores universales, aunque a menudo escondían intereses de grupo de poder o élite particular. Y la deslegitimación correspondiente contra demandas populares progresivas siempre se realizaba a través de la acusación de no defender el interés general (o del Estado), o sea, la estabilidad de la élite dominante desde el esquema del centro liberal.

Ello se completa en los modernos estados capitalistas con la prioridad, dentro de la ética liberal y más con la dinámica neoliberal, del beneficio propio como imperativo normativo para el comportamiento legítimo; es decir, el individualismo extremo que comparten versiones liberales y postmodernas, sin constricciones de pertenencias colectivas o intereses grupales. Al final, la realidad se conformaría por el individuo y el poder, y los grupos sociales intermedios serían disfuncionales o contraproducentes para la autoafirmación individual y la pertenencia al estatus hegemónico.

Pero, la caracterización ética (bueno o malo, igualitario o dominador) y la valoración política (progresivo o regresivo, autoritario o democrático), hay que realizarla por el papel específico de cada sujeto y proceso identificador en un contexto determinado. Las identificaciones personales y grupales, como la realidad social, son

diversas, complejas y ambivalentes. Hay que prevenirse de las descalificaciones simplistas y sumarias y posicionarse según el sentido de una determinada trayectoria.

Dicho de otro modo, la legitimidad de una lucha parcial o de un grupo social específico discriminado (clase, sexo, nación...) o con desventajas relativas, no solo debe explicar la justeza de su demanda por sus condiciones de subordinación sino por su vinculación con el interés común bajo los valores universales de igualdad, libertad y solidaridad, en el marco de una democracia pluralista. Así, la identidad nacional o étnico-cultural, la identidad de clase o la identidad feminista se deben vincular, aparte de su combinación en una identificación compleja y múltiple, con un proceso igualitario-emancipador del conjunto de la humanidad, es decir, con los derechos humanos y esos principios generales, elementos constitutivos de una ciudadanía civil y social, en cuanto ser humano.

La identificación expresa relación social y reconocimiento

Las personas no se pueden separar de su vínculo social, son relacionales. La identidad colectiva expresa las características vitales comunes y su reconocimiento público. La pertenencia e identificación a un movimiento social, como el feminismo, implica participación y cooperación, compartir experiencias y apoyo mutuo, no solo ideas. Esa práctica social solidaria es el componente clave para formar un sujeto social, particularmente progresista. Las capas subordinadas, a diferencia de las capas poderosas o privilegiadas, no se asientan en el dominio o control de significativas estructuras económicas e institucionales; necesitan de su participación democrática como mayorías sociales subalternas que expresan una fuerza social transformadora. Su acción colectiva y su subjetividad, su activación cívica, son la base de su formación como sujeto activo. La identidad colectiva se transforma en sujeto social. Sin identificación no hay proceso de emancipación colectiva.

La pertenencia a la humanidad es insuficiente para explicar las relaciones sociales y su vinculación con distintas pertenencias grupales y sus condiciones específicas. Por tanto, no tenerlas en cuenta es un ejercicio de escapismo de la realidad social, de impotencia para comprenderla y transformarla. Es caer en el idealismo discursivo inoperativo, de sobrevalorar la función constructiva de realidad sociopolítica a través de la difusión de ideas abstractas sin encarnar en una dinámica social concreta. O bien, permanecer en la adaptación acrítica respecto de los respectivos grupos de poder que imponen su particular visión e identificación de forma hegemónica, o sea, con apariencia universalista cuando son particularistas.

La identidad feminista clave para el sujeto feminista transformador

La ausencia de identificación colectiva dificulta la posibilidad de la conformación de un sujeto colectivo transformador de las relaciones desiguales y de poder y sus legitimaciones hegemónicas. Prescinde de la cooperación social y solo es funcional para la adaptación individual en una estructura social desigual. De ahí que la identidad feminista, como explico en el libro citado, sea fundamental para la transformación de la desigualdad de género y la conformación de personas libres e iguales.

No tiene sentido hablar de un feminismo más allá de la identidad... feminista. La propia Judith Butler se reafirma en el feminismo, no en el posfeminismo. Se puede decir que el sujeto feminista no lo forman exclusivamente las mujeres, ni todas ellas (por el solo hecho de ser biológica, estructural o libremente elegido mujeres), ni solo ellas (solo las que padecen discriminación). El aspecto principal de identificación feminista no es su base 'objetiva', de pertenencia a un sexo o un género determinado; en ese sentido el feminismo sí que está más allá de la identidad de género. Pero también es insuficiente el simple componente 'subjetivo' de tener conciencia o desear la igualdad; las ideas o las

emociones individuales son insuficientes para la construcción del feminismo como compromiso transformador.

Estos conceptos de pertenencia, identidad o sujeto tienen un carácter relacional y sociohistórico o procesual. El aspecto principal es el del comportamiento prolongado, las prácticas y vínculos sociales en relación con otros grupos sociales. En este caso, en la participación en los procesos igualitarios y de emancipación de la subordinación femenina y la discriminación derivada de la desigualdad de género.

O sea, se puede decir que para ser feminista no es imprescindible tener una identidad de género mujer (o varón o no binario), pero sí, valga la redundancia, ‘actuar’ de forma feminista, con criterios igualitario-emancipadores que es lo que define al feminismo. El feminismo es inclusivo de todas las personas participantes en ese proceso de liberación frente a la desigualdad de género y entre los géneros, por su superación como orden jerárquico discriminatorio. En ese sentido, es excluyente o crítico frente a comportamientos machistas; no es transversal sino dicotómico, enfrentado al machismo y el poder patriarcal-capitalista, aunque se produzcan situaciones intermedias.

La identidad, lo que somos, no deriva mecánicamente de nuestro sexo o las condiciones materiales, ni solo de nuestros deseos o proyectos. Quienes somos lo construimos a través de nuestra experiencia relacional, mediada por nuestra vivencia, interpretación y aspiraciones, y condicionado por nuestro estatus y las estructuras sociales y de poder. En ese sentido, tiene más que ver con lo que hacemos y con quién y cómo nos relacionamos; forma parte de la interacción humana, que genera reconocimiento y estatus diferenciados, base de la identificación personal y grupal.

Y como tal realidad, en la que se integran condiciones, relación social y subjetividad, de forma interactiva y procesual, las identidades, personales y grupales, pueden ser más o menos ambivalentes, abiertas, inclusivas, densas y múltiples y conectadas con el estatus y los derechos como ser humano. En el movimiento feminista y, en particular, en la presente ola feminista ha predominado la acción colectiva progresiva,

contra la violencia machista, por la igualdad social y de género y por la libertad para decidir las propias trayectorias vitales.

Existen, aparte del sector permanente de activistas, diversos niveles de identificación con el feminismo: más del 80% de la población es partidaria de la igualdad entre mujeres y hombres; más de la mitad (casi dos tercios de mujeres y un tercio de los varones) tienen conciencia feminista, y varios millones, mayoría mujeres, han participado en las actividades y movilizaciones feministas que, en sentido estricto constituirían el movimiento feminista, en cuanto sujeto social activo legitimado por los dos niveles anteriores. Pues bien, esos procesos identificatorios y participativos tienen un contenido igualitario-emancipador y, aun con sus luces y sombras, rigideces e insuficiencias, son progresivos y beneficiosos para la sociedad.

En conclusión, la identidad feminista es positiva y legítima no solo porque expresa un compromiso liberador de un grupo social discriminado sino porque está inscrita en un proceso igualitario-liberador de la humanidad. La activación feminista se enlaza con la articulación más amplia y compleja de un campo sociopolítico y cultural de progreso. La pertenencia al feminismo la da la interacción social frente al machismo como orden estructural, el comportamiento personal y colectivo frente a la desigualdad de género, reforzada por una subjetividad emancipadora. En ese sentido, hay que fortalecerla, no diluirla.

Bibliografía

AMORÓS, Celia (2008): *Mujeres e imaginarios de la globalización: reflexiones para una agenda teórica global del feminismo*. Buenos Aires, Homo sapiens ediciones.

— (2005): *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias para las luchas de las mujeres*. Madrid, Cátedra.

ANTÓN, Antonio (2021a): *Identidades feministas y teoría crítica*. Madrid, Dyskolo (3ª edición). Referencia web: https://drive.google.com/file/d/1TuUTb5PA_MaainPYF1g0VNUMeX5OiwMk/view

— (2021b): *Cambios en el Estado de bienestar*. Madrid, Rebelión.

— (2021c): *Desventajas de género y nueva ola feminista*. Comunicación al Encuentro Intercongresual del Comité de Investigación de Sociología del Género (julio 2021), en *Mientras Tanto* nº 203 (julio). Referencia web: <http://www.mientrastanto.org/boletin-203/ensayo/desventajas-de-genero-y-nueva-ola-feminista>

— (2020): *Feminismo crítico. Un enfoque relacional e igualitario*. Mauritius, Editorial Académica española.

— (2019a): *Clase, nación y populismo. Pensamiento crítico y estrategias políticas*. Madrid, Dyskolo.

— (2019b): “La base social de progreso (I): Joven, trabajadora y progresista”, en *Nueva Tribuna* (19/12). Referencia web: <https://www.nuevatribuna.es/articulo/actualidad/joven-trabajadora-progresista/20191219161837169323.html>

— (2019c): “La base social de progreso (II): progresista, feminista, ecologista y de izquierdas”, en *Nueva Tribuna* (28/12). Referencia web: <https://www.nuevatribuna.es/articulo/actualidad/base-social-progreso-progresista-feminista-ecologista-izquierdas/20191228090938169546.html>

— (2015): *Movimiento social y cambio político. Nuevos discursos*. Barcelona, UOC.

— (2013): *Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica*. Madrid, Sequitur.

- (2009): *Reestructuración del Estado de bienestar*. Madrid, Talasa.
- (2000): “Crisis del trabajo y ciudadanía social”, en A. Antón (coord.), *Trabajo, derechos sociales y globalización* (pp. 192-291). Madrid, Talasa.
- BEAUVOIR, Simone de (1998) [1949]: *El segundo sexo*. Madrid, Cátedra.
- BERNABÉ, Daniel (2018): *La trampa de la diversidad*. Madrid, Akal.
- BUTLER, Judith (2006): *Deshacer el género*. Madrid, Paidós.
- CONNELL, Raewyn y PEARSE, Rebecca (2018): *Género desde una perspectiva global*. Valencia, Universidad de Valencia.
- FOUCAULT, Michel (2005): *La hermenéutica del sujeto*. Madrid, Akal.
- FRASER, Nancy (2020): *Los talleres ocultos del capital: Un mapa para la izquierda*. Madrid, Traficantes de sueños.
- FRASER, Nancy y JAEGGI, Rahel (2019): *Capitalismo. Una conversación desde la teoría crítica*. Madrid, Morata.
- HEREDERO, Carmen (2019): *Género y coeducación*. Madrid, Morata.
- HILL, Patricia y BILGE, Sirma (2019): *Interseccionalidad*. Madrid, Morata.
- JESSOP, Bob (2017): *El Estado. Pasado, presente y futuro*. Madrid, Catarata.

- LACLAU, Ernesto (2013) [2005]: *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LEWIS, Holly (2020): *La política de todes. Feminismo, teoría queer y marxismo en la intersección*. Barcelona, Bellaterra.
- MAALOUF, Amin (1999): *Identidades asesinas*. Madrid, Alianza Editorial.
- MARTÍNEZ, María (2019): *Identidades en proceso. Una propuesta a partir del análisis de las movilizaciones feministas contemporáneas*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-CIS.
- PAZOS, María (2018): *Contra el patriarcado. Economía feminista para una sociedad justa y sostenible*. Pamplona, Katakarak.
- SEGAL, Lynne (1999): *¿Por qué el feminismo? Género, Psicología y Política*. London, Polity Press.
- SERRA, Clara (2018): *Leonas y zorras. Estrategias políticas feministas*. Madrid, Catarata.
- SERRA, Clara, GARAIZABAL, Cristina y MACAYA, Laura (coord.) (2021): *Alianza Rebeldes. Un feminismo más allá de la identidad*. Barcelona, Bellaterra.
- THOMPSON, Edward P. (1995): *Costumbres en común*. Barcelona, Crítica.
- (1981): *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica.

- (1979): *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona, Crítica.
 - (1977) [1963]: *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832* (tres tomos). Barcelona, Crítica.
- TILLY, Charles (2010) [2009]. *Los movimientos sociales, 1768-2008. De sus orígenes a Facebook*. Barcelona, Crítica.
- (2007) [2004]: *Contienda política y democracia en Europa 1650-2000*. Barcelona, Hacer.
 - (1991) [1984]: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid, Alianza.
- VALCÁRCEL, Amelia (2019): *Ahora, feminismo*. Madrid, Cátedra.

5. Debates sobre las izquierdas

Los debates sobre el carácter de las izquierdas o, si se quiere, sobre las fuerzas progresistas y alternativas, es recurrente desde el siglo XIX y, especialmente en las últimas décadas. Es inmenso el reto estratégico, político y teórico para afrontar las grandes transformaciones del capitalismo y los reequilibrios de fuerzas sociales y políticas y, sobre todo, para conformar un proceso transformador igualitario-emancipador. Se ha producido la crisis de la socialdemocracia con su giro centrista o de tercera vía, así como la de la izquierda comunista, tras el derrumbe del Este y el modelo soviético. Por otra parte, se han generado algunas dinámicas renovadoras, por la aparición de la llamada nueva izquierda y los nuevos movimientos sociales, ya en los años sesenta y setenta. En el marco de la crisis socioeconómica y la imposición prepotente de políticas neoliberales regresivas, muchas de ellas compartidas por los partidos socialistas en Europa, se han generado nuevas respuestas populares y democráticas de carácter progresivo. Se está reconfigurando la representación política de las izquierdas o el espacio violeta, verde y violeta, aparte de la temática de la plurinacionalidad o la crisis territorial. En este ensayo he reunido tres reflexiones sobre las izquierdas y la pugna cultural, sus perfiles estratégicos y teóricos y su impacto en sus identificaciones.

5.1 Izquierdas y guerras culturales

El tema del carácter de las izquierdas y sus guerras culturales es importante y vuelve a estar de actualidad. Está originado por su situación de crisis, su fragmentación y su desconcierto estratégico, así como por la disparidad de sus interpretaciones.

Una aproximación con muchas ideas interesantes es la Ignacio Sánchez-Cuenca (*Las guerras culturales de la izquierda*), uno de los sociólogos más significativos en España. Parto de ese diagnóstico común para avanzar en lo que considero más sustantivo: en qué sentido se debe promover su renovación para hacer frente a los retos del presente y futuro; por un lado, qué rasgos son válidos y necesitan una simple adecuación y, por otro lado, qué componentes son problemáticos y hay que superarlos.

Hay una primera dificultad sobre el propio concepto y expresión de izquierda. Sintéticamente, es un campo sociopolítico con varios criterios normativos y valores: relevancia de la igualdad social, garantía de la protección social y el Estado de bienestar, regulación del mercado con importancia de lo público, defensa de la democracia, las libertades y el pluralismo, solidaridad popular. Esos ejes, compartidos en la tradición de las izquierdas democráticas (socialdemócratas y eurocomunistas), no son exclusivos de las izquierdas ni todas han sido respetuosas con ellos, por ejemplo, existen prácticas burocrático-antipluralistas. Además cabe citar tres rasgos controvertidos en el encaje de estas corrientes que, aunque antiguas, han ido adquiriendo una nueva relevancia en la pugna social y cultural con distintas sensibilidades: la igualdad de género, la conciencia ecologista y la actitud antirracista y de solidaridad internacional.

A partir de esta posición básica compartida, me permito hacer unas observaciones con ánimo constructivo sobre varios problemas analíticos

y de enfoque, algunos vinculados a errores interpretativos de las ciencias sociales dominantes desde los años sesenta y setenta. Me refiero a la clasificación dicotómica de tendencias y valores materialistas y postmaterialistas, derivado de la sociología anglosajona o, en la tradición francesa, la polarización entre posiciones estructuralistas y posestructuralistas (o posmodernas). Solamente cito a un sociólogo prestigioso, el francés Alain Touraine, cuyos límites interpretativos, en el marco de la crisis social actual, señalan el techo de la sociología convencional, tal como explico en el libro “Movimiento popular y cambio político. Nuevos discursos” (2015).

Primero, ¿por qué se asocia al movimiento ecologista, el antirracista o el feminista como culturales o postmaterialistas? Su acción colectiva se fundamenta, en el caso del primero, en transformar las estructuras productivas, vitales y de consumo que amenazan la sostenibilidad (física y material, incluido su habitabilidad) del planeta y, en el caso de los otros dos, en la desigualdad de estatus derivada de la raza o grupo étnico y del género, o sea, combaten las desventajas relacionales, distributivas y de poder de las mujeres y grupos subordinados. Por no citar otros problemas de actualidad vinculados a la ‘seguridad social’, como las demandas sobre la vivienda, la protección pública, la sanidad, la educación, lo laboral (paro/ERTES/precariedad), la fiscalidad y las pensiones.

En todos ellos se combina lo distributivo y la seguridad vital con la cultura (popular) de la justicia social y el deseo de un estilo de vida libre y decente. Existe una interacción ‘social’ entre lo material y lo cultural de la gente, y la ‘agencia’ es fundamental. El cambio de mentalidades y costumbres es muy importante, pero también las transformaciones estructurales e institucionales. En esta modernidad tardía existe un reajuste de la combinación entre procesos de individualización y relaciones comunes, de cuidados o solidarias, entre identificaciones colectivas parciales, interseccionales o múltiples y valores universales o cívicos.

Segundo, ese esquema interpretativo material/postmaterial tampoco vale para valorar el proceso de protesta social simbolizado por el [movimiento 15-M](#) o la conformación de Unidas Podemos y sus confluencias, aliados y afines... incluso el propio [sanchismo](#), con su reafirmación socialista ante la derecha y a favor de la alianza con UP y el bloque de la investidura y aun con sus inconsistencias estratégicas y teóricas.

Elementos fundamentales de esta década para las izquierdas y el cambio de progreso han sido la justicia social, la democratización, el cambio de sistema de representación política, la plurinacionalidad y la cuestión territorial o la formación de instituciones gobernadas por una coalición progresista. Todas esas transformaciones han tenido un gran componente subjetivo, de conciencia cívica y clima sociocultural y ético, pero no son (solo) culturales: afectan a reajustes distributivos, de relaciones de fuerza y de poder, que las derechas se encargan de recordar con su oposición visceral.

Las cuestiones ‘materiales’ son ‘sociales’, con un componente importante económico-laboral y de bienestar público, que el CIS no deja de confirmar como la preocupación principal de la sociedad. Dando un paso interpretativo podemos afirmar que lo que subyace a esa realidad inmediata es una desigual relación social y de poder que es lo que se difumina en la dicotomía material/postmaterial. Y valorar esa desventajosa relación social es la clave para articular la interacción entre las dinámicas sociales y las condiciones socioeconómicas, las estructuras sociales y de poder y las expresiones culturales.

Ambos campos, empleo-economía y Estado de bienestar, son ‘materiales’ u objetivos, conectados con lo cultural, con la subjetividad, incluida la ética de la justicia social y democrática. La conexión necesaria para una alternativa es una identificación igualitaria-liberadora del grupo subordinado específico y del conjunto de gente subalterna. Pero esa identidad, tal como detallo en “[Identidades feministas y teoría crítica](#)”, no es solo cultural, es relacional; o sea, es

reconocimiento público y práctica social para transformar el estatus desigual en las estructuras sociales. Aunque no todas desigualdades sean directamente económico-distributivas, tienen implicaciones según la clase social, el sexo, la etnia-raza...

Tercero, desde el punto de vista del análisis de clase, también hay que afinar. La mayoría de las élites de esos nuevos movimientos sociales (al igual que del movimiento sindical con el estatus de su alta burocracia), e incluido formaciones políticas como Unidas Podemos (y todos los partidos y la mayoría de las organizaciones sociales), SÍ son de clase media profesional, más o menos acomodada y muchas veces solo aspirante. Pero no lo son sus bases sociales, cuya mayoría es de clases trabajadoras. **O sea, hay una variada composición interclasista (popular) en los movimientos sociales y fuerzas progresistas, y es preciso un análisis sociohistórico y relacional**, tal como detallo en [“Cambios en el Estado de bienestar”](#).

Por tanto, una vez ajustado el análisis quedaría la dinámica convergente, el proyecto común y la necesaria renovación o innovación. Es el reto de las representaciones progresistas y de izquierdas y su intelectualidad, sin caer en el economicismo de cierta izquierda ni en el culturalismo de otros sectores posmodernos. Pero la solución no viene por simple adaptación socioliberal como ha hecho la mayoría de la socialdemocracia europea, factor relevante de su crisis. En ese sentido, hay que destacar su carácter ambivalente, es decir, su pertenencia a la izquierda (sobre todo su base militante y electoral) y su vinculación con los grupos de poder (parte de su aparato institucional). Ese carácter doble de la socialdemocracia y las estrategias centristas o de tercera vía son factores explicativos de las dificultades para articular una apuesta unitaria y firme entre las izquierdas.

En definitiva, hay que integrar con diálogo y realismo todas las energías sociales progresistas de las capas populares en una articulación compleja y plural, en lo que defino como [‘nuevo progresismo de izquierdas’](#), de fuerte componente social, ecologista y feminista. Y superar el economicismo determinista o materialismo vulgar y el

culturalismo o idealismo discursivo, ambos todavía persistentes, al igual que la vía centrista liberal. Hay que investigar desde la teoría crítica, así como promover la activación cívica y elaborar una estrategia política transformadora para una alternativa, sociopolítica y cultural, igualitario-emancipadora. Es lo que necesitan las izquierdas y los sectores progresistas.

5.2 Hacia un espacio feminista, ecologista y de izquierdas

En el apartado anterior he abordado la emergencia de los nuevos movimientos sociales y las controversias culturales para la renovación y/o superación de las izquierdas. Ahora me centro en la configuración de una nueva dinámica sociopolítica diferenciada de la socialdemocracia dominante, así como en las características de los tres componentes fundamentales, aparte de la plurinacionalidad y la democratización, que tiene este nuevo proceso en el campo social progresivo, feminista, ecologista y social, y su articulación en un espacio político transformador.

Nueva dinámica sociopolítica

Aunque hay precedentes históricos, podemos situar la emergencia de una nueva izquierda social en los años sesenta y setenta del pasado siglo (mayo francés —1968—, otoño caliente italiano —1969—,

transición democrática en España, pacifismo estadounidense...), con los llamados nuevos movimientos sociales (feministas y ecologistas, pero también pacifistas, LGTBI, antirracistas o de solidaridad internacional...) y el impulso o readecuación de los viejos movimientos populares (sindicales, vecinales...), ambos tipos con una significativa renovación cultural y democrática.

Sus trayectorias tienen sus altibajos en las décadas siguientes, hasta el nuevo proceso de protesta social, conocido simbólicamente como movimiento 15-M (2010/2014), con el desarrollo de la activación cívica masiva por la democratización y la justicia social, o sea, frente a las políticas de austeridad y recortes sociales y laborales y las dinámicas prepotentes de las élites gobernantes en la gestión de la crisis socioeconómica e institucional en esos años.

La expresión pública de ese gran proceso de protesta cívica tuvo dos niveles de implicación. Un sector activo de varios millones, con la particularidad de su persistencia y su firmeza reivindicativa, con claridad sobre los adversarios (los poderosos o poder establecido, donde se incluyó al gobierno socialista de Zapatero) y diferenciado del campo propio (la gente popular, los de abajo). Así mismo, demostró su creatividad expresiva en torno a esas ideas fuerza, de más democracia y justicia social. Y obtuvo un nivel muy alto de legitimidad (entre el 60% y el 80%) a su indignación y sus demandas básicas contra la gestión institucional regresiva y por la exigencia de cambios democráticos y sociales reales.

La experiencia de la acción popular progresiva en ese lustro de 2010/2014 tenía tres características: adversarios poderosos claros pero con una gestión antisocial y poco democrática que les restaba credibilidad popular; amplios procesos participativos, con gran cobertura de legitimidad ciudadana de sus objetivos transformadores, y una articulación asociativa de nuevos liderazgos sociales, sobre todo juveniles. Esa conjunción fue lo que conformó las bases sociales del espacio de cambio de progreso, transversal en su contenido reivindicativo y democrático. Se situaba claramente a

la izquierda del aparato socialista que practicaba en ese momento el neoliberalismo prepotente con retórica de centrismo liberal, y solo con su fuerte desgaste electoral esos años ha iniciado cierta recomposición de la mano de un sanchismo más firme ante las derechas.

En particular, ya he mencionado el fuerte componente social (o rojo) del movimiento 15-M y el propio movimiento feminista, a los que habría que añadir las movilizaciones sectoriales o parciales como las mareas (enseñanza, sanidad...), la acción contra los desahucios o las movilizaciones de pensionistas. Aparte de diversos conflictos laborales locales, en los grandes procesos de huelgas generales de los años 2010 y 2012, promovidas por las organizaciones sindicales contra los recortes sociales y laborales, participaron en torno a un tercio de la población asalariada, entre cuatro y cinco millones de personas, aunque siguiendo con la diferenciación anterior, en torno a dos tercios de la población compartía la oposición a los ajustes regresivos y las políticas de austeridad y defendían los derechos sociales y una fiscalidad progresiva.

Esa amplia ciudadanía crítica y activa, de entre seis y siete millones de personas, conformada en esos años, todavía tenía una orfandad representativa en el ámbito político-institucional, así como sus propios límites de incapacidad articuladora prolongada, con cohesión discursiva y organizativa. Pero ese campo social ya tuvo una influencia electoral proporcionada a esa cantidad en las elecciones generales de diciembre de 2011. Aparte del ligero ascenso de Izquierda Unida, el principal impacto se produjo en forma de ‘desafección’ de una gran parte del electorado socialista (más de cuatro millones) que se fue hacia la abstención, desde una crítica progresista o de izquierdas a su gestión y que solo ha recuperado parcialmente con la renovación sanchista a partir de 2018.

La paradoja fue que el sistema institucional viró hacia la mayoría parlamentaria del Partido Popular, es decir, más hacia la derecha dura que enseguida practicó el Gobierno de Rajoy, mientras se había producido la mayor movilización progresista y el desplazamiento crítico

hacia la izquierda. Sin embargo, esa corriente social indignada necesitaba madurar en el plano político y, dada la ausencia de una élite política suficientemente creíble y representativa, no pudo superar su carácter reactivo y cristalizar en una representación del cambio de progreso.

Es lo que acertó a resolver Podemos, como fuerza prevalente de ese nuevo espacio, y sus convergencias y aliados. A ello se sumó Izquierda Unida tras la cruda realidad de su fracaso en las elecciones autonómicas y generales de 2015, que con realismo y renovación de su liderazgo pasó a conformar el espacio unitario de forma equilibrada partiendo de la evidencia empírica de su menor representatividad electoral.

Por tanto, a todo este conglomerado político de fuerzas del cambio de progreso lo podemos llamar una izquierda nueva y transformadora, vinculada a una amplia izquierda social o campo progresista, aunque es distinta a otras expresiones históricas de nueva izquierda. En ese sentido, hay que admitir la necesidad de la ‘resignificación’ de la izquierda (Chantal Mouffe), aunque no desde el idealismo discursivo sino desde el realismo crítico y un enfoque sociohistórico. Además, se debe diferenciar de las tendencias centristas o de tercera vía dominantes en la socialdemocracia europea y, sobre todo, reformular sus características ante la nueva etapa histórica en la que hemos entrado, partiendo de la multidimensional experiencia popular (E. P. Thompson).

El espacio violeta, verde y rojo

Esos tres colores simbolizan tendencias sociopolíticas y culturales específicas de la población de carácter feminista y ecologista, con fuerte componente social, en lo que vengo llamando nuevo progresismo de izquierdas. Aunque tenga elementos transversales, ideológico-culturales y de composición sociodemográfica, ese espacio se diferencia del centrismo liberal, así como de la vieja izquierda economicista, está confrontado a las inercias conservadoras y de derechas y tiene unos

rasgos democráticos y populares. Su combinación expresa un campo sociopolítico diferenciado de la socialdemocracia, y supone una renovación y superación de las izquierdas tradicionales. Se trata de una nueva y pujante corriente sociocultural y/o político-electoral de carácter progresivo y democrático.

Dejo al margen otras dinámicas participativas, también con apoyos populares, pero que son de carácter nacionalista (en particular el *proceso* catalán), o bien, de tipo conservador y reaccionario. Me centro en esa activación social progresista, con sentidos de pertenencia específicas, que se combinan en intersecciones múltiples y con una identificación sociopolítica e ideológica predominante de izquierdas.

Según detallo en el libro “[Cambios en el Estado de bienestar](#)” (2021), con datos del CIS y para dos opciones preferentes, el 47,4% del electorado de Unidas Podemos se define como feminista o ecologista y solo del 19,5% en el caso del Partido Socialista; es decir una diferencia de casi treinta puntos. La otra mayor opción complementaria es definirse progresista (39,6%) en el caso del primero y socialista/socialdemócrata (69,7%) en el caso del segundo. Sin embargo, respecto de su autoidentificación ideológica, y de forma compatible con las anteriores pertenencias colectivas, la gran mayoría de ambos electorados se consideran de izquierdas: 87% en Unidas Podemos (92% para En Comú Podem), y 68% en el PSOE, aunque en el caso del primero tiene más peso el segmento de izquierda transformadora y en el del segundo el de izquierda moderada.

Pero según los datos del CIS sobre las [recientes elecciones en la Comunidad de Madrid](#), tenemos los siguientes resultados sobre la autoubicación ideológica del electorado en el eje izquierda/derecha (en la escala hasta 1-10); selecciono las tres principales fuerzas progresistas, Partido Socialista, Unidas Podemos y Más Madrid, de especial relevancia en esta región.

En esta escala el centro puro es 5,5; es decir, se considera izquierda los segmentos que hay por debajo de ese punto y derecha los que están por encima. Así, acumulados los cinco primeros (1 a 5) la suma de la

identificación de izquierda es: PSOE, 89,6%; MM, 96,6%, y UP, 97%. Pero, incluso, si no contamos el segmento cinco del llamado centroizquierda (o izquierda moderada), que en el contexto actual supone un centro ideológico ambivalente, tenemos que el sentido nítido de pertenencia a la izquierda sigue siendo ampliamente mayoritario en sus electorados respectivos: 70,9%; 85,2%, y 92,8%.

Significa dos cosas, especialmente en las dos fuerzas del cambio de progreso. Una, en sus electorados no hay apenas transversalidad ideológica; se definen claramente en este eje político-ideológico por su identificación de izquierdas, y apenas tienen electorado de centro derecha (7,5%, 2,9% y 2,3%), con un escaso *No sabe/No contesta* (3%, 0,6% y 0,7%). Dos, esa pertenencia de izquierdas la hacen compatible con una actitud feminista, ecologista y progresista, en una combinación mixta.

Por tanto, esos electorados tienen un perfil sociopolítico múltiple, que he definido como violeta, verde y rojo. Dicho de otra forma, esos tres rasgos son complementarios en una izquierda nueva y transformadora, aunque tengan sus dinámicas específicas y sus equilibrios e intersecciones entre ellas en el plano social, o bien, distintas prioridades en su combinación y su representación en el plano político e institucional.

O sea, **la gran mayoría de las personas autodefinidas ecologistas o feministas se identifican con las izquierdas, siendo compatible y mayoritaria la triple pertenencia, particularmente en UP.** Sin embargo, hay personas de ambos grupos, violeta y verde, que se autoubican en el centro liberal (incluso en el neoliberalismo), al igual que ante el conflicto socioeconómico en que algunos segmentos prefieren la tercera vía socioliberal o centrista (rosa, mejor que rojo). **Ello significa que la actitud feminista y medioambientalista, así como la demanda socioeconómica popular, solo es transversal parcialmente en el eje izquierda/derecha, y que en el sentido sociopolítico e ideológico, especialmente la gente joven,**

mayoritariamente participan de esa amplia corriente multidimensional del nuevo progresismo de izquierdas.

Lo violeta expresa una conciencia y actitud feministas, con la que se identifica la mitad de la sociedad, especialmente joven y con un sesgo de género: cerca de dos tercios de mujeres y un tercio de los varones; aunque una posición favorable a la igualdad relacional y de estatus entre mujeres y hombres la avala en torno al 80% del conjunto, es decir, solo el 20% mantendría posiciones conservadoras machistas que legitiman los privilegios de los hombres. La actual cuarta ola feminista, con una amplia participación cívica desde 2018 que se puede cifrar en unos cuatro millones de personas -mayoría mujeres-, se ha activado contra la violencia machista y la desigualdad de género; expresa la firmeza y masividad de un feminismo transformador de las desventajas de las mujeres y, en general, de las personas discriminadas por su opción sexual y de género.

Lo verde representa la preocupación por la conservación del medio ambiente que es superior al 70% (hasta el 90% por el cambio climático). En este caso, aparte de algunas movilizaciones masivas ocasionales y de una mayor cultura medioambiental y un comportamiento individual más cuidadoso, predominan múltiples actividades locales y descentralizadas, aunque existan varias organizaciones ecologistas de ámbito estatal (e internacional). La conciencia ecologista también es muy mayoritaria, particularmente entre gente joven.

Lo rojo se refiere, fundamentalmente, a la justicia social, ya significativa desde el siglo XIX y referencia clásica para las izquierdas. La nueva cuestión social, en sentido amplio, ha adquirido gran relevancia, especialmente, tras la crisis socioeconómica de 2008 y la derivada de la actual crisis sanitaria. Las exigencias de empleo decente y protección social, incluido el sistema público de pensiones, sanitario y de cuidados, y frente a la precariedad laboral, vital y habitacional, son avaladas hasta por el 80% de la población. Las demandas sociales de servicios públicos, la acción contra la pobreza y la desigualdad y una

mayor fiscalidad progresiva, es decir, un modelo social avanzado con garantías de un Estado de bienestar suficiente está avalado por dos tercios de la población.

Espacio social y articulación política

Conviene distinguir entre formación de un espacio sociopolítico y la articulación político-institucional de su representación a través de las formaciones partidistas. Interactuando entre ambas está el comportamiento electoral de sus respectivas bases sociales, con sus desplazamientos y fluctuaciones.

Para explicar las tendencias sociopolíticas de fondo conviene diferenciar también dos planos del nivel de implicación en la acción colectiva: uno, el de la participación activa con cierto sentido de pertenencia a un movimiento social, con sus repertorios de acción, sus objetivos y sus referencias expresivas y representativas, incluido la vinculación con el amplio y fragmentado tejido asociativo y de voluntariado social; dos, la vinculación con sectores más amplios que legitiman y avalan a ese sector activo, pero sin una involucración directa en los procesos de movilización social y con una definición partidista más abierta y ambivalente.

Pues bien, para hacerse una idea comparativa, tenemos dos niveles que interactúan entre ellos: uno, el nivel más restringido que apenas llega a un 20% de la población adulta (algo más si descontamos la mayoría de las personas mayores de 65 años, más pasivas), en los momentos más participativos y favorables; dos, el nivel más amplio que avala la acción colectiva del anterior y comparte muchos de sus objetivos y demandas, y que llega a los dos tercios, o sea acumula casi la mitad intermedia al sector más activo. Es el campo progresista en este plano de lo social, de legitimidad popular de las demandas inmediatas de seguridad y bienestar públicos, junto con las garantías básicas de democracia participativa e institucional.

Traspasado al ámbito político ese doble nivel participativo en lo social se mezcla con otros intereses y la credibilidad de cada representación política, y da lugar a una tendencia transformadora y otra moderada, referencias de las bases sociales de las fuerzas del cambio y las del Partido Socialista. Veamos algunas particularidades de esa interacción.

El espacio político-electoral violeta, verde y rojo, con su carácter transformador de las relaciones sociales y no solo cultural, se fue reafirmando en ese primer lustro de experiencia cívica y democrática a gran escala. Se diferenciaba del aparato institucional socialista y sus políticas centristas y se confrontaba abiertamente con las dinámicas reaccionarias, autoritarias y corruptas de las derechas. Por tanto, su experiencia básica fue doble: por un lado, de oposición (o resiliencia) a una gestión regresiva en lo social y lo democrático, así como a un simple continuismo socioeconómico e institucional; por otro lado, de defensa de un proyecto fuerte de cambio de progreso con sus ideas clave de más democracia y justicia social, con gran capacidad expresiva y de legitimidad, aunque difuso en su concreción e inconsistente en su articulación organizativa.

Dicho de otra forma: en el siguiente lustro, Podemos (y su liderazgo) se encontró con la existencia de ese espacio popular, prácticamente formado. No lo construyó, sino que consiguió erigirse como su representación política y lo consolidó como corriente político-institucional reformadora. Es el motivo de su acoso visceral por las derechas y sus instrumentos mediáticos y diversos grupos fácticos.

Utilizando una metáfora, la configuración de esa ‘marea’ (olas o corrientes) se produjo por la confluencia de esos factores sociohistóricos, estructurales, culturales y asociativos. El mérito de la dirigencia de las fuerzas del cambio fue construir una representación político institucional, con una vinculación simbólica y discursiva con ese campo social, que facilitaron su expresión electoral y luego institucional.

Siguiendo con la metáfora, su liderazgo no construyó el ‘pueblo’, sino su representación, una tabla de surf adecuada para instalar unos buenos surfistas (la estructura superior del conglomerado) que consolidasen y representasen ese campo sociopolítico (la marea). Debía expresar las profundas señas de identidad de su experiencia crítica y sus demandas de transformación sustantiva, así como su continuidad en el ámbito institucional. El modelo de partido se concentraba en esa función representativa y discursiva, cuya insuficiencia, aun con sus aciertos estratégicos, es más notoria cuando se trata de impulsar la activación cívica desde el arraigo popular de base y la articulación compleja de múltiples élites asociativas y sensibilidades político-culturales que requieren una actitud integradora, de respeto y regulación del pluralismo y un debate más abierto, profundo y plural.

No obstante, la marea social, con su acción colectiva autónoma, se ha debilitado (salvo con la cuarta ola feminista), entre otros factores estructurales, por la recomposición y ofensiva del poder establecido, la mayor competencia por la relativa renovación del Partido Socialista y las divisiones y limitaciones propias. **Nos encontramos con la actual fase de perplejidad y búsqueda de alternativas de recomposición y refuerzo de ese espacio en los dos planos: en el ámbito sociopolítico y cultural, con la correspondiente activación cívica y sindical, y en el de la articulación de la representación político-institucional, con la experiencia de las tensiones acumuladas. La reflexión es doble, porque la solución viene del acierto y la interacción de ambas dinámicas.**

En definitiva, ahora que se ha culminado la IV Asamblea Ciudadana de Podemos y se inician nuevos liderazgos, permanece el reto colectivo, junto con los Comunes, Izquierda Unida y el conjunto de fuerzas del cambio, incluido Más País-Compromís, de cómo ampliar el espacio violeta, verde y rojo y avanzar en su articulación unitaria. Habrá que volver sobre cómo se expresa esa dinámica y su orientación, con la vista puesta en los procesos electorales de 2023, el proyecto de país a desarrollar y el carácter de la siguiente legislatura.

5.3 Ambivalencia de las identidades

El tema de las identidades ha cobrado una nueva relevancia, con nuevas formas y lenguajes, por las grandes transformaciones de las viejas identidades y la reconfiguración de otras nuevas. Se produce en el marco de la pugna sociopolítica y cultural por la prevalencia hegemónica de unos grupos sociales, con su estatus y privilegios de poder, frente a otros emergentes. En particular, se trata de la pugna representativa y de legitimidad entre élites tradicionales y nuevos liderazgos, así como en qué sentido hay una renovación y fortalecimiento de las fuerzas progresistas o de izquierdas frente a la involución conservadora que se reafirma en sus propios procesos identitarios.

La cuestión es que esos procesos de identificación sociopolítica (nacionales, étnicos-culturales, de clase social, sexo...) son diversos y ambivalentes (reaccionarios y progresistas, machistas y feministas...), así como más o menos densos o fluidos e integradores o excluyentes. Por tanto, no todas las identidades colectivas son iguales y hay que analizarlas según su papel específico en un contexto determinado y desde referencias universalistas de una ciudadanía libre e igual o la ética de los derechos humanos.

El vivo debate suscitado en torno a la novela 'Feria', de **Ana Iris Simón**, es sintomático del entrecruzamiento de las distintas identificaciones y su contradictorio sentido sociopolítico y cultural. Es muy variada la interrelación de tendencias y movimientos sociales, así como de identidades, pertenencias colectivas, autopercepción ideológica o perfiles sociopolíticos a la hora de conformar sujetos transformadores.

En la sección anterior he expuesto una aproximación de carácter estratégico y en un reciente ensayo, '[Desventajas de género y nueva ola feminista](#)', una aportación de tipo teórico sobre las identidades

colectivas. Aquí complemento la reflexión con unos comentarios a raíz de una aportación del sociólogo Jorge Lago, *Identidad y reacción*, que tiene interés para debatir. Su contenido critica a lo que denomina vieja izquierda esencialista y cierta fragmentación posmoderna y defiende un sujeto superador de ambas tendencias, aunque no evalúa la versión socioliberal. Expongo algunos problemas y valoraciones desde la sociología crítica.

El enfoque teórico es unilateral y se basa en el idealismo discursivo, aun con cierta aproximación realista al recalcar la importancia de la acción humana: Lo que construye y unifica la dinámica sociopolítica sería el proyecto, las ideas y emociones que conceptualiza como 'horizonte', que se convierte en la tarea primordial para las fuerzas progresistas y referencia diferenciadora.

No valora lo fundamental de un enfoque realista y crítico: priorizar la experiencia relacional popular con su interpretación, las relaciones de fuerza social, incluido sus capacidades asociativas y comunicativas. Esa realidad no es esencialista ni previa a la política. Es el nexos para desarrollar interacciones sociopolíticas y estrategias universalistas igualitarias-emancipadoras, con procesos identificatorios múltiples e interseccionales que conforman el sujeto liberador: un proceso unitario superador de las identidades parciales y fragmentarias, en este caso, de carácter progresivo.

Es adecuado combatir la naturalización o legitimación de la realidad social (desigualdad...), pero es problemático ver la dinámica sociopolítica como inerte y que solo se activa por la subjetividad de un liderazgo. Esa separación sociedad/cultura, sin una buena interacción, lleva al materialismo vulgar (determinista) o al culturalismo (con la prevalencia articuladora de las ideas), ambos unilaterales. Además, esa prevalencia de lo discursivo (de una élite) lleva a infravalorar las dinámicas sociales y el imprescindible arraigo popular de su representación política e intelectual, condición fundamental para fortalecer las opciones de progreso. En la experiencia relacional se

combinan condiciones sociales, prácticas sociopolíticas y culturales, demandas transformadoras y proyectos de cambio.

Por otra parte, hay que diferenciar la identidad de un sector social por sus características sociodemográficas o estructurales (por ejemplo las clases trabajadoras o las mujeres) de la identidad como agente o sujeto activo de un proceso igualitario emancipador (por ejemplo, el movimiento obrero o sindical y el feminismo). Las identidades colectivas (progresivas, integradoras y pluralistas) no necesariamente restringen los procesos transformadores colectivos y el desarrollo individual sino que constituyen una condición social y una expresión de experiencia relacional. Conforman la activación cívica que favorece ambas trayectorias.

No todas las identidades son reaccionarias, las hay progresistas, y también neutras desde el punto de vista ideológico o ético. Es decir, como característica grupal de unos rasgos compartidos y reconocimiento público de su estatus, las identidades colectivas reflejan la diversidad de los distintos grupos sociales y la ambivalencia de su sentido sociopolítico y cultural.

El feminismo como identificación con unos procesos liberadores contra la opresión y la discriminación y unos objetivos igualitarios es una dinámica progresiva y positiva; el machismo como identidad conservadora basada en privilegios y dominación es reaccionaria y negativa. No tienen igual valor moral y político, aunque ambas sean identidades o, si se prefiere, actitudes y mentalidades colectivas dentro de un orden de género institucionalizado y jerarquizado. Son dicotómicas, no transversales, por tanto hay que elegir y por eso decimos: *¡Feminismo pa' lante y machismo pa' atrás!*

Para conformar un proceso de emancipación hay que partir de las condiciones de subordinación de los diferentes segmentos de la población para superarlas, y articular un proceso complejo, solidario y unitario con un proyecto compartido vinculado con unos valores universales. El discurso, las ideas o el horizonte son componentes complementarios e interactivos con la práctica social, no son el

fundamento creador y unificador de un sujeto, llámese pueblo, nación o ciudadanía.

Las relaciones sociales son interactivas y sociohistóricas. No están encima de las personas, sino son condiciones de existencia o realidad procesual desde la que hacemos la política como práctica relacional igualitaria, con la correspondiente subjetividad. Entre ambas se conforma la identidad realista y transformadora y el sujeto emancipador, las fuerzas de progreso o, si se prefiere, de izquierdas. Es positiva la crítica al esencialismo estructuralista y la valorización de la acción humana, pero no hay que infravalorar la realidad estructural o las relaciones de fuerza desde las que implementar la acción política.

Por tanto, junto con aportaciones interesantes, ese texto mantiene otras posiciones idealistas, con la preponderancia del 'horizonte' para crear fuerza política, similares al discurso voluntarista del populismo de Laclau, inadecuado para forjar un sujeto emancipador, con fuertes pertenencias colectivas progresivas. Al rechazar a las identidades colectivas, tachadas de reaccionarias, se queda sin las energías sociales necesarias que implementen una dinámica transformadora. Su alternativa de crear un horizonte, como proyecto discursivo, es insuficiente. Bienvenido sea el debate teórico para clarificar el proceso de conformación unitaria de las fuerzas del cambio, con un enfoque más realista y crítico.

5.4 El individuo y lo común

El individuo es el sujeto sobre el que se ha construido la modernidad. El talante prometeico impulsado desde el Renacimiento permitirá el desborde de la naturalización del orden social derivado del pensamiento tradicional y su fundamentación religiosa. El concepto de individuo, inédito en la historia anterior, a lo largo de los siglos XVII y XVIII entrará en pugna con las referencias colectivas de Dios, Patria y Rey del Antiguo Régimen para constituirse en soporte de la sociabilidad. Legitimará la nueva dinámica de la economía de mercado, basada en el beneficio propio, y garantizará la inserción laboral de la nueva fuerza de trabajo a través del nuevo contrato (supuestamente) libre. La cobertura ideológica dominante es el liberalismo.

La particularidad actual es que, dado el desenfrenado individualismo, base del consumismo compulsivo y la competitividad instrumental frente al ‘otro’, en el marco de las fuertes desigualdades sociales de la actual etapa neoliberal, se han generado reafirmaciones populares en lo común, en el interés general. Y es preciso valorar su significado según su función social de acuerdo con los otros dos ejes valorativos: el respeto individual y los valores universales progresistas de libertad, igualdad y solidaridad.

En la actual experiencia de la pandemia, con la crisis de los sistemas de protección social, sanitaria y de cuidados, la exigencia feminista por evitar el sobreesfuerzo femenino en la reproducción vital y la mayor necesidad de apoyo público y colectivo se ha revalorizado la importancia de lo común; a lo que habría que complementar con la sostenibilidad medioambiental, base material para la reproducción de la humanidad.

Por tanto, en estas décadas existen relaciones sociales colaborativas y diferentes movimientos sociales y culturales progresistas que, manteniendo los ejes de los derechos democráticos y las libertades individuales, han destacado la acción solidaria, el apoyo mutuo, la cooperación social y una ética colectiva del bien común. Incluso, se han

constituido nuevas corrientes políticas (los comunes), que lo distinguen en su definición pública.

El doble sentido de la individualización

El proceso de individualización tiene un carácter doble como la propia modernidad. Por un lado, libera a los individuos de las ataduras de las rigideces estamentales y las estructuras sociales y de poder premodernas, poniendo el énfasis en la libertad y la igualdad de los individuos. Por otro lado, tiende a destruir los vínculos sociales y comunitarios que reforzaban las experiencias y las costumbres comunes de las capas populares que se enfrentan a los nuevos poderes emergentes (económicos e institucionales) que constriñen las bases para su libertad y su igualdad reales.

Tal como explica el historiador E. P. Thompson, esa experiencia popular solidaria y su activación cívica por el interés colectivo se opondrán a las nuevas relaciones de dominación, de apariencia neutral, y generarán las condiciones reales de igualdad de oportunidades para todas las personas. Así desde los orígenes de la modernidad aparece la tensión, normalmente mal resuelta, entre la defensa de los intereses y libertades individuales y la articulación del bien común y los derechos colectivos.

Aquí convendría distinguir entre individualización, como proceso irreversible, positivo y en tensión complementaria con las dinámicas cooperativas, e individualismo como tendencia problemática de jerarquizar siempre lo individual frente a lo colectivo, siendo lo colaborativo instrumental para el beneficio propio. Lo segundo está justificado por el liberalismo dominante. Lo primero, compatibiliza lo individual y lo social en una relación compleja; o mejor, parte de la consideración del doble componente del individuo, su individualidad y su vínculo social, que permite articular los compromisos solidarios con el bien común, que también beneficia a las personas, y los legítimos

derechos individuales. Es el fundamento de un contrato social, libre e igualitario.

Existe una doble relación: individualización / vínculos sociales, libertades individuales / derechos sociales, identidades personales / identidades colectivas, beneficio privado / bien común. Son constitutivas de la modernidad (y la postmodernidad). Su interacción y su combinación explican sus diferentes fases y tendencias sociopolíticas y culturales. Es, pues, un tema recurrente en la teoría social que, últimamente, ha adquirido mayor relevancia pública.

El individuo (y el Estado) la base liberal del orden social

El sociólogo Andrés Bilbao, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, que nos dejó hace cerca de dos décadas, poco conocido para el gran público, ha sido uno de los intelectuales más rigurosos y sugerentes en el tratamiento teórico de este asunto, en particular en su libro póstumo “Individuo y orden social” (2007). Dada la actualidad de este debate y aprovechando la [reseña valorativa](#) realizada ahora por el catedrático emérito de sociología y amigo común Carlos Prieto Rodríguez, me permito volver sobre algunos de sus ejes explicativos de la sociología económica.

Como bien se señala, Andrés Bilbao analiza los fundamentos del nuevo orden social capitalista emergente, basada en el individuo, (relativamente) igualitario e inserto en la economía de mercado a través del trabajo y la nueva apropiación privada frente a la sociedad del Viejo Régimen basada en la jerarquía estamental y una visión social totalizadora (holística).

Tiene un gran valor analítico sobre el proceso de formación de la hegemonía cultural y la ética liberal, el beneficio individual, frente al bien común tradicional (aristotélico-tomista) pero que escondía la prioridad de la prevalencia de las élites estamentales. Esa pugna cultural y económica se realiza, inicialmente, bajo las estructuras políticas del Estado absolutista, hasta que madura el cambio político democrático.

Así, se producen cambios en las relaciones económicas: por una parte, con la apropiación privada del beneficio empresarial en nuevas actividades productivas (comerciales e industriales) y tecnologías (transporte, energía, industrialización...); por otra parte, con la incorporación masiva de nueva fuerza de trabajo, con libertad respecto de las estructuras de servidumbre, para articular el contrato laboral aunque con desigualdad de poder empresarial para imponer sus condiciones ventajosas.

Bilbao encadena los tres procesos: individualización, fuerza de trabajo (libre e igual en lo formal) y economía de mercado como nueva relación de dominación de las nuevas élites (burguesas). Es en ese marco en el que explica la justificación liberal de la relación del nuevo individuo como fundamento de la sociabilidad, entendida como nuevo orden social... capitalista. Es una profunda crítica a los fundamentos del liberalismo que apunta a generar otras bases de la sociabilidad, que no pueden ser las de la sociedad tradicional desigualitaria y dominadora de las viejas élites que pretendían representar su particular bien común.

La alternativa liberal dominante es partir del interés individual (el egoísmo) como elemento base del que se forma el interés general. Es ahí cuando aparece la diversidad de justificaciones sobre si es suficiente esa espontaneidad regida por las leyes del mercado sin intervención estatal (Smith, Mandeville), o es insuficiente para garantizar la sociabilidad y es preciso la articulación externa al individuo y a la economía por parte del Estado (el Leviatán de Hobbes), ya sea en la versión autoritaria o en la democrática. Por otra parte, también existen formulaciones intermedias de una ética pública que defina valores y derechos humanos (Kant).

Pero el núcleo duro del individuo, como fuente del orden social, se mantiene como fuente de legitimidad, junto con el apoyo de las instituciones públicas, más o menos subsidiarias. Se combina la cultura individualista liberal, con una amalgama de estructuras sociales

e intereses y valores globales, constituyéndose la dominante tendencia liberal-conservadora.

Lo común, eje imprescindible para la sociabilidad

En esta crítica a los fundamentos del nuevo orden social (liberal-capitalista) el autor manifiesta su preocupación, no solo por comprender esta realidad sino para permitir su transformación. Y en este plano, plantea más bien sugerencias que están abiertas. ¿Cuál es la alternativa? Procedente del marxismo, explica la necesidad de un sujeto colectivo transformador (las clases trabajadoras) y una acción política para conformar un poder institucional alternativo, e intenta superar los límites teóricos de cierta ortodoxia comunista.

Apenas avanza, pero sí aporta algunas bases sugerentes para fundamentar una nueva sociabilidad. Apunta a una valoración de lo ‘común’ como contrapeso de un proceso de individualización imparable. Este concepto no es nuevo. Proviene de la polis griega y la tradición aristotélica, así como de muchas de las costumbres populares de sentido contradictorio (progresista y reaccionario), incluido la formación de las nuevas naciones e identidades étnicas y culturales.

La experiencia y el significado de lo común, al igual que la individualización, tampoco son unívocas. La solución no está en la premodernidad comunal; tampoco en una postmodernidad con acentuación del individualismo. **La interacción y el reequilibrio de los dos componentes, individual y colectivo, es imprescindible para una nueva modernidad más equilibrada y justa.**

Pero volviendo a la reflexión teórica del citado sociólogo ¿Dónde busca lo común como base de una sociabilidad alternativa? No en esa polarización interna que estudia entre individuo (liberal) y Estado (burgués), que lleva a un callejón sin salida, sino en el enfoque comunitario que hunde sus raíces en Aristóteles, pasa por el propio Carlos Marx y Karl Polanyi y llega a los modernos pensadores comunitaristas, en particular Alasdair MacIntyre.

No se trata de un enfoque antiliberal o iliberal, a veces asociado al nuevo populismo reaccionario y totalizador que no reconoce la importancia de los derechos individuales y el pluralismo político y cultural. Es el debate entre individualización y colectivismo (o comunitarismo) al que se enfrentan, con sus limitaciones respectivas, autores comunitaristas como Michel Walzer y Charles Taylor, o populistas de izquierda como Ernesto Laclau y, particularmente, Chantal Mouffe, así como el republicanismo cívico, la cultura de la izquierda democrática y los movimientos sociales progresivos.

Se trata de respetar al individuo, al ser humano con sus derechos, y combinarlo con el bien común, ambos siempre en disputa por su sentido, su representación y su equilibrio. Pero ello supone volver a los fundamentos de la sociabilidad (u orden social), es decir, a valorar el carácter doble del individuo en su componente individual y su carácter social, de vínculo colectivo y pertenencia a unas redes sociales. Es un proceso que no es natural sino construido de forma sociocultural, estructural e histórica en el que importa la agencia humana y la subjetividad, empezando por la propia ética progresiva y los valores de libertad, igualdad y solidaridad.

Por tanto, iniciamos una nueva versión de la teoría crítica que supera el viejo liberalismo, así como las tendencias colectivistas totalizadoras (holistas) presentes en los populismos reaccionarios y las tradiciones conservadoras. Estas son funcionales para las élites dominadoras en diversas instancias, desde el Estado, con su doble función de dominación y control social por las élites dominantes y de garantía de servicios colectivos o neutrales, hasta el machismo y la división sexual del trabajo, así como el supremacismo étnico-nacional. Pero también es un debate no resuelto entre las izquierdas, que requiere una experiencia popular prolongada igualitario-emancipadora-solidaria y una nueva elaboración teórica.

6. Perspectivas para las izquierdas

6.1 Nueva etapa

No hemos llegado a mitad de la legislatura. Está lejos el horizonte de las elecciones generales. Pero esta nueva etapa es decisiva para consolidar la dinámica del cambio de progreso y garantizar su continuidad y refuerzo en la próxima legislatura. Aunque el Gobierno de coalición entre Partido Socialista y Unidas Podemos y sus confluencias no tiene mayoría parlamentaria, hay una mayoría relativamente sólida de acuerdo de legislatura, apoyo a los presupuestos y estabilidad gubernamental, en el que son importantes la colaboración de los nacionalismos periféricos, en particular ERC y PNV. En pugna por su prevalencia entre las derechas, toda la estrategia del Partido Popular, en colaboración con VOX y Ciudadanos, para dividir y hacer caer al Ejecutivo y adelantar las elecciones generales ha fracasado.

Tras la fase más dura de la crisis sanitaria y socioeconómica derivada de la pandemia, habiendo desplegado un amplio escudo social y frenado la estrategia de bloqueo y crispación de las derechas, el

Gobierno progresista y el bloque de la investidura comienzan otra etapa con nuevos retos: **la recuperación económica de la mano de los planes y la financiación europea; la culminación de la ambiciosa agenda social frente a la aguda crisis socioeconómica, y el encauzamiento de la cuestión catalana y la crisis territorial.** La reciente remodelación del Gabinete expresa su voluntad de avanzar en esos retos y aspira a agotar la legislatura hasta finales de 2023 (o primeros del 2024), con la tarea de consolidar la victoria del bloque progresista en esas elecciones generales y asegurar el cambio de progreso en la siguiente legislatura.

Aparecen tres dilemas relevantes a dilucidar: **¿Tiene suficiente consistencia el proyecto y las fuerzas progresistas, representado por el actual sistema de alianzas, para liderar otra legislatura y profundizar en su agenda reformadora,** frente al supuesto avance electoral de las derechas pero aisladas del bloque nacionalista? Aparte de la pugna en las derechas, con la probable absorción de Ciudadanos por parte del Partido Popular y la persistencia de VOX, con la correspondiente derechización de ambos **¿se va a modificar el mapa de las izquierdas con una recomposición de sus equilibrios estratégicos y representativos, con mayor o menor prevalencia del Partido Socialista, y las inclinaciones centristas de un sector del mismo, respecto del espacio del cambio, con una agenda firme de progreso?** **¿Va a avanzar un proceso colaborativo y confluyente entre las fuerzas del cambio** (Unidas Podemos junto con En Comú Podem y Galicia en Común, con Más País-Compromís, así como con otros sectores diferenciados del PSOE), que no solo permita ampliar el campo electoral común y su reflejo institucional sino promover una mayor activación cívica?

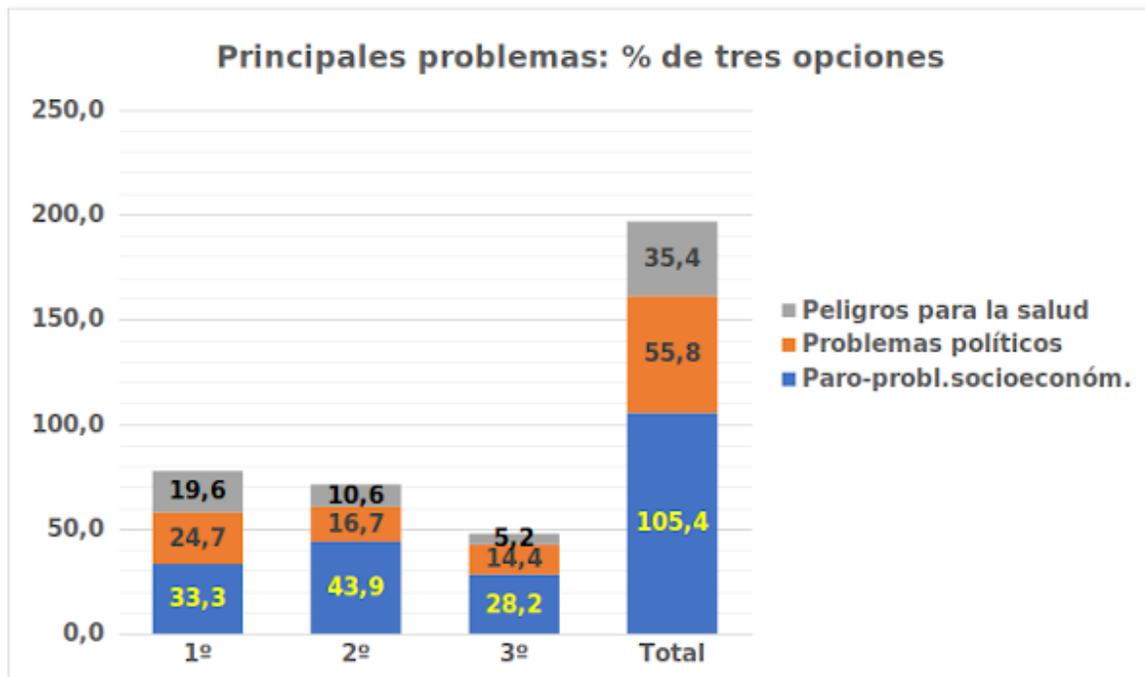
Es imprescindible un análisis riguroso de las tendencias sociales y electorales para enmarcar los respectivos proyectos de país, básicamente tres: conservador, socioliberal y transformador. Con la particularidad de que el Gobierno de coalición progresista y el propio *sanchismo* ha tenido que expresar un acuerdo (mínimo) entre los dos últimos proyectos y fuerzas progresistas.

No obstante, los dos próximos años son decisivos para consolidar o no esa dinámica democrática y social y sus equilibrios políticos y de legitimidad ciudadana, así como posibilitar su continuidad con un nuevo impulso para la siguiente legislatura. Esa trayectoria probable genera el nerviosismo que subyace en el propio poder establecido y las derechas, así como el intento de la neutralización de la presión reformadora progresista.

La agenda socioeconómica, democrática y sanitaria

Pues bien, con sus límites, los mejores indicadores sobre estos temas los facilita el CIS, del que recojo los datos de su último *Estudio 3330*, Barómetro de julio 2021, con una elaboración propia, expresada en varios gráficos, para facilitar la comprensión sintética de estas tendencias y permitir la aproximación a las respuestas respecto de esos interrogantes.

En primer lugar, como punto de partida, explico los principales problemas existentes en España según la percepción de la ciudadanía, que deberían definir la gestión institucional en esta etapa y el proyecto de cambio de progreso a medio plazo. El CIS pregunta por tres opciones: el primer problema, el segundo y el tercero. O sea, sumados podrían llegar hasta el 300%. Enumera unos cincuenta problemas. Aquí he desechado los que apenas son seleccionados por un porcentaje de pocas décimas y el resto los he agrupado en tres grandes bloques.



Fuente: CIS, Barómetro de julio de 2021 y elaboración propia.

En el primero, ‘Paro y problemas socioeconómicos’, he agregado diversos problemas económicos y sociales incluido, además del paro y la crisis que son los más destacados, aspectos como la precariedad laboral y la educación. Como se pueden elegir de forma compatible, ya sean dos o tres de ellos, aparecen como prioritarios más del 100% de veces (105,4%); significa que la gran mayoría social ha respondido, al menos, con uno de este tipo de problemas socioeconómicos en una de las tres opciones, mayor que la suma de las otras dos. En el segundo, ‘Problemas políticos’, incluyo la inestabilidad política y la falta de acuerdos entre partidos, el mal comportamiento de los políticos, la corrupción...; aquí la suma llega al 55,8% de veces, en torno a la mitad que los problemas socioeconómicos. El tercero, ‘Peligros para la salud’ es el más homogéneo, integra fundamentalmente el impacto del coronavirus y su gestión, al que el Estudio dedica una amplia investigación demoscópica: es muy preocupante para el 35,4% de las personas encuestadas.

Una parte de la población ha elegido un problema de cada uno de los tres tipos (socioeconómicos, políticos, salud), y otra parte ha elegido dos de tipo socioeconómico y uno de los otros dos. Es evidente la desproporción de la amplitud percibida socialmente respecto de los tres tipos de problemas. A título orientativo y de forma simplificada para comparar en términos de porcentaje, más intuitivo, tenemos las siguientes proporciones: 35,1%, la problemática socioeconómica; 18,6% la política, y 11,8% la pandemia.

Se puede añadir que la independencia de Cataluña, sumadas las tres opciones, llega al 5,8% de la población, y que la violencia de género solo es considerada por el 1,1%, así como el racismo por el 0,4%. En estos casos, como en algunos otros que, como digo, no llegan al 1% y no los he considerado, hay que advertir que el CIS selecciona los tres primeros problemas, y ello es compatible con respuestas más abiertas sobre si tal o cual problema preocupa a la gente, cosa que es evidente y masivo para circunstancias como la desigualdad de género o el cambio climático, que aquí apenas aparecen entre las prioridades de la población.

En resumen, esta radiografía nos está mostrando las preocupaciones principales de la sociedad. En primer lugar, se muestra la cuestión social y económica, superior a la suma de las otras dos, con la demanda de empleo decente y protección social en primer plano; en segundo lugar, la temática política que interpreto en la doble vertiente de exigencia democrática y eficacia en la gestión institucional; en tercer lugar, la política sanitaria que lleva aparejada la garantía de unos servicios públicos de calidad que reduzcan la incertidumbre de la pandemia.

Se deducen unas conclusiones muy claras para definir la gestión gubernamental y el proyecto reformador progresista, en disputa entre sus tres orientaciones antedichas aunque en su actual polarización entre derechas e izquierdas (con la colaboración nacionalista): la **agenda socioeconómica y laboral**, con algunos retos inmediatos (SMI, precariedad laboral, ley de vivienda, política energética, reforma laboral,

fiscalidad progresiva...) y la financiación europea adicional para la recuperación económica (verde y digital); la **agenda democrática**, de eficacia política y legitimidad institucional, incluido la regulación del marco plurinacional y territorial, así como de los grandes poderes constitucionales (empezando por el judicial y la Corona), y la **agenda sanitaria**, con garantías de seguridad y servicios públicos.

En esta nueva etapa, la gestión de las distintas representaciones políticas se va a confrontar con estas demandas sociales mayoritarias, en el marco por la configuración de nuevos reequilibrios de poder institucional. Su evaluación por la ciudadanía va a ser fundamental. Va a seguir estando mediada por una profunda y prolongada pugna sociopolítica, cultural y mediática, para ampliar la legitimidad de las fuerzas en presencia. Todo ello permitirá articular los correspondientes electorados y sus posibles desplazamientos para las siguientes elecciones generales.

Es un proceso intermedio para configurar las mayorías parlamentarias determinantes para continuar una senda de progreso social y democrático, frenarlo con el riesgo de una involución autoritaria y regresiva, o bien gestionar un simple continuismo centrista. Este plan intermedio, muy querido por los poderes económicos y europeos, tiene difícil traducción política para el Partido Socialista, por la oposición visceral de las derechas políticas y, por otro lado, por las demandas cívicas de reformas sociales y democráticas y la persistencia del espacio del cambio de progreso y las fuerzas nacionalistas; pero la tendencia es fuerte.

6.2 Expectativas electorales contradictorias

Tras este análisis de las características e interrogantes de esta nueva etapa política de la segunda mitad de la legislatura, con una valoración de los principales problemas percibidos por la población y la necesaria agenda socioeconómica, democrática y sanitaria, evalúo dos aspectos complementarios. **Primero, las tendencias electorales con el voto definido para unas próximas elecciones generales. Segundo, la composición de los bloques ideológicos en el eje izquierda / derecha, particularmente, la identificación ideológica de los electorados de las tres fuerzas progresistas o de izquierda:** Partido Socialista, Unidas Podemos (junto con sus confluencias En Comú Podem y Galicia en Común) y Más País-Compromís (junto con Equo); se trata de comprobar su dimensión, afinidad y complementariedad.

Las próximas elecciones serán las andaluzas para finales de 2022 -si no se adelantan-, previas al nuevo ciclo de las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2023. Las elecciones generales no son inminentes, probablemente se agote la legislatura y falta más de la mitad de ella. Sin embargo, tanto en la sociedad como, sobre todo, en las direcciones de los partidos políticos comienzan a desarrollarse expectativas y planes para ampliar su legitimidad social y su apoyo electoral e incrementar sus posiciones de poder institucional desde el que implementar sus respectivos proyectos y alianzas para la siguiente legislatura. **Y va a ser decisiva la gestión del Ejecutivo progresista y sus aliados parlamentarios, confrontada a la oposición de las derechas, respecto de los principales problemas de la sociedad, tal como son percibidos por las mayorías sociales con su articulación cívica y bajo la pugna política, discursiva y mediática.**

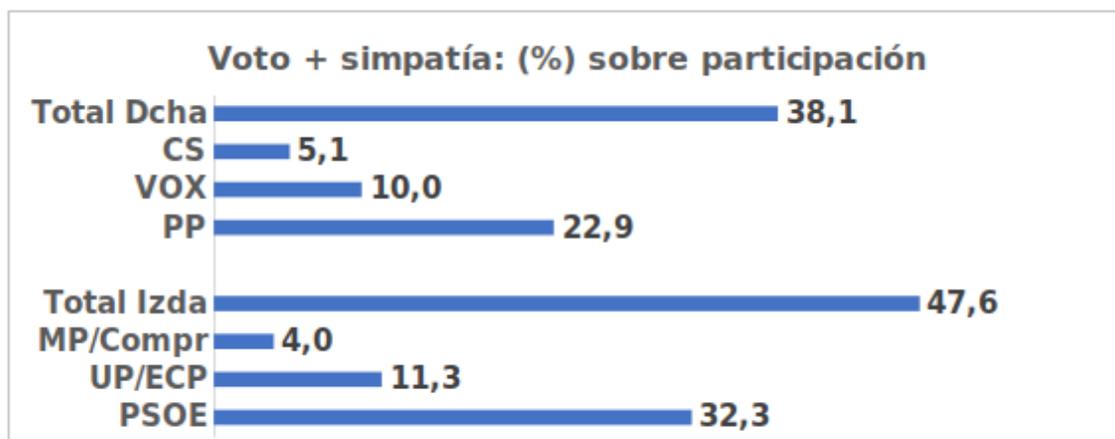
Con esas consideraciones y dadas las expectativas de los diferentes grupos políticos, tiene sentido estos estudios demoscópicos, cuyos resultados no son unánimes, pero ofrecen alguna orientación sobre el devenir político.

En todo caso, hay que advertir un hecho político relevante para garantizar la gobernabilidad estatal en este sistema parlamentario: finalizado el bipartidismo y en el marco de un nuevo sistema de bloques, el Gobierno de coalición de izquierdas puede alcanzar acuerdos significativos con grupos nacionalistas y regionalistas para garantizar una opción de progreso y la articulación territorial, mientras las derechas están más aisladas para conseguir ser mayoría parlamentaria y acceder al Ejecutivo.

Por tanto, el tipo de proyecto de país y la estabilidad gubernamental no depende solo de la polarización entre esos dos bloques de izquierdas y derechas (con sus respectivos reequilibrios internos), sino de la actitud de ese tercer bloque, muy heterogéneo y en el que, aunque predomina el eje territorial/nacional, las tendencias de izquierda también son mayoritarias.

Analizo, en primer lugar, la encuesta del CIS por ser la más amplia, aunque contraste sus resultados con otras del ámbito privado. En el gráfico adjunto expongo los datos expresados de Voto + simpatía, reelaborados en porcentaje respecto de la participación válida a las formaciones políticas que llega al 74,1%. No considero el 25,9% de personas que apuestan por la abstención, el voto blanco y nulo o *No sabe / No contesta*. Dejo al margen los partidos nacionalistas y regionalistas y solo valoro las formaciones y alianzas estatales, agrupadas en los dos bloques: derechas (Partido Popular, VOX y Ciudadanos) e izquierdas (las tres mencionadas, PSOE, UP/ECP y MP-Compr.).

La suma de las izquierdas estatales, con un 47,6%, mantiene una sustancial ventaja respecto de las derechas estatales, con un 38,1%. Hoy en día la estrategia de acoso y crispación de las derechas no ha conseguido dividir y derribar al Gobierno ni recuperar un apoyo electoral significativo que aventure su alternancia gubernamental. Es evidente el aumento electoral del PP, pero a costa de CS, junto con el mantenimiento de VOX.



Fuente: ~~CIS~~ Barómetro de julio de 2021 y elaboración propia

En relación con los resultados de las elecciones generales de noviembre de 2019 (participación del 69,2%, incluido votos en banco pero no los nulos), según la tabla adjunta, las izquierdas se refuerzan, desde el 43,6%, y las derechas se debilitan, desde el 45,2%. Las derechas estatales habían conseguido hace dos años más porcentaje de voto que las izquierdas estatales, lo que han aprovechado para cuestionar la legitimidad del nuevo Gobierno. No obstante, derivado de la ley electoral (que perjudica a las minorías, por un lado, a UP y MP y, por otro, a CS) las izquierdas obtuvieron más escaños (155+3 frente a 151) que sumados a los de varias formaciones nacionalistas y regionalistas les permitieron obtener una mayoría parlamentaria para formar (legítimamente) el Gobierno progresista de coalición.

En el interior de cada bloque se produce cierto reequilibrio representativo. En las izquierdas, el PSOE (32,3%) aumenta su ventaja respecto de UP/ECP/GC (11,3%), casi triplicando sus votos, pero apenas llega al doble si contamos las dos fuerzas del cambio, con el 4% de MP/Compr., que asciende ligeramente, con un trasvase de 1,7 puntos, aunque todavía está muy lejos de UP (con sus convergencias), que casi la triplica.

Resultados de las elecciones generales de noviembre de 2019

IZQUIERDA	Votos %	Escaños	DERECHA	Votos %	Escaños
<u>PSOE</u>	28,3	120	PP	21,0	89,0
<u>UP/ECP</u>	13,0	35	<u>VOX</u>	15,2	52,0
<u>MP/Compr.</u>	2,3	3	<u>CS</u>	9,0	10,0
SUMA	43,6	158		45,2	151,0

Fuente: Ministerio del Interior y elaboración propia.

En las derechas el PP (22,9%) confirma e incrementa la absorción de la mayoría del electorado de Ciudadanos; avanza en su tarea estratégica para concentrar el voto y convertirlo en ‘útil’ a efectos de escaños. Pero VOX persiste con su electorado, casi la mitad que el del PP, aunque una vez bajando del 15% (al igual que los demás minoritarios) podría verse penalizado en el reparto de escaños. Es decir, el PP podría ver reforzada su prevalencia entre las derechas, pero su suma (38,1%) podría bajar hasta siete puntos respecto de 2019 (45,2%) y, lo que es más importante, alejar sus posibilidades de alternancia gubernamental al tener la dificultad de acuerdo con los grupos nacionalistas, dada la tendencia centralizadora y autoritaria de su españolismo conservador y excluyente, acomplejado por la presión de VOX.

Encuesta de KEY DATA

IZQUIERDA	Votos %	Escaños	DERECHA	Votos %	Escaños
<u>PSOE</u>	25,2	102	PP	28,3	122
<u>UP</u>	9,8	25	<u>VOX</u>	15,7	52
<u>MP/Compr.</u>	3,9	6	<u>CS</u>	3,3	1
SUMA	38,9	133		47,3	175

Fuente: KEY DATA (Público 29/07/2021), con elaboración propia.

Este análisis demoscópico del CIS está cuestionado por otros estudios privados, que expresan otra realidad. Cito uno de los más significativos, el de KEY DATA, con una participación del 64,3% (contando los votos blancos), casi cinco puntos menos que en 2019.

Como se ve según en la tabla adjunta, los datos de este estudio demoscópico, que coinciden con otras encuestas privadas, no pueden ser más dispares con los del CIS. Son similares los de MP/Compr. y CS, pero a las izquierdas le da casi nueve puntos menos (siete al PSOE y 1,5 a UP), con un total de 38,9% (133 escaños) y se los da a las derechas, con una suma del 47,3% (175), a falta de un escaño para la mayoría absoluta. Son evidentes el frenesí de la dirección del Partido Popular, que se reafirma en su estrategia destructiva y de bloqueo, y la preocupación del Gobierno progresista, con su plan de relanzamiento tras la remodelación del Gabinete. Veremos su desarrollo.

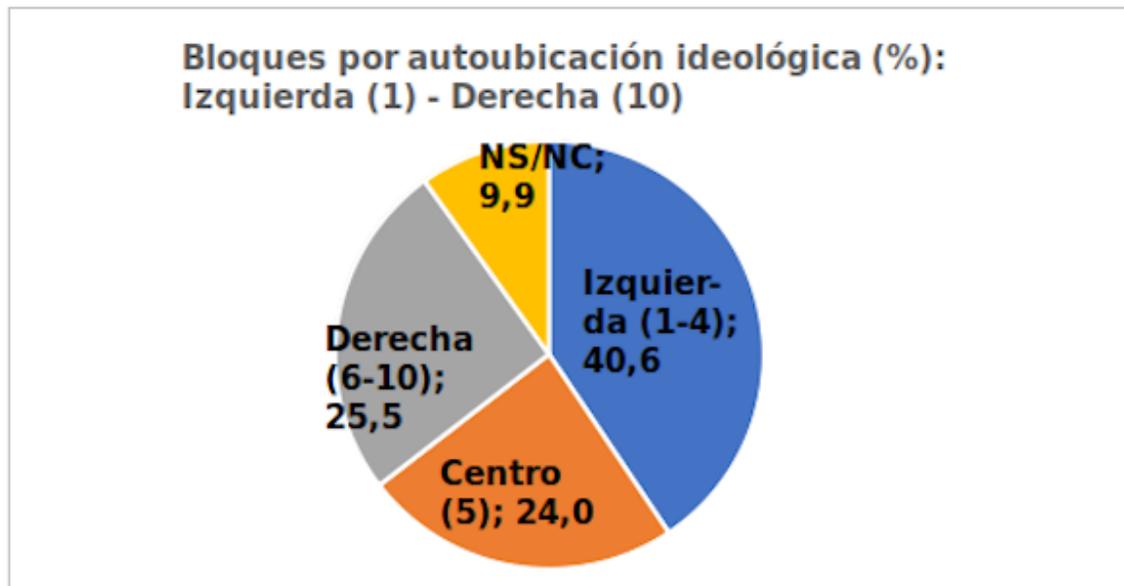
Dejo aquí esta prospectiva electoral. Las diferencias demoscópicas son grandes, queda mucho trecho, las espadas están levantadas y, como decía, va a ser decisiva la gestión de esta nueva etapa por todas las partes implicadas, incluido el nivel de activación pública y legitimidad social ante la agenda socioeconómica, democrática (incluido el conflicto catalán) y sanitaria. Desde el punto de vista analítico solo nos queda

seguir con rigor los hechos objetivos que condicionan las actitudes sociales y las pertenencias colectivas.

6.3 Identificaciones ideológicas de los electorados

Analizo diversos datos de interés, proporcionados por el Barómetro de julio del CIS, que informan de las identificaciones ideológicas de los respectivos electorados, en el eje Izquierda / Derecha y, en el marco de la nueva etapa política, pueden dar pistas sobre su comportamiento electoral.

En el adjunto gráfico expongo la distribución, en tres bloques, según la autoubicación ideológica de todos los electorados, incluido los nacionalistas y regionalistas cuyas mayorías se define de izquierdas (incluso una parte del voto al PNV y a JxCAT). Aunque la escala es de 1 (Izquierda) a 10 (Derecha) y el punto medio puro es el 5,5, dada la ambivalencia y la amplitud del electorado que opta por el 5 he desgajado ese segmento del típico centro izquierda para situarlo solo como centro ideológico: llega al 24% y sobre el hay una fuerte pugna entre ambos bloques políticos. La autoubicación de izquierdas llega al 40,6% (segmentos 1 a 4), y la opción de derechas es preferida por el 25,5% (segmentos 6 a 10). También hay que resaltar el significativo 9,9% de *No sabe / No contesta*, aunque la otra cara de la moneda es que la gran mayoría del 90% expresa un posicionamiento definido en este eje ideológico de Izquierda / Derecha.

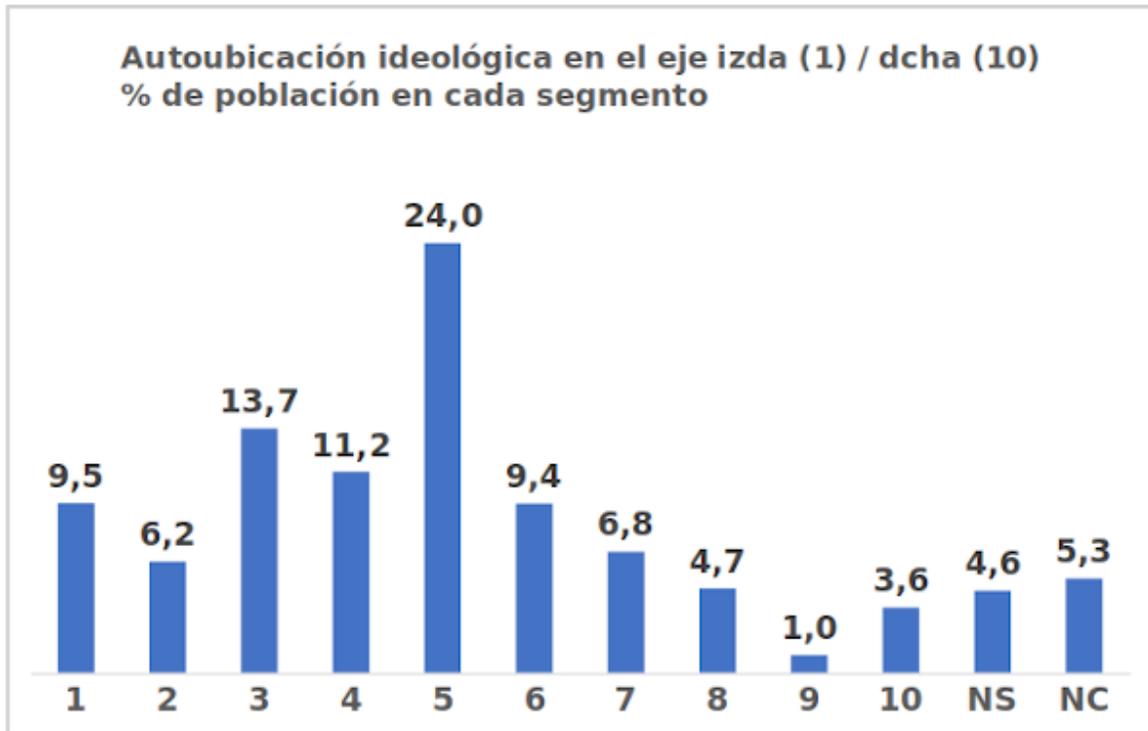


Fuente: CIS, Barómetro de julio de 2021 y elaboración propia.

Como se ve en el siguiente gráfico sobre la distribución de la población en cada segmento según su identificación ideológica, el volumen de cada uno de ellos es desigual. Por tanto, tiene interés comprobar el distinto tamaño de cada segmento ideológico, con la especial particularidad del comentado cinco, que supone la cuarta parte: es elegido por el centrismo ideológico, aunque un sector vota formaciones de izquierdas y otro de derechas, ambas con reclamos de centroizquierda y centroderecha y habiendo fracasado la imagen centrista de Ciudadanos.

En ese ámbito es donde se da abiertamente la confrontación para sumar mayorías electorales y es decisivo en dos sentidos: representativo, para conseguir la delegación de su voto y apoyo político, y de influencia (clientelar, estructural o discursiva), para modificar las ideas y posiciones políticas de esa base social para adecuarlas a su ideario. Es mucho más decisivo para las derechas, que parten de un refrendo menor (de quince puntos) respecto de las izquierdas, y deben ampliar su

electorado en ese segmento por la doble vía contradictoria: hacerse pasar por centro derecha, es decir, por cierta moderación, o bien apostar por la polarización reaccionaria (*trumpista*) afín de transformar ese segmento en un mayor posicionamiento hacia la derecha mientras VOX intenta radicalizar el resto, la otra cuarta parte, hacia la ultraderecha.



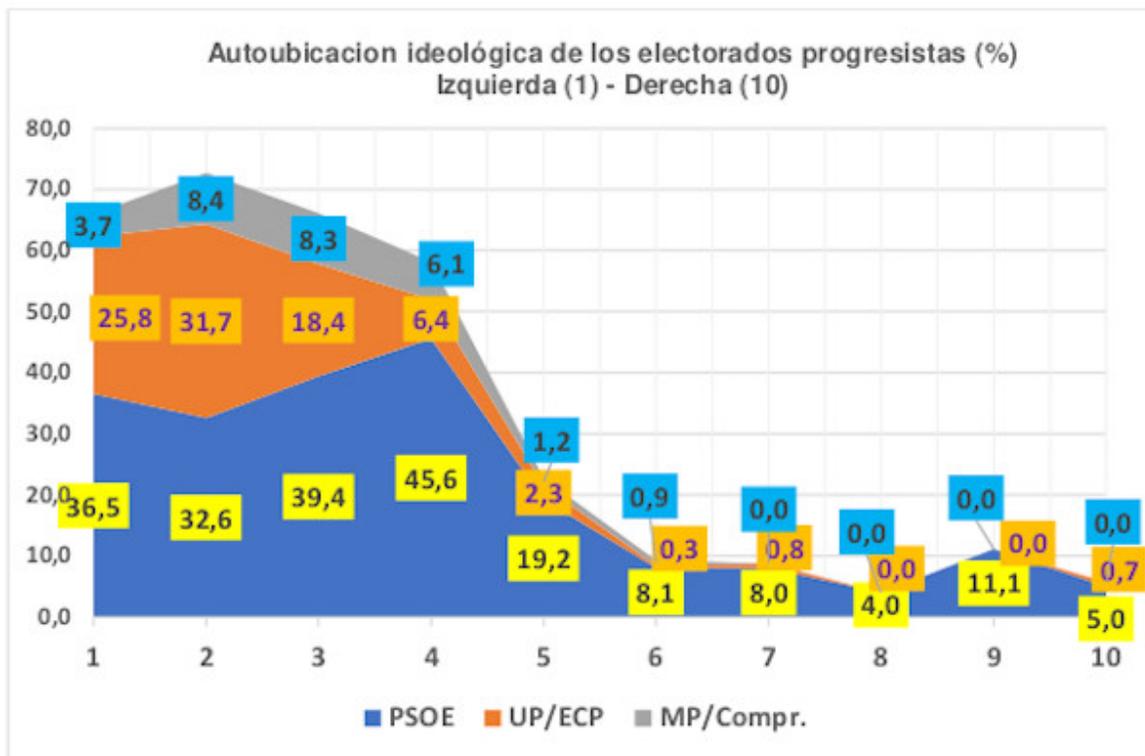
Es el dilema del PP, particularmente de su dirección estatal, que bajo la presión de VOX, claramente favorable a la segunda opción autoritaria y ultraderechista, sigue la senda de la tensión política que parcialmente le ha dado resultados en el Madrid de la presidenta Ayuso, facilitado el 4M por la estrategia centrista y perdedora del olvidado candidato socialista Gabilondo y su aparato asesor, pero que es dudoso que se generalice su éxito en el conjunto del Estado.

Los electorados de izquierdas: lo común y lo complementario

Por último, en el gráfico sobre la autoubicación ideológica de los electorados de las tres fuerzas progresistas, detallo su distribución por cada uno de los segmentos de 1 (Izquierda) a 10 (Derecha). Varios rasgos hay que destacar.

Primero, las tres formaciones representan a un electorado muy mayoritario de izquierdas. Al PSOE le apoyan una media del 7% de los segmentos ideológicos de derechas, y a las dos fuerzas del cambio, apenas unas décimas. En el segmento de centro no llegan a sumar la cuarta parte, con una proporción significativa del PSOE y muy poca de las otras dos.

No obstante, hay que recordar que aun con esta escasa representatividad en este segmento de centro y dada la amplitud del electorado ideológicamente de izquierdas, el CIS daba una ventaja electoral cómoda a la suma de las tres fuerzas frente a las derechas. En ese sentido, ambas fuerzas del cambio, UP/ECP y MP/Comprom., representan casi en exclusiva a electorados definidos de izquierda, es decir, tienen bases sociales comunes y no son transversales desde el punto de vista ideológico de este eje.



Segundo, comparando el PSOE con la suma de ambas fuerzas del cambio, la representatividad socialista adquiere mucha ventaja en el segmento 4 (izquierda moderada) con una relación de tres a uno (45,6% / 12,5%) y, al contrario, en el segmento 2 (izquierda transformadora) las fuerzas del cambio (40,1%) sobrepasan ampliamente la representatividad socialista (32,6%), con una proporción intermedia en el segmento 3 (izquierda transformadora). Lo curioso, que ya se notaba en el estudio de las elecciones de 2019, es que entre la gente identificada como de izquierda radical (segmento 1), casi el 10% del total, la mayoría se inclina por el PSOE (36,5% / 29,5%). O sea, contra lo que pareciera por la imagen partidista respectiva, el Partido Socialista (el sanchismo) ha conseguido una fuerte representatividad en ese segmento, disputándole la mayoría de este a ambas fuerzas del cambio. Significa que esos distintos segmentos pueden convivir bajo el mismo paraguas

partidista y que aparte de esta dimensión ideológica hay otras variables que explican el voto.

Dicho de otra forma, **la disputa política entre los espacios del cambio y el socialista por conseguir su prevalencia se produce en los cuatro segmentos de las izquierdas**, con mayor desventaja relativa para los primeros en el segmento 1 (izquierda radical) y el segmento 4 (izquierda moderada) y menor en los segmentos 2 y 3 (izquierda transformadora), y considerando que en el segmento 5 (centro) puede haber algunos reajustes, aunque se supone que la competencia se debería establecer entre todas ellos respecto de las derechas. Todo ello contando con la variable de la abstención, más amplia entre los sectores de izquierdas y, por tanto, del estímulo para su participación.

No hay que olvidar que en las recientes [elecciones autonómicas en la Comunidad de Madrid](#), el PP de Ayuso, aparte del electorado de Cs, creció desde la abstención centrista, particularmente de jóvenes acomodados, y que el electorado socialista se redujo, sobre todo, en dirección a la abstención y a ambas fuerzas del cambio que incrementaron sus porcentajes con una superación nítida (24,2%) respecto de los del PSOE (16,9%).

Tercero, la relación entre los electorados de UP/ECP y MP-Comprom. muestra el rasgo común de su pertenencia a las izquierdas, más del 90% de sus respectivos electorados se definen así, complementado con un fuerte [progresismo feminista y ecologista](#). Eso permite una alta compatibilidad ideológica de las bases sociales de ambas formaciones para conforman un espacio unitario, aunque haya un pequeño sesgo representativo: muy igualado entre la izquierda moderada, diferencia significativa en la izquierda transformadora y muy relevante en la izquierda radical.

Como decía antes, a pesar de cierto crecimiento de MP/Comprom. y relativo debilitamiento de UP/ECP, las diferencias de uno a tres son sustanciales, se mantienen y su traducción a escaños (según KEY DATA) sería de 6 a 21, con perjuicio para ambos yendo separados, y con la reducción institucional de los primeros, prácticamente, al ámbito de

dos territorios, Madrid y País Valenciano. Esa división de candidaturas les penalizaría para las elecciones generales que es donde hay una mayor constricción para traducir los votos en escaños por la ley electoral, al menos en 46 provincias.

Por tanto, el reto que tienen ambos es cómo ensanchar el conjunto del espacio del cambio, diferenciado del Partido Socialista, al mismo tiempo que dar pasos en su colaboración para presentar una alternativa creíble y unitaria, particularmente, para las elecciones generales de 2023. A estos dos rasgos, compatibilidad y complementariedad de sus respectivas bases electorales y eficacia en su traducción parlamentaria, se añaden las dificultades y los beneficios de remontar las tensiones pasadas y articular sus respectivos perfiles políticos y legítimos intereses partidistas desde el respeto a la pluralidad, liderazgos compartidos y formas de entendimiento democráticas y cooperativas. Pero sobre ello habrá que volver con detenimiento.

Notas

[1] Las secciones que siguen son un extracto (revisado y sin citas) de los libros “Resistencias frente a la crisis. De la huelga general del 29-S al movimiento 15-M” (Germanía, 2011) y “Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica” (Sequitur, 2013), publicado en mayo de 2021. <<

[2] Comunicación (revisada) al V Encuentro Intercongresual del Comité de Investigación de Sociología del Trabajo. Universidad Complutense de Madrid - 10 y 11 de diciembre de 2020. <<

Autor



Antonio Antón Morón es profesor de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la UNED y doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (con sobresaliente *cum laude*).

Pertenece a los Comités de Investigación de la Federación Española de Sociología (FES) en *Movimientos sociales, acción colectiva y cambio social, Sociología del género, Sociología política y Sociología del trabajo*. Es especialista, además, en *Políticas públicas y Estado de bienestar y Sociología de la educación*, y también ha escrito sobre *Historia social y Filosofía política*.

Ha publicado numerosos artículos y ensayos, más de una veintena de libros y otros tantos capítulos de libro. Entre los últimos: *Reestructuración del Estado de bienestar*, ed. Talasa (2009) (471 pp.); *Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica*, ed. Sequitur (2013) (270 pp.); *Movimiento popular y cambio político. Nuevos discursos*, ed. UOC (2015) (282 pp.); *La democracia social hoy. Un nuevo ciclo sociopolítico por la democracia y la igualdad*, ed. Académica Española (2016) (130 pp.), *Clase, nación y populismo. Pensamiento crítico y estrategias políticas*, ed. Dyskolo (2019) (383 pp.), *Cambios en el Estado de Bienestar*, ed. Rebelión (2021) (304 pp.) e *Identidades feministas y teoría crítica*, ed. Dyskolo (2021) (266 pp.).